UN FICHAJE INESPERADO



Laimie Scott

Selecta

Un fichaje inesperado

Laimie Scott

Selecta

Prólogo

Sergio tomaba café sentado en una terraza de una de las más grandes avenidas de la ciudad. El sol comenzaba a calentar en serio desde bien temprano, pese a ser comienzos de junio. El tráfico, como de costumbre, estaba en pleno apogeo, así como el trasiego de gente yendo de un lado para el otro. El verano estaba a la vuelta de la esquina, y él no sabía muy bien qué iba a hacer una vez que este pasara. La cuestión era bien sencilla: estaba sin trabajo. Y eso que tenía algunas ofertas sobre la mesa, que por el momento no le satisfacían, lo cual lo había llevado a plantearse coger un año sabático. Sí. Todo un año sin darle un palo al agua. Y lo cierto era que se lo merecía, como le había comentado a su amigo Joaquín, que justo se detenía ante él y retiraba una de las sillas vacías de la terraza.

—Veo que te lo tomas con calma desde tu regreso de Estambul —le comentó su amigo observando a Sergio en una pose relajada que podría confundirse con cierta vaguedad. Algo que por otra parte no era su estilo. Ni mucho menos.

—¿Es que no tengo derecho a tomarme un descanso? ¿Un café? —le preguntó señalando la taza sobre la mesa.

—Viniendo de ti me sorprende, la verdad.

—Como bien dices, acabo de aterrizar de Turquía, donde he terminado mi trabajo. —Levantó las manos mostrando las palmas.

—Ya. Un café con hielo, por favor —le pidió a la chica que se acercó a él para preguntarle qué deseaba tomar—. ¿Has echado un vistazo a todas las ofertas que te he pasado? Que sepas que mi móvil no deja de sonar por tu culpa —matizó esgrimiendo un dedo ante él. Pero Sergio se limitó a sonreír de manera socarrona, entrelazó sus manos y asintió.

—¿Qué quieres que te diga? Eres mi representante, lo que significa que te llevas una buena pasta cada vez que acepto una.

—Y bien…, ¿qué me dices de lo que te he pasado? Si es que te has dignado en mirarlas…

—Sí. Las he visto.

—¿Y?

—Están bien, solo que… No representan ningún reto para mí —le aseguró contemplando la expresión de asombro de Joaquín—. Entiende que he ganado nueve títulos en las dos últimas temporadas. Dos tripletes. Liga, copa y supercopa de Turquía. Dos Euroligas y una supercopa de Europa.

—Ya, ¿por eso no has querido renovar? Los turcos estaban dispuestos a desembolsar un pastizal para que te quedaras.

—Lo sé. Y les agradezco su interés, pero yo ya no tenía nada que ofrecer después de ocho títulos en dos años.

—Bueno, podrías haber intentado lograrlo una vez más.

—No.

—Han fichado a Claire Dubois.

—Lo sé. Es muy buena entrenadora. La conozco de manera personal. Campeona de la liga y la copa en Francia. Fue seleccionadora y disputó campeonatos de Europa, algún mundial y

unos Juegos Olímpicos. El equipo está en buenas manos con ella.

—Pero si tú firmases por algún grande del viejo continente…

Sergio se rio al darse cuenta por dónde iba su amigo.

—Ya. Temes que me lleve el protagonismo de nuevo.

—Exacto. En Praga suspiran por ti. Y en Atenas.

—Lo sé. He visto las ofertas. No soy tan dejado como para no interesarme por mi futuro laboral.

—Deberías decidirlo deprisa o te quedarás sin banquillo la próxima temporada.

—Siempre puedo volver a Japón. O quedarme aquí en España y rebajar mi sueldo —le aseguró encogiéndose de hombros como si nada.

—Ni de coña. Ya has entrenado años en ambos países.

—También puedo esperar a que algún banquillo quede libre a mitad de temporada e ir al rescate. Sería todo un reto, ¿no crees?

—¿En serio buscas un reto? —le preguntó adoptando un toque irónico, incluso algo maléfico.

—¿Hay algo que no me has contado?

Joaquín frunció los labios y asintió.

—No tenía pensado comentártelo porque esperaba que te decantaras por algún club grande de Europa en cuanto al baloncesto femenino, pero… —Levantó un dedo, dejando en suspenso su explicación, mientras buscaba en su móvil—. Tengo una oferta más.

—Te escucho. ¿Qué club suspira por mí? —preguntó con un deje se superioridad.

—Stirling Maidens.

—¿Escocia? —Sergio se inclinó hacia delante con el ceño fruncido.

—Recibí un correo de la directiva del equipo de baloncesto femenino que disputa la Premier. Preguntaban por tu disponibilidad y tus honorarios. Parecen interesados. —Le entregó el móvil para que

fuese testigo de lo que le contaba.

Sergio leyó con atención el correo y asintió.

—¿Por qué no me dijiste nada antes?

—Porque no la considero una oferta apta para ti. No me jodas… ¿Entrenar en Escocia? Es un equipo recién ascendido a la liga británica. —Lo contempló con curiosidad al ver su primera reacción de cierto interés—. Sergio, tienes a los equipos punteros de Europa llamando a tu puerta.

—Lo sé, lo sé. Pero no perdemos nada por escuchar su propuesta, ¿no crees?

—Si es lo que quieres…

—Pues hagamos turismo por Escocia. Concreta una cita con la directiva a ver qué tienen que ofrecerme —le dijo levantando el vaso de café para hacer un brindis y sonreír antes de apurar el café frío.

Capítulo uno

Una semana después
Stirling, Escocia

Sergio no había estado nunca en aquella ciudad y, por lo poco que iba viendo, no le resultaba nada desagradable. Todo parecía estar muy céntrico, no había demasiado tráfico ni ruido. Una primera impresión que le atraía. El club le había reservado un par de noches de hotel para que conociese la ciudad, el recinto deportivo y, por último, a la directiva del club.

—La ciudad parece acogedora —comentó paseando por el centro histórico y señalando el famoso castillo con el que la ciudad contaba —. Tendremos que visitarlo antes de volver a Madrid. Por si acaso decido no aceptar su oferta.

—Si nos queda tiempo después de la reunión con la directiva del equipo.

—Nos quedará. No te preocupes. He estado indagando aquí y allá antes de venir.

—Lo suponía.

—Ya me conoces. Quiero saber más o menos dónde me meto.

—¿Quieres decir que vas a aceptar su propuesta? —Joaquín lo

miró sorprendido y algo cabreado porque no le hubiese comentado nada al respecto—. Hace un momento me has comentado lo de visitar el castillo por si acaso no te quedabas.

—No he dicho eso.

—Pues es lo que me has dado a entender —le dejó claro en señal de advertencia levantando la mano y sacudiendo la cabeza.

—Que investigue un poco cómo es la premier de baloncesto femenino no significa nada.

—Piensa que no jugarías ninguna competición en Europa.

—Lo sé. He ganado cuatro Euroligas, dos seguidas los últimos años. No me va a entrar depresión por no jugar una competición europea un año. Así tendría el reto de clasificar al equipo para alguna de estas. Para tu información, el equipo de Londres y el de Edimburgo han disputado la Eurocup el pasado año. Y el primero de estos ha sido el campeón de la competición —le comentó haciendo referencia a la segunda competición de baloncesto femenino en Europa.

—Si pretendes quedarte para clasificar al equipo para alguna competición europea… Lo tendrás complicado porque sabes que hay una fase previa dado el *ranking* que ocupa el baloncesto británico en la Fiba.

—Lo sé. Pero también me quitaría cierta presión. Me permitiría vivir algo más relajado, ya me entiendes. Cuando fichas por un equipo de los grandes, sabes cuál es el nivel de exigencia en cada partido, en cada título que disputas.

—¿Estás cansado de esa presión, Sergio?

Este inspiró con la mirada fija en el suelo, con las manos dentro de los bolsillos de su chaqueta y una expresión de que tal vez fuera eso lo que le sucedía.

—En ocasiones he deseado que esta bajara un poco.

—Pero eres uno de los entrenadores más laureados del viejo continente…

—No te lo discuto. Mira, aquí es donde hemos quedado para comer.

—Confío en que no lleguemos tarde —dijo Joaquín echando un vistazo al reloj—. Ya sabemos lo de la puntualidad inglesa.

—Sí, pero estos son escoceses —lo corrigió guiñándole un ojo mientras le daba una palmada en la espalda.

Entraron en el *pub* y, al momento de poner los pies en este, los acogió una cálida atmósfera. El ambiente era relajado con una melodía suave. Era el clásico *pub* británico donde la gente acudía a tomarse una pinta o una copa de vino, degustar una comida, charlar… Joaquín y Sergio se detuvieron y echaron un vistazo a su alrededor buscando a una pareja, según les habían dicho que los estarían esperando. O bien podrían preguntar por Caitlyn y Fergus a la gente que estuviese tras la barra.

—Creo que lo mejor es preguntar por ellos —sugirió Joaquín acercándose a una de las personas que trabajaban allí.

Sergio se fijó en los clientes y le llamó la atención una pareja joven. Ella tenía el pelo largo y castaño. El rostro anguloso, con facciones algo marcadas, pero no demasiado. De vez en cuando sonreía, y eso captó su atención. Su edad estaría por los treinta, calculó a bote pronto.

—Son aquellos de la mesa del fondo —le comentó Joaquín sin que él pareciera inmutarse lo más mínimo. «Qué casualidad», se dijo, sin dejar de mirarla e incluso asentir.

—Está bien. Vayamos a ver qué tienen que ofrecernos.

A medida que caminaban hacia la pareja, Sergio se fijaba más en los rasgos de ella. Tenía los ojos claros, que destacaban sobre el color de su piel. En un momento, ella dirigió su atención hacia ellos

y se quedó contemplándolos con un gesto de sorpresa, pero también de interés. De igual modo hizo su acompañante, a quien Sergio sacó cierto parecido. «¿Parientes?», se preguntó.

—Buenos días, nos han dicho que sois Caitlyn y Fergus —comentó Joaquín señalando a los dos.

—Sí. Supongo que vosotros sois Joaquín y Sergio. Representante y entrenador —dijo Fergus levantándose de su silla a la vez que la mujer. Extendió el brazo para estrecharles las manos de manera cordial.

Sergio hizo lo propio con la mujer con la que intercambió una mirada de cierta curiosidad. Desconocía qué papel jugaba ella, pero apostaba lo que fuese a que acabaría averiguándolo. Todos ellos se sentaron a la mesa y, después de unos minutos de conversación trivial, pidieron de comer.

Caitlyn había visto la imagen de él en numerosas páginas de baloncesto y le había llamado la atención su aspecto desenfadado. Tenía la impresión de que desprendía seguridad y cierto magnetismo. No podía evitar mirarlo de reojo cuando hablaba con Fergus o se dirigía a ella. Su mirada oscura le provocaba una sensación extraña en el estómago. Tenía el pelo moreno, enmarañado en la nuca y en los lados. No se había afeitado, lo que le otorgaba una apariencia algo… genuina y rebelde. Despreocupada.

—¿Y bien? Aquí estamos dispuestos a escucharos —comentó Joaquín tomando la palabra y mirando a los dos representantes del equipo una vez que terminaron las presentaciones y las formalidades.

—Cierto. Mi hermana y yo —dijo señalando a Caitlyn y obligando a Sergio a mirarla una vez más desde la distancia que le otorgaba estar con la espalda apoyada en el respaldo de la silla.

«Primera duda despejada —pensó él—. A ver si me resuelve la segunda».

—Somos lo dueños del club de baloncesto femenino de aquí, de Stirling.

«Vamos progresando. Dueña del club con su hermano». Sergio frunció los labios y asintió.

Caitlyn lo miraba y pensaba si en realidad aquello le interesaba, porque por su postura y sus gestos era como si estuviese allí por cumplir. Nada más. Lo cual le molestaba porque no quería que le hiciera perder el tiempo. De manera que tomó las riendas de la conversación siendo clara y directa.

—El equipo ha ascendido a la Premier este año y buscamos un entrenador de prestigio que nos asiente en la categoría. Y pueda clasificarnos entre los ocho primeros equipos que disputan la fase final por el título de liga. Y habíamos pensado en tu representado —señaló a Sergio— al saber que está sin equipo para la próxima temporada.

—Por eso mismo queríamos conocernos en persona y negociar. Sabemos que sus honorarios son elevados, pero buscaremos la manera de llegar a un acuerdo bueno para las dos partes —dijo Fergus.

Sergio se convirtió de repente en el centro de atención de las tres personas que compartían mesa con él. Le llamó la atención que ella arqueara una sola ceja esperando a que hablase.

—¿Pretendéis que rebaje mi ficha? —le preguntó él mirando a ambos.

—Sí. No podemos pagarte esa cantidad, pero podemos acercarnos a esta.

—¿Cuánto? —seguía con su postura desenfadada mirando a los dos hermanos con los ojos entrecerrados.

—La mitad por cada uno de los dos años de contrato que te ofrecemos.

Joaquín frunció los labios como si mostrase su desacuerdo ante esa oferta. Sergio, por su parte, permanecía en silencio observándola a ella. Era atractiva, se dijo olvidándose por un instante de la oferta que había sobre la mesa. Ninguno añadió nada durante unos segundos, porque parecían estar estudiándose o, más bien, esperando que el interesado allí dijese algo.

—Quiero a mi segunda entrenadora conmigo. Respetando sus honorarios.

—No hay problema —dijo Caitlyn mirando a su hermano y viendo que asentía.

—Solo firmaría un año. El segundo quedaría pendiente de los resultados, de si me adapto a la ciudad y demás.

Aquel comentario la sorprendió de una manera que no esperaba. No parecía ser egoísta, lo cual era de agradecer, pensó Caitlyn arqueando las cejas.

—Eso supondría cobrar la mitad de tu ficha —entornó la mirada hacia él esperando que lo hubiese entendido.

—Lo sé.

—La segunda entrenadora y tú dispondríais de alojamiento en la ciudad. Billetes de avión para volver a casa en periodos de vacaciones. Y todo lo que podamos ayudaros —le dijo Fergus esperanzado porque él aceptase.

—Somos conscientes de que no somos un equipo puntero en Europa y que tienes mejores ofertas que la nuestra… —prosiguió ella interesada en saber a dónde podía llegar con él.

—Cierto. Tengo varias ofertas de los mejores equipos de Europa, como habréis leído en la prensa deportiva. No es que lo diga yo para alardear. —Levantó las manos y los miró tratando de ser honesto—.

Y que el vuestro es un equipo que ha de crecer. Aprovecho este asunto para pedir una cláusula por la que puedo marcharme si recibo una oferta interesante a mitad de temporada.

—Pero nos dejarías tirados… —observó Fergus.

—Piensa en el dinero que podrías ingresar por mi salida. Ello os permitiría contratar a un buen entrenador o entrenadora.

—Cierto —asintió Fergus—. Somos un equipo pequeño que busca crecer.

—No es que aspiremos a ganar la liga y eso… —añadió ella, pero en el momento en el que la mirada de él se fijó en ella de aquella manera tan particular, se vio obligada a callarse.

Sergio fruncía el ceño y sacudía la cabeza. Aquel comentario lo había dejado con el tenedor suspendido en el aire, camino de su boca. La contemplaba sorprendido y, hasta cierto punto, indignado.

—¿Por qué no?

—Porque hay equipos con más experiencia y mejores jugadoras. El campeón, el equipo de Londres, juega la segunda competición europea y…

—Lo sé. Ha llegado a la final de la Eurocup y cuenta con jugadoras internacionales en otras selecciones. ¿Y…?

—No sé por qué no me extraña que lo sepas —le dijo sintiendo arder el rostro. Apretó los labios y movió las cejas en señal de sentirse algo cortada. Tal vez su manera de quedarse mirándola le había jugado una mala pasada. Su media sonrisa era algo irónica. No entendía cómo era posible que su cercanía le afectase de aquella manera. Pero Sergio tenía algo que la confundía—. Suponemos que será complicado tener una buena clasificación el primer año.

—Eso lo pensáis y decís vosotros. No yo.

Caitlyn frunció el ceño al escucharlo. En el club, todos sabían que él era un ganador nato. Uno de los mejores entrenadores que había,

y que no estaba acostumbrado a perder. Y su forma de hablar así lo atestiguaba.

—Si consigues meternos en la fase final de la liga, no seré yo el que te diga que no queremos jugarla —añadió Fergus.

—Pues eso es lo que haré.

Joaquín escuchaba a su amigo sin interrumpirlo porque lo conocía y sabía de lo que era capaz. Lo que parecía haber comenzado como una especie de partido amistoso y ver qué sucedía, se estaba convirtiendo en algo serio. Intuía que Sergio acabaría por aceptar la oferta que le hacían por lo que ella acababa de decirle. Tal vez, sin quererlo, lo había picado en su orgullo. Pero también no había sido ajeno a la forma de mirarla de su amigo, y eso le había hecho sonreír en algún momento determinado.

—¿Estás diciendo que podrías clasificarnos para la fase final? —Caitlyn entornó la mirada e hizo la pregunta con cierta cautela porque quería asegurarse de lo que había escuchado.

—Y una vez metido en ella, dar el salto al título.

Los dos hermanos se miraron entre sí.

—¿No es arriesgado decir algo así sin conocer el equipo y la competición? Me ha sonado algo prepotente, aunque si nos haces campeones, te pago el sueldo entero esta temporada, créeme —le dijo ella abriendo los ojos como platos y sonriendo de una manera que a él le agradó. Le agradó bastante.

Sergio se incorporó un poco hacia delante, apoyando los antebrazos en la mesa y acercando su rostro al de ella. Sus ojos claros lo escrutaban con curiosidad, y él apostaba a que se preguntaba si era un farol como en una partida de póquer. Él frunció los labios fijándose en la delicada lluvia de pecas que moteaban sus mejillas, sus labios carnosos que ella humedecía con cierta picardía. Él no tenía por costumbre de tratar con mujeres cuando era trabajo,

y ella lo había sorprendido.

—Prometo recordártelo llegado el caso.

Su voz ronca susurrando aquellas palabras hicieron que ella apretase los labios y se echase atrás. La cercanía de sus rostros parecía haberla intimidado en un primer momento.

—Entonces ¿te parece bien la oferta que te hacemos?

Por suerte para Caitlyn, su hermano intervino. Pero ella seguía sin poder controlar la ligera sacudida que experimentaba en su cuerpo.

—He de estudiarla con mi representante y hablar con mi ayudante a ver qué opina.

—¿Cuándo podríamos saber si te interesa?

—Mañana. Hablaré con Marian hoy mismo. Le expondré la situación y veré qué opina —miró a Joaquín, quien asintió.

—En ese caso, tenéis nuestro número de móvil. Llamadnos y concertaremos otra reunión.

—Por supuesto —asintió Joaquín dándose cuenta de que Sergio parecía más entretenido con la hermana de Fergus. Esperaba que no aceptase la oferta por ella. Porque le resultase atractiva.

Siguieron charlando de aspectos relacionados con la carrera deportiva de Sergio y la trayectoria del equipo que gestionaban los dos hermanos, hasta que llegó el momento de despedirse.

—Quedamos a la espera. —Fergus estrechó la mano de ambos.

Sergio sonrió con timidez cuando le estrechó la mano a ella.

—Espero volver a verte.

Caitlyn le sostuvo la mirada a Sergio experimentando la caricia de sus dedos sobre el dorso de su mano. Aquel tibio gesto la obligó a deslizar el nudo en su garganta y a inspirar hondo mientras el temblor de piernas se hacía algo más acusado. ¿Qué diablos le había sucedido?

—Será buena señal —le comentó observando a los dos marcharse

y pensando en que aquello todavía no estaba claro.

—Creo que no ha ido tan mal después de todo.

Caitlyn elevó las cejas y apretó los labios.

«Depende de a lo que te refieras», se dijo ella recordando la manera de mirarla de Sergio.

—Todavía no hay nada firmado. Habrá que esperar a que hable con su ayudante y se lo piense.

—Pero creo que está cerca de aceptar nuestra oferta. ¿Te imaginas ganar la liga en el primer año?

Su hermana rodó los ojos y resopló.

—Eso está por verse.

—Tenemos casi atado a uno de los mejores entrenadores de Europa. Todo es posible, Caitlyn.

Ella ladeó la cabeza.

—Sí, claro. Todo es posible, Fergus. Incluso que se eche atrás en el último instante. O que se marche a mitad de temporada a otro sitio dejándonos tirados —le recordó con cierto cabreo.

—No lo creo. ¿Por qué te pones así? Da la sensación de que no quieres que se quede.

—Y tú estás muy seguro de que lo hará. ¿Ganar la liga? —Abrió los ojos como platos y arqueó las cejas mirando a su hermano sin poder contagiarse de su optimismo.

—Sé lo que digo. Créeme. No se largará a mitad de temporada —asintió este con una sonrisa. Había creído percibir cierto intercambio de miradas entre su hermana y el entrenador, que le habían dado en qué pensar. Pero, por el momento, no le comentaría nada a Caitlyn. No quería ponerla nerviosa. Lo primero era atar a uno de los mejores entrenadores del continente.

Sergio y Joaquín abandonaron el *pub* en silencio. El primero caminaba con las manos en los bolsillos de sus pantalones, con la mirada fija en el suelo y frunciendo el ceño. Joaquín intuía que algo le preocupaba.

—¿Qué sucede? ¿A qué viene ese gesto?

Sergio sacudió la cabeza.

—Nada. No hay ningún problema. Pensaba en Marian.

—¿Temes que no venga?

—No, no. Estoy seguro de que le gustará el reto —prefería hablar de su mano derecha en el banquillo a confesarle que se había sentido raro en presencia de la tal Caitlyn.

—Eso quiere decir que estás dispuesto a quedarte en Stirling para la próxima temporada —dedujo Joaquín observando a su amigo.

—Es una buena opción.

—Es un equipo recién ascendido.

—Más reto todavía.

—En una liga desconocida, sin mucho tirón… Ya me entiendes.

—Eso lo hace todo más atractivo. Probar suerte en una liga desconocida.

—No jugarás competición europea.

—He ganado las dos últimas Euroligas. Vamos, ¿qué más?

—¿Qué más? ¿A qué te refieres?

—A que no haces sino poner algún «pero». A eso viene.

—Solo te estoy advirtiendo de lo que vas a encontrarte. No vayas a decirme a mitad de temporada que quieres cambiar de aires porque no estás a gusto aquí. Claro que con la cláusula que quieres que incluyan…

—Tranquilo, sabes que me gusta cumplir mis contratos. Un año. —Esgrimió un dedo para dejarlo claro—. Si no consigo clasificarlo para disputar el título, o para jugar en Europa la próxima temporada, me

largaré a un equipo grande. Prometido.

—Pones el listón un poco alto, ¿no crees? Como si pretendieses acabar huyendo de aquí. —Joaquín arqueó las cejas y miró a su amigo sin lograr comprenderlo—. Siempre he creído que preferías la seguridad que te daba un equipo grande.

—Ya no.

—¿Tiene que ver ella algo con tu decisión? —Joaquín no quiso esperar más tiempo para hacerle la pregunta que revoloteaba en su mente.

Sergio se detuvo de manera abrupta en mitad de la calle y volvió la cabeza hacia su amigo.

—¿A qué te refieres?

—Venga, Sergio, he visto cómo te quedabas contemplándola en ciertos momentos. No me digas que no te has fijado.

—¿En qué? ¿En que me recuerda a esa actriz…? ¿Cómo se llama…? —Chasqueó los dedos fingiendo hacer memoria, mientras que su amigo sonreía de manera cínica—. Sí, joder. La que protagoniza la película esa del póker con Idris Elba. ¿No la has visto?

—Sí. Te refieres a Jessica Chastain.

—Esa —afirmó apuntando a su amigo—. No me acordaba del nombre. Me ha recordado a ella. Por eso la miraba, no por nada en particular.

Joaquín sonrió con ironía.

—Ya.

—¿No estarás pensando que ella me gusta?

—Es una mujer atractiva como otra cualquiera. ¿Por qué no podría ser?

—Está bien. Hemos venido a cerrar un contrato, y no a buscarme una escocesa como amante.

—Me dejas más tranquilo —mintió Joaquín consciente de que no

le creía. Conocía a Sergio desde hacía muchos años, y ello implicaba saber también de su vida privada y personal. Apostaba a que había tenido algún que otro lío de faldas allí donde había estado entrenando. Lo que no comprendía todavía era cómo Marian y él no habían terminado juntos; tal vez en la cama, sí, pero Sergio no se lo había confesado.

—Solo tengo interés en el equipo. Nada más.

—Entonces mañana aceptaremos su propuesta. Un año de contrato cobrando la mitad de lo que sueles pedir a otros. Por cierto, coméntaselo a tu colega, no vaya a ser que se eche atrás —le advirtió haciendo un gesto hacia el móvil que Sergio tenía en la mano.

—No lo hará. Ya verás.

Capítulo dos

Marian estaba tomándose unas cañas con sus amigas cuando escuchó la melodía de su móvil en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Lo cogió y frunció el ceño al leer el nombre de Sergio en la pantalla.

—Disculpadme, chicas. He de salir fuera un momento. Es Sergio.

—Eso significa que hay trabajo —le aseguró una de ellas observando a Marian encogerse de hombros.

—Dime, ¿qué quieres? —le preguntó saliendo a la calle. El sol le golpeó de lleno en el rostro, lo que la obligó a bajarse las gafas de sol que llevaba en lo alto de su cabeza.

—¿Te pillo en mal momento?

—No, estaba de cañas con unas amigas.

—Vaya, y yo pensando en invitarte a tomar un buen *whisky* escocés.

—Es un poco pronto, pero puede que a media tarde… Claro que si empiezo a mezclar… —Marian rodó los ojos y resopló.

—En unas semanas te invito, si aceptas la propuesta que tengo que hacerte.

—Venga. ¿Por fin te has decantado por aceptar una? ¿Dónde será

esta vez?

—¿Estarías dispuesta a pasar un año en Stirling?

Marian había comenzado a dar cortos paseos por la acera mientras charlaba por el móvil, y de repente se detuvo. Entreabrió los labios como si fuese a hablar, pero lo único que hizo fue apretarlos y humedecerlos.

—¿Me lo estás preguntando en serio? —le preguntó empleando un tono lleno de cautela y expectación. Incluso había entornado su mirada como si Sergio estuviese frente a ella en ese preciso instante.

—Tengo una oferta sobre la mesa para entrenar aquí, en Stirling…

—¿Estás en Escocia? ¿No me estás tomando el pelo?

—Pues claro que no. Joaquín ha venido en calidad de representante. Está aquí a mi lado. Espera, pongo el altavoz para que te salude.

—¿Qué tal, Marian? Hemos venido a Stirling para conocer las condiciones que ofrecen a Sergio para la próxima temporada. Por eso te está llamando. Mañana tenemos una nueva reunión con la directiva para dar nuestra última palabra. Y necesitamos saber si estarías dispuesta a venirte.

—Marian, ya sé que no hace falta que te lo repita, pero te quiero a mi lado. Como en otras ocasiones… Estambul, Tokyo, Bourges… En fin.

—¿Un año?

—Un año. El equipo ha ascendido de categoría y quieren afianzarlo en la Premier británica. No habrá competición europea, como supongo que ya sabrás.

—Entiendo.

—Les he prometido no solo afianzarlos en la liga, sino luchar por el título y clasificar al equipo para la Eurocup; como mínimo. Claro que si ganamos la liga…

—Estás loco. Pero no hace falta que te lo diga yo. Tú ya lo sabes.

—Ni que lo digas, Marian —añadió Joaquín.

—Bueno, ¿qué me cuentas? ¿No me obligarás a buscarme un ayudante a estas alturas? Eres la mejor haciendo el estudio de los rivales. Tienes una visión de los partidos más amplia que yo. Y sabes cómo tratar a las jugadoras.

Marian se mordió el labio y se pasó la mano por su pelo corto, alborotado y con las puntas hacia fuera. ¿Por qué había bajado el listón de su carrera Sergio? Llevaba años entrenando a equipos *top* de Europa. Y de pronto aceptaba una oferta de la liga británica, pensó sin acabar de creerlo. Lo cierto era que la propuesta le atraía. Una competición nueva, sin la presión por ganar títulos ni partidos entre semana con viajes agotadores de una punta a otra del continente. Y Escocia siempre le había atraído. Después de todo, podría resultar una experiencia interesante.

—No tienes que hacerme la pelota.

—No te la hago. Es la verdad, coño. Vente un año a Stirling. Será toda una experiencia, salvo que tengas alguna oferta mejor.

—Joaquín no me ha dicho nada.

—Tienes las mismas opciones que Sergio —le comentó aprovechando la comunicación que había entre los tres.

—Es todo un reto, Marian. Un equipo recién ascendido. Imagina que lo hacemos campeón, ¿eh?

—Contigo, todo es posible. ¿Como en Serbia?

—Por ejemplo.

Marian resopló con los ojos cerrados y se pinzó el puente de la nariz. Se tomó unos segundos antes de darle la respuesta que él ansiaba. Y ella también, pese a todo, se dijo sonriendo.

—De acuerdo. Cuenta conmigo.

—Lo sabía. No hace falta que vengas todavía. Nosotros

regresamos a Madrid pasado mañana. Quedaremos y te explicaré todo. Solo quería confirmar que estarías a mi lado como en otras ocasiones.

—Sabes de sobra que sí. Además, alguien tiene que hacerte entrar en razón en ocasiones —le dijo riéndose y confiando en que él entendiese a qué se refería. No podía ir por ahí coleccionando mujeres por cada ciudad que pasaba.

—Te tomo la palabra. Te cuento más pasado mañana cuando regresemos.

—De acuerdo. Buen viaje de vuelta.

—Gracias.

Marian cortó la comunicación y permaneció pensativa en mitad de la acera, dándose unos toques con el móvil en la barbilla. ¿Escocia? ¿Qué había visto Sergio allí para aceptar semejante oferta? ¿O era que pretendía dar un nuevo rumbo a su carrera y a su palmarés deportivo?, se preguntó deseando desde ya que este regresase y le contase de qué iba todo aquello de entrenar en Stirling.

***

—Está hecho —dijo Sergio agitando el móvil en la mano.

—Veo que lo tienes muy claro.

—Será una buena decisión; ya lo verás. Mañana firmaremos el acuerdo y nos volveremos a Madrid. Pondré a Marian al día y hasta que regresemos aquí.

—Lo ves muy sencillo.

—Lo es. Pasaré el verano estudiando a mi nuevo equipo. Visionando algunos de sus partidos, viendo jugadoras… Lo que hago antes de la pretemporada.

—Tendrás que hablar con ellos acerca de la plantilla.

—Lo sé, lo sé.

—No creo que sea un equipo que pueda gastarse mucho dinero en fichajes. Si te ha ofrecido ganar la mitad de lo que cobrabas en Turquía.

—Habrá que valorarlo. Ver qué presupuesto manejan y, dentro de esas posibilidades, reforzar el equipo solo en los puestos que se necesiten. Además, tú dispones de una buena cartera de jugadoras.

—¿No te arrepentirás de tu decisión? —Joaquín elevó las cejas mirando a su amigo con expectación porque no acababa de creer lo que había hecho.

—¿Alguna vez he rescindido un contrato? Me conoces muy bien.

—Demasiado. Te conozco demasiado bien y creo que tu decisión se debe a otros motivos además del deportivo —le aseguró volviendo a pensar que ella, Caitlyn, tenía algo que ver; o tal vez demasiado—. Y tienes razón: nunca has roto un acuerdo. Por eso me ha sorprendido que quieras incluir una cláusula de poder hacerlo si recibes una buena oferta a mitad de temporada. Que, por otra parte, sabes que puedes recibir.

Sergio sacudió la cabeza, se acercó a su representante pasándole un brazo por los hombros.

—No voy a largarme hasta el final de la temporada.

—Eso pienso yo también… —La mirada y el tono de Joaquín resultaron demasiado evidentes acerca de lo que pensaba.

—Si estás pensando que he aceptado esta oferta porque Caitlyn es muy atractiva y me gustaría llevarla a la cama, entonces estaría cometiendo un tremendo error. He accedido a coger a un equipo recién ascendido, clasificarlo para jugar en Europa y meterlo en la lucha por el título. Nada más.

—Y subir tu ego deportivo.

—Tómatelo como mejor te plazca. Pero sí. Podríamos considerarlo

como una manera de demostrar que no solo puedo lograr éxitos con buenas plantillas forjadas a base de talonario.

—Está bien. Te doy la razón, pero admite que ella…

—Es atractiva. Sí. Ya lo hemos hablado. Además, estará Marian para evitar que haga alguna gilipollez. Recuerda.

—Sí, como en Belgrado o en Bourges, ¿no?

Sergio rio como un cínico.

—¿Y si sucediese? Tanto a su hermano como a ella solo les interesa que su equipo haga una buena temporada. Nada más.

—¿Qué quieres decir?

—Que no pasaría nada si, por casualidad, sucediese algo entre nosotros. Mientras el equipo gane partidos… —le dejó claro encogiéndose de hombros.

—Tú procura limitarte a que el equipo obtenga buenos resultados. —Lo señaló con el dedo, como si lo acusase—. Y olvídate de la escocesa. ¿O es que pretendes tener una amante en cada ciudad a la que te mudas por trabajo?

—No volverá a suceder. Tienes mi palabra. Y ahora, venga, demos una vuelta por Stirling. Y deja a la escocesa tranquila.

Joaquín sacudió la cabeza y contempló a su amigo sin terminar de creerlo. Lo conocía. Sabía que era tan excelente entrenador como aficionado a las mujeres. Y aunque Marian estuviese cerca, él siempre lograba seducir a alguna.

***

Caitlyn y su hermano citaron a Sergio y Joaquín en el pabellón donde disputaba los partidos el equipo. Ambos pretendían que el primero se fuese sintiendo cómodo y familiar con el que sería su nuevo lugar de trabajo. Hablarían de las condiciones del contrato y,

después, de la plantilla.

—¿Crees que pedirá algún fichaje de postín? —le preguntó ella a su hermano mirándolo de frente mientras él repasaba el contrato.

—No lo sé. De entrada, nos ajustaremos al presupuesto para este año. Después, veremos que se puede hacer. No vamos a cambiar nuestra política de estos años por mucho que hayamos ascendido y porque tengamos a uno de los entrenadores punteros del continente.

—Si ha aceptado cobrar la mitad de su ficha este año y la otra mitad el próximo…

El gesto de confianza de Fergus no pareció tranquilizar a su hermana. Caitlyn solo quería que él firmase y se hiciese cargo del equipo. Por suerte, se verían poco y las sensaciones que le había dejado el día anterior cuando se conocieron no volverían a producirse.

—No estés tan seguro. Él es alguien al que no le faltan ofertas. Podría pensárselo mejor durante el año y aceptar a un grande. Un equipo turco o griego puede abonar su cláusula y largarse dejándote tirado. Y nos lo dijo —le advirtió ella abriendo sus ojos al máximo.

—Confiemos en que eso no suceda.

—Ya conoces el mercado… Ahí vienen. —Ella hizo un gesto con el mentón hacia ellos. No pudo evitar fijarse en Sergio y en la sonrisa con la que se acercó hasta ella y la saludó.

—Buenos días, ¿qué tal todo? —le preguntó Caitlyn estrechando su mano con un apretón firme y cálido, mirándolo a los ojos, sin vacilar.

—Aquí estamos.

—Bienvenidos al pabellón dónde el equipo disputa los encuentros —les comentó Fergus haciéndose a un lado para que ambos pudiesen verlo—. ¿Vamos dentro?

—Sí, claro. Es lo más acertado. Verlo por dentro —añadió la hermana de este.

Sergio se fijó en ella. A la claridad del día le parecía más atractiva que la tarde anterior cuando la conoció en el *pub*. Sus rasgos le parecían más suaves, más delicados. Esa mañana no se había pintado ni tan siquiera la raya del ojo. Lo que le hizo preguntarse si se acababa de levantarse. Decidió centrarse en echar un vistazo a las instalaciones y olvidarse de las palabras de Joaquín con respecto a ella.

—¿Qué capacidad tiene? —preguntó echando un vistazo a las gradas que rodeaban la pista.

—Cinco mil —respondió Fergus.

—Es una buena cifra, si se llena con cada partido.

—No esperes aquí el ambiente que has vivido en el continente —añadió Caitlyn recordando los lugares en los que él había entrenado.

—Ya. El ambiente de una cancha griega, serbia o turca es único. En algunos casos los he vivido *in situ*. Pero me refería a que venga la gente.

—Si consigues completar la mitad del aforo, será todo un éxito —precisó Fergus contemplando a Sergio con cara de circunstancia y los brazos cruzados.

—Espero que nuestro juego enganche a los indecisos.

Siguieron recorriendo las instalaciones e intercambiando información acerca del organigrama del equipo, de la competición y, por último, de la plantilla.

—Casi todas las jugadoras tienen contrato en vigor —le dijo Caitlyn esperando que él preguntase por los fichajes que harían.

—Eso es bueno. Mantener la columna vertebral del equipo y retocarlo solo donde sea necesario.

—En el caso de los fichajes…

—Tendré que hacerme una idea de lo que necesitamos viendo algunos partidos de la temporada pasada. Necesito el listado de esas jugadoras que siguen. —Trataba de centrarse en Fergus, porque cada vez que la miraba a ella, permanecía algunos segundos de más recreándose en su rostro.

—Por supuesto. Después puedes echar un vistazo a las jugadoras que nos han propuesto. Supongo que tendrás un amplio conocimiento de las ligas europeas. Si hubiera alguna petición especial…

—Lo tendré en cuenta a la hora de diseñar la plantilla. Joaquín lleva una agencia y tal vez podríamos ver qué jugadoras están disponibles.

—Siempre que se ajusten a nuestro presupuesto —precisó Caitlyn con un tono serio, algo molesto porque no quería que él pensase que podría disponer de mucho dinero.

—El que vosotros me digáis.

—Bueno, lo primero es firmar el contrato para esta temporada y la siguiente. En cuanto a tu ayudante… —comentó Fergus viendo que su hermana estaba algo tirante en el tema del presupuesto. Le había dedicado una mirada algo directa, como dejándole claro que no iban a pasarse del dinero pensado.

—Marian ha aceptado las condiciones. Se vendrá conmigo cuando comencemos la pretemporada.

—En ese caso…

Se dirigieron a las oficinas donde estaban los contratos para firmar. Después de revisarlos e intercambiar algunos comentarios más, el acuerdo quedó cerrado.

—Pues está. Salvo que queráis o necesitéis alguna cosa más —comentó Fergus.

Joaquín miró a Sergio por un segundo. Este permanecía con la

mirada fija en Caitlyn.

«Y luego dice que no se ha fijado en ella. No te jode».

—Saber cuándo empieza la pretemporada. Quiero tener tiempo para preparar bien al equipo.

—Convendría que estuvieses de vuelta a finales de agosto, ya que la pretemporada suele comenzar a principios de septiembre.

—¿Y la liga?

—La primera semana de octubre —respondió Caitlyn apartando la atención de él dado el estado de nervios en el que la ponía. Él tenía las manos entrelazadas con los codos sobre la mesa y la atención puesta en ella en ese momento.

—Perfecto. Solo necesito lo que os he pedido: la lista de jugadoras que forman el equipo para la próxima temporada.

—Por supuesto. Si me das un minuto, puedo imprimirte esa lista —le dijo ella levantándose de la mesa para salir de la habitación. Ausentarse unos segundos le serviría para recomponerse. ¿Por qué no podía mirarlo sin sentir un ligero hormigueo en las piernas que ascendía hasta posarse en su estómago?

—Estamos negociando jugar tres o cuatro encuentros en pretemporada, salvo que necesites alguno más.

—¿Con rivales de la liga?

—Sí.

Sergio asintió y sonrió cuando ella regresó a la reunión.

—Esta es la relación de jugadoras con contrato en vigor. —Le entregó un folio que él se apresuró a mirar.

Sergio pasó la mirada por los nombres y asintió.

—Bien, hay una española, una serbia, una americana…

—Con pasaporte británico —se apresuró a indicarle Caitlyn.

—Cuatro jugadoras de aquí de las islas. Perfecto. Tendré que estudiarlas y ver qué potencial tiene cada una de ellas. También

visionaré algún que otro partido de la temporada pasada para hacerme alguna idea.

—Por supuesto. Lo que necesites —asintió Fergus.

—Descuida que os lo diré. Os pasaré algunos nombres de jugadoras que suban el nivel de la plantilla. Siempre que su caché esté dentro de vuestro presupuesto. Pero ya os aviso que algún esfuerzo habrá que hacer para sustituir a las que no están, y de paso para afianzarnos en la máxima competición. Siempre es difícil al principio adaptarse a una nueva competición.

—Puedo buscar en mi agencia jugadoras que estén dentro de lo que tenéis pensado gastar —comentó Joaquín mirando a los dos hermanos.

—Estaría bien. Y que cuenten con el ok del técnico —señaló Fergus sonriendo—. A lo mejor siendo tú el mismo representante puedes hacernos alguna oferta.

Joaquín sonrió ante ese comentario que ya esperaba.

—Descuida. Lo tendré en cuenta. Pero necesitará las cantidades que pretendéis manejar.

—Bien, te las pasaremos por correo electrónico.

—Pues por mí está todo dicho —comentó Sergio una vez que conocía los aspectos básicos de su nuevo equipo.

—¿Cuándo os marcháis?

Se quedó contemplándola mientras se fijaba en la manera en la que sus labios se curvaban. Le parecían suaves, delicados. «¿Cómo sería besarlos?», se preguntó asintiendo, como si estuviese pensando en la cuestión que le había planteado, y no en besarla.

—Mañana. Quiero estar de vuelta cuanto antes en España para poner al día a mi ayudante.

—En ese caso, os queda tiempo para tomar algo en un *pub* esta tarde —sugirió Fergus.

Caitlyn tensó el cuerpo cuando escuchó la propuesta de su hermano. Apretó los labios fingiendo los nervios que sentía. Esperaba que dijesen que no, que tenían cosas que hacer, o que su vuelo salía temprano al día siguiente. Cualquier excusa le valía para no pasar más tiempo con Sergio. Se fijó en que este seguía contemplándola como si le estuviese preguntando qué le parecía.

—Creo que no habría problema —sugirió este asintiendo.

—En ese caso, podemos quedar a media tarde. —Fergus miró a su hermana, quien asintió de manera disimulada. ¿Qué diablos le sucedía a esta? Sergio iba a ser el entrenador del equipo la próxima temporada. Parecía que no estuviese contenta por el acuerdo. Debían dejar una buena imagen o al final resultaría que se acabaría largando a otro equipo, pensó Fergus sin entender el comportamiento de su hermana.

—Claro, me parece bien —asintió en un intento por no parecer forzada, algo que no pasó desapercibido para el propio Sergio.

—En ese caso, tengo tu número de teléfono para darte un toque acerca de la hora y el sitio —le aseguró a Joaquín.

—Cuando os venga bien —sugirió el representante.

—Entonces damos por terminada la reunión. Si se os ocurre alguna cosa más, podemos verlo después.

—Por supuesto.

La conversación la llevaban Joaquín y Fergus, como si dejase aparte a Sergio y a Caitlyn, quienes parecían más dispuestos a mirarse y competir por ver quién apartaba la mirada del otro antes. Sergio disimuló la sonrisa al darse cuenta de ese juego, y se retiró prometiendo verse más tarde. Caitlyn pareció algo más relajada cuando él se marchó.

—¿Estás bien?

La pregunta de su hermano la sorprendió hasta el punto de dar un

ligero sobresalto.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque me ha dado la impresión de que no estás a gusto con el fichaje de Sergio.

—Para nada. Es un acierto poder contar con uno de los mejores entrenadores de Europa.

Fergus asintió sin dejar de mirar a su hermana.

—Pues por momentos he pensado que estabas algo incómoda con él.

Caitlyn abrió la boca para decir algo, pero el sofoco la invadió encendiendo su rostro y acrecentando sus nervios.

«Joder. Como para que mi hermano no saque conclusiones».

—No, no. Es que no hemos trabajado con un entrenador *top*. Da respeto —le dijo colocándose el pelo detrás de la oreja para disimular y esperando que su hermano se lo tragase.

—Sí, en eso te doy la razón. Pero no sé…

—No sé qué habré hecho o dicho para que me comentes esto. En fin, será mejor que sigamos con la planificación de la plantilla.

—Habrá que esperar a ver qué jugadoras pueden encajar en nuestro presupuesto. Ya lo escuchaste. Esta tarde lo veremos. Te dejo que sigas con la tramitación del contrato y demás. Tengo que pasar a ver a nuestro patrocinador.

—De acuerdo. Te veo esta tarde. Avísame dónde piensas quedar con ellos.

—Por supuesto.

Caitlyn confiaba que la tarde pasase lo más rápido posible y que Sergio se marchase de vuelta a España. Pasarían un par de meses hasta que volviese, y no esperaba que para entonces estar con él le resultase tan complicado. ¡Si hasta su hermano se había fijado! Tendría que mantenerse fría y distante esa tarde. Profesional como

la mujer de negocios que era, se dijo mordisqueándose la uña del pulgar y dejando la atención fija en un punto, aunque el rostro de él ocupara sus pensamientos.

Capítulo tres

Joaquín y Sergio llegaron al *pub* en el que habían quedado con los dos hermanos para tomar algo a modo de despedida. Habían estado mirando qué jugadoras podrían encajar en el nuevo equipo de Sergio, quien había hecho una lista con las tres que consideraba como buenos fichajes.

—¿Crees que se ajustarán a lo que pretenden gastar? —le preguntó Joaquín.

—Para mí, estas tres son idóneas. Veremos qué cantidad manejan para fichajes —recalcó Sergio entrando en el *pub*, que a esas horas estaba bastante animado. Sonaba una música suave. Había corrillos de gente conversando junto a la barra o sentados en la zona de mesas. Echó un vistazo al local buscando a los dos hermanos, pero no los vio en primera instancia.

—¿No han venido? —preguntó Joaquín sorprendido por su puntualidad.

—No los veo. Estarán al llegar —respondió Sergio mirando hacia la puerta por la que en ese instante entraba Caitlyn. Sola. «¿Y su hermano?», fue lo primero que se le vino a la mente. Y mejor así, porque no pensaría en lo atractiva que le seguía pareciendo. El pelo

suelto sobre los hombros, su mirada azul cielo y esos labios…—. Ahí está ella.

Joaquín volvió la atención hacia la mujer que se acercaba a ellos dos.

—Disculpad el retraso, pero mi hermano ha tenido que ausentarse en el último instante. De manera que estamos los tres para seguir hablando de la próxima temporada. —Paseó la mirada por los rostros de los dos y asintió.

—¿Nos sentamos? —preguntó Joaquín señalando las mesas que quedaban libres.

—Sí, mejor.

Sergio se limitó a dejarla pasar delante, con la mente en blanco. No quería pensar en nada acerca de lo que ella le parecía. Se sentaron y esperaron a que fueran a tomarles nota.

—¿Y bien? ¿Alguna cuestión que os haya surgido en estas horas? —preguntó ella mirando a los dos de nuevo. Notaba la mirada de curiosidad en Sergio, lo cual le llamó la atención.

Este hizo un gesto a su amigo para que fuese él quien hablase acerca de las jugadoras que había ofrecido a Sergio para el equipo.

—Hemos estado viendo posibles incorporaciones —comenzó Joaquín señalando con el pulgar a su colega—. Siempre en función de los puestos que han quedado libres en la plantilla y de vuestro presupuesto para la temporada.

—Te escucho —le aseguró cogiendo su copa de vino y llevándosela a los labios para beber.

—Hemos pensado, o mejor dicho tu nuevo entrenador —corrigió volviendo a señalar a Sergio, quien recibió la mirada de ella por un segundo o dos—, que estas jugadoras servirían.

—Vale —asintió ella echando un vistazo a la Tablet que él le pasó. Deslizó el dedo por la pantalla para ir viéndolas, consciente de las

miradas de ellos. Asintió y fijó la atención en Joaquín—. Habría que hablar de su ficha. No somos un club que nade en la abundancia. Acabamos de ascender y queremos asentarnos en la competición.

—Pero habéis fichado a uno de los mejores entrenadores del continente…

—Cierto. Y creemos que con sus conocimientos y su experiencia puede hacer una buena temporada aquí con un equipo «normalito» —matizó señalando a Sergio con la mano abierta y moviendo sus cejas hacia él.

—Queréis resultados, pero con un presupuesto bajo —intervino él viendo cuál era la jugada de ella.

—Ajustado a nuestras necesidades diría yo, más bien. —Le sostuvo la mirada en todo momento esperando su reacción. «¿No se le ocurrirá echarse atrás después de haber firmado el contrato, por no disponer de una plantilla de garantía?», pensó notando el escalofrío que reptaba por su espalda, fruto de ese temor.

Joaquín miró a su representado esperando su respuesta. Sin duda que iban a gastar el dinero justo para completar la plantilla. Vería a ver qué rebaja podía hacerle a su amigo para quedar bien y que no se echase atrás. Sergio era capaz de cualquier cosa: tanto buena como mala. No lo creía capaz de romper el acuerdo y pagar la indemnización de su propio bolsillo. Dinero no le faltaba después de lo ganado en Turquía las dos últimas temporadas.

—De acuerdo. Me ajustaré al presupuesto que tengáis en mente —asintió dirigiendo su mirada a su colega. Esperaba que este pudiese hacerle algún favor por los años que hacía que se conocían.

Sus palabras la sorprendieron en un primer momento. Luego, la complacieron porque demostraba su compromiso con el proyecto. Sus temores a que él pudiese echarse atrás quedaron resueltos.

—Te lo agradezco. Somos conscientes del esfuerzo que haces al

aceptar nuestra oferta por encima de equipos con mayor presupuesto y aspiraciones deportivas.

—Ya le dije a mi representante, aquí presente, que necesitaba un reto. Y desde luego este lo es. —Se quedó mirándola de manera fija mientras pronunciaba aquellas palabras.

—De acuerdo… En ese caso, veré qué puedo hacer.

El móvil de Caitlyn sonó.

—Disculpad un momento. Es mi hermano.

La vieron ausentarse, lo que Joaquín aprovechó para dejar las cosas claras.

—¿Estás seguro de seguir adelante? Esto es un proyecto perdido. No jugarás ninguna competición europea. Y, además, contarás con un presupuesto reducido. Ya la has escuchado. No tendrás grandes estrellas que marquen las diferencias.

—Puede ser, pero conseguiré un «equipo». Y sabes a lo que me refiero. Intenta rebajar la ficha de alguna de esas tres jugadoras. O de las tres, ya puestos, y me cuentas.

Joaquín resopló.

—Supongo que no habrá problemas teniendo en cuenta que eres tú quien las pide. Y alguna estará deseosa de volver a jugar a tus órdenes.

—Pues entonces, consigue esas tres jugadoras.

—Te noto muy comprometido con el proyecto. ¿Qué escondes? —Joaquín se quedó mirándolo con los ojos entrecerrados tratando de averiguar qué le ocultaba. ¿Se trataba de ella? ¿De Caitlyn?

—Te dije que quería un reto. Nada sencillo. Es fácil ganar títulos cuando dispones de una gran plantilla con estrellas. Pero esta vez lo lograré con un puñado de jugadoras a las que convertiré en un equipo aguerrido y difícil de vencer.

—No lo dudo conociéndote. —Joaquín sacudió la cabeza—.

¿Sabes?... Te voy a dejar con ella para que sigáis perfilando la temporada.

Sergio abrió los ojos como platos y mudó el color del rostro al escucharlo.

—Eh, un momento. ¿De qué narices me estás hablando? ¿Dónde coño te vas?

—Empezaré a mover hilos para conseguirte esas tres jugadoras. A eso me refiero.

—Pero no hace falta que te largues en este momento. Mira, ahí vuelve Caitlyn.

—Estupendo.

—Era mi hermano. Quería saber qué tal iba la reunión. Pero ¿qué sucede? ¿Te marchas? —comentó viendo a Joaquín de pie con la Tablet en la mano.

—Sí. Me retiro a la habitación del hotel para poder trabajar en el tema de las tres jugadoras que Sergio me ha pedido. He de arreglar algunos asuntos, ya que alguna de estas ya tenía alguna oferta. Tendré que hablar con el club que la pretende, con ella… Comentarle que tu club está interesado en contratarla… Ya sabes cómo va todo esto. Y vosotros podéis seguir hablando de la temporada. Ha sido un placer, Caitlyn. Estaremos en contacto.

—Sí, lo mismo digo. Espero recibir confirmación de esos fichajes y que podamos ponernos de acuerdo —le comentó estrechando su mano con cara de asombro.

—Por supuesto. Hablamos ya mañana en el desayuno o durante el vuelo de regreso a Madrid —le dijo a Sergio, quien permanecía sentado como si lo hubiesen clavado a la silla, atónito y expectante por el comportamiento de su amigo y representante. ¿Por qué cojones lo dejaba a solas con ella?

Durante unos segundos, que a ambos les parecieron eternos,

ninguno dijo nada. Permanecían de pie, observándose como si acabasen de conocerse.

—Creo que deberíamos sentarnos y seguir con el asunto de la plantilla —dijo al final ella, sintiéndose el centro de atención, no solo de él, sino de los clientes que había en el *pub*.

—Sí —murmuró él sin poder dejar de mirarla. Tenía la sensación de sentirse atrapado por la presencia de ella.

—Entonces crees que esas jugadoras de las que hablabas aumentarán la calidad de la plantilla…

Sergio frunció los labios y arqueó las cejas.

—Eso espero.

—¿No me das garantías de que así sea? Pensaba que lo tenías claro. —Ella empleó un tono jocoso en un intento de relajarse.

—Son de lo mejor que podemos fichar. Y a alguna ya la he entrenado. Será más sencillo.

—¿Puedo fiarme de tu palabra? —Sonrió de manera irónica, e incluso algo provocativa, y entornó a mirada hacia él algo juguetona. Lo que ella no esperaba era la manera en la que él se quedó contemplándola, con esa sonrisa cínica que le provocó un ligero espasmo en el estómago. Aquel español la estaba poniendo de los nervios sin pretenderlo. Lo vio volver a fruncir los labios y chasquear su lengua.

—Tendrás que hacerlo. No tienes otra alternativa, ¿no crees? —Coño, ¿qué cojones estaba haciendo? ¿Por qué se sentía algo burlón y cínico con ella? Se había convertido en su «jefa», la que iba a pagarle cada mes por entrenar a su equipo, y al de su hermano, claro.

—Lo cierto es que no me gustaría tener que empezar a buscar un nuevo entrenador. Ni a mi hermano creo que le haga mucha gracia si me dices que no confías en el proyecto.

—Supongo que podríais encontrarlo con facilidad —le aseguró agitando su mano delante de ella, restando importancia a ese hecho —. Es más, incluso yo os podría facilitar algunos nombres de buenos profesionales.

—¿Qué hayan ganado tanto títulos como tú?

La observó con atención mientras ella arqueaba una ceja con cierta suspicacia y apoyaba el rostro sobre la palma de su mano.

—Bueno, conozco a algunos colegas a los que no les ha ido mal del todo.

—Pero no tienen tu palmarés. —No varió ni un ápice su postura y lo siguió escrutando de manera detenida.

—No, claro.

—Queríamos optar al mejor entrenador del continente.

—Me halaga vuestra decisión. La verdad. Y lo tenéis.

—Ahora faltan los resultados.

—Espero no defraudar la confianza que habéis depositado en mí. No será nada sencillo asentar al equipo. Lo digo por experiencia. Al principio siempre cuesta adaptarse a la nueva categoría. Pero eso ya lo sabéis.

—¿Por qué has aceptado a negociar con nosotros? Podrías entrenar a cualquier equipo en el continente.

—Es cierto, pero buscaba algo diferente a lo que he venido haciendo. Algo que no me exigiese demasiado. Un lugar dónde el nivel competitivo no fuese demasiado fuerte. No sé si me explico.

—¿Un campeonato dónde no tengas excesiva presión? No creas que aquí no la vas a tener. En cuanto la prensa se haga eco de tu llegada al equipo…

—Soy consciente, pero podré con ello.

—Esperamos buenos resultados, imagino que ya lo sabes.

La mirada de advertencia de ella y sus labios curvándose en una

sonrisa cínica obligaron a Sergio a coger aire y a removerse en la silla. Ella estaba prohibida desde ya. No habría excepciones como en otros lugares donde había parado.

—Por supuesto. No me gusta perder. Eso no hace falta que lo diga yo, se ve por mi trayectoria. Dime, ¿qué hacen dos hermanos al frente de un equipo de baloncesto femenino?

—Seguir con la idea de nuestro padre. Él fue quien lo fundó.

—Tradición familiar. Pero aparte del baloncesto, ¿haces algo más?

Ella sonrió. Parecía que el español tenía interés en ella más allá del baloncesto, pensó.

—Tengo un despacho de abogados. Por ese motivo me encargo de la parte legal. Contratos, pagos y demás.

—¿Y tu hermano?

—Se dedica al *marketing* y la publicidad. ¿Tu solo te dedicas a entrenar?

—Sí. Me licencié en periodismo.

—¿Y no has ejercido?

—Un tiempo. Poco. Me entró el gusanillo del baloncesto y comencé a meterme en ese mundo. Pero eso no hace falta que te lo cuente yo. Lo puedes buscar en Internet —le dijo riéndose de sí mismo por la manera en la que pensaba en ella. Se le pasó por la cabeza preguntarle por su vida personal, pero al contrario de eso, lanzó una mirada al reloj—. No quisiera entretenerte si tienes algo más que hacer.

Pero cuanto la vio sacudir la cabeza y apretar los labios, experimentó cierto regusto porque ella no quisiese irse. La verdad era que se lo estaban pasando bien y todavía no quería que se despidieran.

—No, pero yo tampoco quiero hacerlo.

—Tranquila. No tengo nada más que hacer. Tendré tiempo de

sobra para recorrer la ciudad cuando me instale.

—Eso es verdad. Y también te diré que Stirling no es demasiado grande. Y que merece la pena recorrer sus alrededores, como el parque de las Trossach. Y si no le tienes miedo al agua, subirte en el Sir Walter Scott y recorrer las aguas de Loch Katrine, el lago que inspiró a uno de nuestros escritores más famosos.

—Lo tendré en cuenta para cuando esté por aquí.

Ella apuró su copa de vino ante la expectante mirada de él. Los nervios parecían irse disipando con el paso del tiempo. Y ella se sentía algo más cómoda en compañía de él.

—¿Otra? —le preguntó ella señalando su vaso de pinta casi vacío.

—¿Por qué no?

Ninguno de los dos tal vez fuese consciente de la camaradería que estaba surgiendo entre ellos; o no le importase lo más mínimo. Pero siguieron hablando, riendo, contando anécdotas pasadas en relación con el baloncesto. Hubo intercambio de miradas, algún que otro roce de manos o de cuerpos cuando se levantaron de las sillas para marcharse. Caminaron por las desiertas calles de la ciudad a esas horas.

—Ha sido una tarde agradable —le dijo él caminando al lado de ella con las manos dentro de los bolsillos de los pantalones. No quería dejarlas fuera de estos para no rozarla siquiera.

—Sí, ha estado bien. Lástima que no hayamos estado los cuatro.

Sergio asintió más por darle la razón que porque en verdad lo hubiese deseado. La verdad era que le había gustado compartir la tarde a solas con ella. Le había servido para irla conociendo, aunque tampoco era que tuviese nada en mente con ella, salvo la atracción que le producía. Y que con gusto se apoderaría de sus labios y de su boca por un único instante.

El silencio de él la hizo pensar, y más su pícara sonrisa. Caitlyn

experimentó una ola de calor en el pecho que se expandió por su cuerpo y se manifestó en su rostro.

—Cierto, ha sido una tarde productiva —se apresuró a destacar él al darse cuenta de que lo estaba mirando de manera fija e incluso como si esperase a que dijera algo—. No creo que Joaquín vuelva la próxima vez.

—Sí, claro. En cuanto a tu ayudante… ¿Marian? —lo pronunció sin estar segura de si había entendido bien el nombre, pero también con cierta curiosidad por saber qué relación había entre ellos. No podía evitar sentirse algo confusa con la presencia de él.

—Sí, sí, Marian es mi ayudante. Es la mejor haciendo el estudio de los rivales.

—¿Lleváis juntos mucho tiempo? Me refiero entrenando…

Él notó la rapidez con la que ella se apresuró a añadir las últimas palabras. ¿Tal vez pensaba que entre Marian y él había algo más que una relación laboral?

—Cuatro años. Nos compenetramos muy bien… En la pista, claro. Este será el cuarto país que visita desde que me fijé en ella y le pedí que trabajase conmigo.

—Entiendo… —asintió en un susurro que llamó la atención de Sergio.

—No somos pareja, por si te lo estás preguntando. Marian es como una hermana.

—No, claro. No quería… Pero, ya que lo comentas, me gustaría saber si tenéis por costumbre vivir bajo el mismo techo. Es por asignaros un piso o dos, ya me entiendes.

—Con uno nos vale. Con que tenga un par de habitaciones es suficiente.

A él nunca se le había pasado por la cabeza liarse con Marian. Su relación de amistad y trabajo estaba por encima del sexo. Y después

del tiempo que llevaban colaborando, podría decirse que era la hermana pequeña y juiciosa que le habría gustado tener.

Caitlyn se sintió algo más relajada cuando lo escuchó referirse de aquella manera a su ayudante. No sabía qué sentido darle, si era porque había solventado con éxito un tema personal, o bien porque ella tuviese algún interés en él, cosa que no le parecía que fuese el caso.

—¿Te has acostumbrado bien a estar cada año en una ciudad? Yo no estoy segura de si podría hacerlo.

—Sí, es algo complicado. Cada año en un sitio. Pero este trabajo es así. Te lleva de un lugar a otro.

—Cierto. En fin, tengo que dejarte aquí porque mi casa queda por aquella calle —le indicó con la mano y desviando la mirada de él un instante.

—En ese caso, nuestros caminos se separan, aunque con el tiempo volverán a juntarse. Nos veremos pronto. Si necesitáis que venga antes de empezar la pretemporada, solo tenéis que decírmelo.

—Lo iremos viendo, aunque es verdad que ayudará a que lo hagas lo antes posible —le aseguró teniendo la impresión de que no quería despedirse de él.

—Cuando os venga bien, estaré aquí.

—Ya te avisaré. —Permaneció en silencio en el sitio, como si no supiese qué más añadir o hacer, bajo la atenta mirada de él.

A Sergio le daba la impresión de que ella esperaba algo por parte de él. Y con gustazo le haría lo que no se le había ido de la cabeza, y que no era otra cosa que cogerla por la cintura y adueñarse de sus labios. De manera que prefirió no tentar a la suerte y extendió el brazo para estrecharle la mano. Una despedida formal, pero cordial.

—Oh, sí… —Ella vaciló un segundo, como si no esperase que él quisiera estrecharle la mano como despedida. ¿Qué esperaba? ¿Tal

vez que le diera dos besos? ¿O que la besara como ella parecía esperar? El tacto de su mano era cálido, suave y tentador cuando sus dedos parecieron perderse entre los de ella. Un leve roce de estos fue determinante para que ella sintiese el calor ascender por su brazo.

—Estaremos en contacto, Caitlyn.

A ella le gustó la manera en la que él pronunció su nombre, y la mirada. Una mezcla de deseo y calidez que la obligaron a reaccionar.

—Por supuesto. Buen regreso a España.

—Gracias.

Él se giró para entrar en el hotel sin preocuparse por volver la mirada a ver si ella seguía allí. Suponía que se habría marchado. ¿Por qué habría de permanecer en mitad de la calle? Sacudió la cabeza saludando al responsable de la recepción y se dirigió al ascensor. «¿Cómo narices se me ha pasado por la cabeza querer besarla?», se preguntó entrando en el ascensor. «De locos», se dijo cerrando los ojos e inspirando hondo.

Caitlyn se dirigió a su casa con una extraña sensación. Le habría gustado pasar más tiempo con Sergio, pero después de pensarlo en frío, no era lo más adecuado. Iba a trabajar para su hermano y para ella. Para el club. De manera que tampoco sería aconsejable andarse con ciertas confianzas. Lo mejor que podía haber hecho era alejarse de él como había sucedido. Le estaba agradecida porque él hubiese decidido despedirse, y de una manera formal. No estaba segura de cómo habría reaccionado ella si él le hubiese dado un par de besos. Lo bueno de todo era que no volvería a verlo hasta dentro de unos meses, y que una vez que empezase la pretemporada, no creía que se viesen mucho, la verdad. Ella tenía un club que dirigir junto a

Fergus, y Sergio, una plantilla a la que entrenar. «Punto y final», se dijo con una sonrisa que parecía dejar claro que no tenía de qué preocuparse con él.

Capítulo cuatro

De regreso en España, Sergio y Joaquín quedaron en verse pronto por el tema de las jugadoras.

—Dame un toque en cuanto tengas confirmación de esas tres jugadoras. Y si no, habrá que buscar alguna otra. Ya te diré después de ver partidos de mi nuevo equipo. Empezaré por poner al día a Marian.

—Descuida que te aviso en cuanto sepa algo. Y de paso, a Fergus y a Caitlyn, con quien no me has contado qué tal te fue ayer.

Sergio se encogió de hombros y frunció los labios sin darle la menor importancia a esa cuestión. Claro que no iba a contarle que se había sentido muy a gusto con ella. Pero no en un sentido profesional, sino más bien personal. Pero esa sensación quedaba para él.

—Estuvimos definiendo las líneas de trabajo.

—¿Solo hablasteis de eso?

—Bueno, mi vida personal va relacionada con eso, ¿no? Ella sentía curiosidad por saber cómo me adaptaba a vivir cada año en una ciudad distinta. Lo típico.

—Sí, la verdad es que pensé que te quedarías en Estambul otro

año después de los triunfos de los dos últimos.

—Demasiado sencillo —aseguró chasqueando la lengua.

—En ocasiones eres demasiado prepotente, tío.

—Vamos, Joaquín…, ¿qué querías? ¿Qué me quedase otra temporada para volver a ganar los tres títulos nacionales? ¿Ser favorito un año más para ser campeón de Europa? No, no.

—Y por esto has preferido coger un equipo recién ascendido a la Premier británica.

—Eso mismo te dije en su día. Quería un reto que me exigiese el máximo. Es fácil ganar títulos cuando tienes una plantilla con las mejores jugadoras de Europa y un par de americanas que marcan la diferencia con el resto de equipos.

—¿No estarás cansado de ganar? Tal vez deberías haberte tomado un año sabático.

—No, no… Nada de eso. —Sergio sacudió la cabeza y la mano a la vez, dejando clara su postura—. Necesito entrenar.

—Está bien. Ya tienes tus retos en Stirling.

—¿De qué retos hablas? Lo dices como si tuviese varios…

—Oh, sí. El equipo femenino de baloncesto y su directiva. No creas que me chupo el dedo. Hablamos… —le dijo señalándolo mientras se dirigía la metro y Sergio permanecía parado en el vestíbulo del aeropuerto con gesto de asombro.

—¿Qué tiene que ver ella con… un reto? —bufó como si fuese un gato cabreado o estresado—. Pero ¿qué gilipollez dices? —le preguntó acelerando el paso para ponerse a su altura.

—¿Vas a coger el metro? —Lo miró sorprendido por su repentino gesto.

—Pues mira, sí. Y de paso me aclaras qué narices has querido decir con que la directiva es un reto para mí.

—Ella. Caitlyn. No he sido ajeno a cómo la has mirado en las

ocasiones que hemos coincidido. Y estoy contigo en que es una mujer atractiva.

—Para, para, para…

—Estoy parado —le aclaró deteniéndose delante del torno buscando su tarjeta del metro.

—Sabes muy bien a lo que me refiero. No intentes liarme y decirme que si has visto esto o aquello. Sí, ella es guapa. Pero solo me interesa para que me abone la nómina cada mes.

—Perfecto. Porque eso supondrá que yo recibiré mi parte.

—Y todos tan contentos.

Joaquín se detuvo en el andén, esperando a que llegase el metro, y miró a su amigo con gesto serio.

—Está bien. Dejaré el tema de Caitlyn.

—Es que no hay tema. No sé de dónde te has sacado que me he inclinado por esta oferta por ella, la verdad.

Para suerte de Sergio, el metro llegó y se subieron al vagón. No hablaron durante el trayecto desde el aeropuerto a la ciudad. Joaquín se limitó a leer todos los mensajes que tenía sin revisar, y Sergio prefirió quedarse callado pensando en lo que le había comentado su amigo. ¿Por qué le sentaba mal que hablase de ella en ese sentido? Tal vez debería haberle seguido la corriente y lo habría dejado estar.

Se despidieron con la promesa de hablar sobre las jugadoras que Sergio tenía en mente para su nuevo equipo. Camino de su casa, decidió darle un toque a Marian a ver qué estaba haciendo y si le apetecía que se vieran para ponerla al día. Después de una breve charla, ella le prometió que pasaría a verlo por su casa. Le dejaría tiempo para darse una ducha y deshacer el equipaje.

***

—¿Cómo fue la reunión con Sergio? —Fergus pareció sorprender con la pregunta a su hermana, quien se sobresaltó.

—¿Eh…? —Caitlyn se quedó mirando a su hermano como si no lo hubiese escuchado.

—Te preguntaba por la reunión de ayer tarde. Con nuestro entrenador…

—La verdad…, estuvo bien. —Se enderezó en la silla y comenzó a respirar con más calma. No entendía a qué venía alterarse de aquella manera porque su hermano le preguntase por Sergio.

—¿Algo que destacar? ¿Alguna petición de última hora? Ya sabes cómo son los entrenadores. Y más este con la trayectoria que tiene.

Caitlyn sonrió al ver la expresión de su hermano. Como si esperase que Sergio le hubiese pedido vivir en el mismo castillo de la ciudad. O que le pusieran servicio de chófer solo para él. Se humedeció los labios y negó con la cabeza.

—No te preocupes que no ha hecho ninguna petición especial. Es más, yo creo que es un tipo de lo más normal. Por muchos títulos y fama que tenga en el panorama europeo.

—Sabes que me fío de tu palabra porque siempre has tenido mejor ojo que yo para catar a las personas.

—Es la impresión que me ha dado estos días. A lo mejor después, una vez que comience la temporada, se convierte en un tipo exigente e insoportable —dijo poniendo los ojos en blanco y pensando en cómo se había quedado contemplándola cuando se despidieron. Le había dado qué pensar por la manera en la que su cuerpo había reaccionado.

—Según he sabido, es alguien disciplinado, exigente, con las ideas muy claras… Pero también es muy carismático, al parecer. Sabe cómo ganarse a la plantilla y a la gente.

—Eso nos vendrá muy bien. Veremos qué tal lo llevan las

jugadoras. No es nada sencillo tener como entrenador a uno de los tres mejores del continente.

—¿Hablas de presión para la plantilla? Yo creo que todas, tanto las que están como las que lleguen, estarán más que motivadas al saber que Sergio será su míster. Ya lo verás. Por cierto, me gustaría que, en la medida de lo posible, te encargases de él.

—¿Cómo dices? —Caitlyn tuvo la sensación de que acababan de pellizcarla en el trasero, porque se movió inquieta en la silla.

—Tú tienes más experiencia en el trato con los entrenadores. Sabes cómo manejarlos. A eso me refiero. Yo, para eso, soy algo negado.

Caitlyn se mordió el labio e inspiró hondo. Eso cambiaba su perspectiva de pasar el menor tiempo posible con él después de las sensaciones que él le había provocado los dos días que se habían visto. No creía que pudiese estar con la guardia en alto a todas horas. Pero no haría partícipe de ello a su hermano.

—Claro. Déjamelo a mí. Me encargaré de los dos. De él y de su ayudante.

—Tenemos el piso para alojarlos. Deberíamos saber si lo harán juntos o por separado.

—¿Lo dices por si son pareja?

—Sí, claro. O no hace falta que lo sean, pero entiende que dos personas de diferente sexo bajo el mismo techo… —Fergus sonrió con picardía y movió las cejas.

—Nunca cambiarás, hermano. ¿Por qué siempre piensas que no puede haber una relación de amistad?

—Se me antoja complicado. Siempre acaban surgiendo emociones y sentimientos.

—Sí, sí, sí… Ya sé de qué pie cojeas. Pues bien, en el caso de Sergio y Marian, no son pareja. De manera que olvídate de esa

situación tan morbosa.

—Te lo ha dicho él, claro. —Fergus entornó la mirada con curiosidad hacia su hermana.

—Cuando me estuvo hablando de ella. Me dejó claro que es su ayudante en la pista. Y que la considera más bien como la hermana pequeña que nunca tuvo. ¿Contento?

—Bien por ti.

—¿Por mí? ¿Por qué lo dices?

—Porque la manera en la que lo has estado observando estos días me ha dado qué pensar. Por no mencionar que él no se ha quedado atrás. —Fergus movió sus cejas con velocidad, dejando claro sus pensamientos al respecto de ellos dos.

Caitlyn abrió los ojos como platos y boqueó como un pez, sin terminar de creérselo.

—¿En eso te has estado fijando estos dos días de reuniones? No me lo puedo creer. —Jadeó nerviosa mientras la taquicardia parecía ir a más debido a los nervios, y al hecho de que su hermano se hubiese dado cuenta de esa situación.

—No, claro que no. Solo me he limitado a fijarme en él. En observar sus reacciones a las cuestiones que se planteaban por ambas partes. ¿Qué querías que hiciese al verlo mirarte de aquella manera? —Fergus se encogió de hombros sin saber qué explicación podría darle.

—Genial. —Caitlyn dio una palmada sobre la mesa.

—Vamos, Caitlyn. No es nada catastrófico que él se haya fijado en ti, ¿no? Coño, eres una mujer atractiva, resultona, me atrevería a decirte. Es lógico que se fijen en ti los hombres. Además, desde lo de Rory, no te he vuelto a ver salir con ningún hombre.

—¿Y? ¿Cuál es el problema? He preferido centrarme en el club y en conseguir que subiera de categoría, a perder el tiempo con

alguien que no entiende lo que hago.

—Bien por ti. Pero yo solo te aviso de que parece que has despertado el interés de nuestro nuevo entrenador.

—Gracias por tus apreciaciones. Sabré cómo llevar la situación. Aunque creo que estás haciendo una montaña de un granito de arena. Yo creo que su supuesto interés en mí —Caitlyn levantó las manos y movió los dedos entrecomillando esas palabras— se debe a que no ha conocido todavía a una mujer que dirija un equipo de baloncesto.

—¿Te lo ha dicho él?

—Sí. Ayer tarde, cuando estuve con él. Eso sí le ha llamado la atención, y nada más. De modo que deja de fantasear. Viene a hacer su trabajo y tratar de que el equipo se asiente en la máxima categoría.

Fergus frunció los labios y asintió convencido de que tal vez fuesen imaginaciones suyas, después de todo.

—Está bien, disculpa mi comentario. Pero lo que vi es cierto.

—Y yo ya te he respondido a lo que has insinuado. ¿Por qué iba a tener un interés personal en mí? ¿Solo por qué me haya estado mirando en las reuniones que hemos tenido? —Caitlyn levantó la vista hacia el techo y resopló. No podía creer que su hermano pensase de esa manera—. Será mejor que sigamos planificando la próxima temporada.

Fergus apretó los labios y asintió con cierta culpabilidad reflejada en su rostro. Tal vez, después de todo, su hermana tuviese razón y el interés del nuevo entrenador por ella fuses solo profesional. Pero entonces, ¿por qué ella se había puesto a la defensiva?

***

—A ver, ¿explícame cómo te ha dado por aceptar una oferta en Escocia? —Marian no quería perder tiempo en saber los pormenores de aquella decisión. Dejó el bolso en el sillón del salón, al que le siguió su cazadora vaquera.

—Tan directa como siempre. Me encanta ese rasgo tuyo.

—Ya me conoces. Dime, ¿por qué has aceptado una oferta así? No tiene sentido después de los dos últimos años en Turquía.

—¿Por qué no?

—Porque de entrenar a un equipo puntero en Europa te pasas a uno recién ascendido a una liga que ni si quiera tiene nivel para jugar una competición europea.

—Te equivocas.

—¿No me digas? ¿Cuántos equipos británicos juegan la Euroliga? Ninguno.

—¿Y qué tienes que decir del equipo que ha ganado la Eurocup esta temporada pasada? —Sergio se cruzó de brazos y dibujó una sonrisa cínica observando a su amiga.

Marian resopló al darse cuenta de la trampa en la que ella sola había caído.

—Pero no tienen un equipo en la máxima competición continental.

—No te he escuchado decir el nombre del equipo que ha resultado campeón de la segunda competición en importancia del continente —insistió colocándose la mano junto a su oreja en una pose burlona.

Marian puso los ojos en blanco y resopló.

—Está bien. Mira que me jode tener que darte la razón. El campeón ha sido el equipo de Londres. London Lions. ¿Satisfecho?

—Un rival nuestro la próxima temporada.

—En serio, ¿por qué la Premier británica? No sé, pensaba que tal vez te quedarías aquí en España. O incluso que te tomarías un año sabático.

—Lo pensé.

—¿Quedarte a entrenar aquí? —Ella abrió los ojos de manera exagerada.

—El año en blanco. Pero luego Joaquín me habló de esta oferta, y decidí indagar un poco más en esta.

—Pues debe ser muy atractiva e interesante para que hayas aceptado. ¿Qué buscas? ¿Un reto? ¿Hacer algo grande con un equipo pequeño?

—Algo así. Ya se lo comenté a Joaquín.

—De acuerdo. Tendré que ponerme al día con el nuevo equipo. Ya sabes, a visionar partidos de esta pasada temporada y hacer un estudio de la plantilla.

—No te fíes. No todas siguen.

—Pues tendrás que decirme cuáles.

—Sí, te pasaré la lista que Caitlyn me dio a mí.

Marian entrecerró los ojos y sacudió la cabeza al escuchar el nombre de mujer.

—¿Quién es Caitlyn? ¿La secretaria técnica?

Sergio apretó los labios y sacudió la cabeza.

—Ella y su hermano llevan las riendas del club.

—¿Me estás diciendo que es una especie de gerente?

—Eso es. Es la que se encarga de los asuntos legales. Es asesora jurídica. Tengo que tratar con ella los pormenores de los fichajes. ¿Qué haces? —preguntó señalándola con la mano al verla teclear en el móvil.

Marian arqueó las cejas y frunció los labios mirando la pantalla de su teléfono.

—Es guapa. Me recuerda a Jessica...

—Chastain —dijo tratando de no parecer interesado en la mirada que Marian le estaba dirigiendo.

—Esa. Sí. Es muy guapa.

—Sí, lo es.

—¿Cuándo se supone que tenemos que estar en Stirling?

—Nos lo dirán. A tiempo para comenzar la pretemporada.

—Espero que no te arrepientas de tu elección.

—¿Por qué debería? —Abrió los brazos pidiéndole una aclaración.

—Porque es una liga de segundo nivel. Ya te lo he dicho. ¿Aguantarás sin jugar en competiciones europeas? —Marian arqueó una ceja con cierta suspicacia.

—No creo que vaya a pasarme nada.

—Una curiosidad que viene a la mente…

—Sí, supongo que tendrás muchas al respecto.

—Solo una. —Marian esgrimió un dedo ante su amigo.

Sergio se preparó para cualquier pregunta. Volvió a cruzar sus brazos sobre el pecho y asintió.

—¿Tu decisión no habrá tenido nada que ver con la gerente?, con la tal Caitlyn.

Él sonrió al ver cómo Marian entornaba su mirada hacia él con ese brillo maléfico e intrigante que surgía cuando tenía malos pensamientos.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque no es normal que tú aceptes una oferta de este tipo.

—Oh… ¡Venga ya!

Ella lo vio hacer aspavientos con los brazos y poner cara de circunstancia.

—Sergio… Que nos conocemos desde hace algunos años y sé cómo te las gastas en el tema de mujeres.

—¿Te refieres a lo que sucedió en Belgrado con Ivanka?

—Y en Francia con Annabelle. Y en Estambul con aquella periodista… —Chasqueó los dedos intentando recordar su nombre.

—Eso es agua pasada.

—Yo solo sé que allí donde has estado entrenando has tenido una aventura. Te libra que eres muy bueno en lo tuyo y que los resultados te acompañan. De lo contrario… —Agitó un dedo delante de él a modo de advertencia.

—Vamos a Stirling a convertir a su equipo de baloncesto femenino en un referente en la Premier.

—Algún día te vas a encontrar con lo que no andas buscando. Don Juan. —Lo palmeó en el hombro y sonrió divertida por aquella comparativa, pero así era. Sergio no era un tipo de fiar en lo referente a las relaciones con las mujeres. Y esperaba equivocarse, pero le daba que se había decantado por la oferta de Escocia en parte por lo atractiva que era la gerente del equipo. Sí, también porque buscaba un equipo sin presión mediática. Y seguro que en las islas británicas no lo tendría.

—Hay que ponerse las pilas con la plantilla.

—De eso me encargo yo. No te preocupes. ¿Sabes algo de los fichajes que pretenden hacer?

—Estuvimos hablando con Joaquín. Tiene en su agencia al menos tres jugadoras que podrían servirnos para cubrir las bajas. A alguna ya la hemos tenido. Pero nos toca esperar unos días.

—¿Piensan gastar mucho dinero en reforzarse?

—No demasiado. Son un equipo que acaba de ascender.

—Supongo que quieren invertir poco y obtener resultados. Imagino que te habrán pedido algo en concreto. De entrada, mantener en la competición, y luego… —Marian frunció los labios mirándolo a la espera de que él se pronunciase.

—Meter al equipo entre los ocho que disputen el título de liga. E incluso aspirar a ganarla.

—*Uffff*, pues ya puedes irte poniendo las pilas en serio. Porque

otros años has obtenido muy buenos resultados y títulos porque entrenabas a un equipo grande. Pero este… Tendrás que emplearte a fondo.

—Es una fase final como la copa de la reina aquí en España. A un partido, todo puede suceder.

—Cierto. Pero hay que trabajar duro para meter ahí al equipo, y luego ya se verá hasta dónde podemos llegar. No te quedará tiempo apenas para buscarte una «amiga». Nos vemos. —Le guiñó un ojo y recogió sus pertenencias para marcharse—. Llámame cuando tengas noticias de la tal Caitlyn.

—Lo que tú digas. —La acompañó hasta la puerta y, tras cerrarla, permaneció un momento apoyado sobre esta, pensando en la conversación. ¿Cómo se le ocurría insinuar que tenía interés en Caitlyn? ¿Que se había decantado por esa oferta solo porque ella era atractiva? ¿Que le gustaba? ¿Y qué gilipollez era esa de que allí donde había entrenado se había buscado una amante? Las relaciones habían surgido porque sí. Y se acabaron cuando él dejó el equipo. Nada más. No había que darle más vueltas. Decidió ponerse a buscar información sobre su nuevo equipo, pasando por alto buscar información sobre Caitlyn.

Capítulo cinco

Sergio y Marian llegaron a la presentación del primero como entrenador del equipo de baloncesto de la ciudad. Al parecer, se había creado cierta expectación cuando se conoció la noticia; como todos esperaban.

—Creo que ningún periodista esperaba que tú fueses el nuevo entrenador —le comentó Marian—. Me he fijado y hay prensa de otros países. He reconocido a algunos que han venido incluso desde España.

—Lo sé. He estado hablando con ellos antes.

—Supongo que les sorprende que hayas firmado por un equipo escocés y no te hayas quedado en casa.

—Sin duda. Pero consideré que no era el momento para volver a entrenar en España. Eso es todo.

—Bueno, pues ya no hay marcha atrás. Tu nueva aventura dará comienzo en breve. Ah, mira, esa es Caitlyn —le indicó haciendo un gesto con el mentón hacia ella.

Sergio se volvió para verla. No dijo nada al respecto de su cambio de imagen. Se había rizado el pelo que le caía en ondas hasta los hombros. Por un segundo su mirada se cruzó con la de ella y volvió

a experimentar la sensación que había tenido cuando la conoció. Se reafirmaba en su pensamiento sobre ella: era una mujer atractiva. Sus labios se curvaron en una tímida sonrisa cuando se acercó hasta ellos.

Ella se detuvo ante él, consciente en todo momento de que sus emociones seguían siendo las mismas que cuando lo conoció. Durante los meses que hacía que no se veían, ella había logrado controlarse cuando pensaba o le hablaban de él. Pero tenerlo frente a ella en ese momento le recordó que él era capaz de provocarle palpitaciones. Por ese motivo prefirió centrarse en la chica que lo acompañaba. Era joven, con el pelo oscuro y corto, con las puntas hacia fuera. Su aspecto le pareció bastante informal.

—Bienvenido de nuevo —dijo mirándolo en un primer momento para después centrarse en su acompañante.

—Gracias. Esta es Marian, mi ayudante. Ella es Caitlyn, de quien ya te he hablado.

—Encantada —saludó Marian estrechándole la mano

—Así que tú eres la ayudante de nuestro afamado entrenador. Sin la cual no va ninguna parte.

—Sí, esa soy yo.

—Estupendo. Creo que podemos dar paso a la presentación, si te viene bien. Fergus está charlando con algunos periodistas, y en breve te enfrentarás a sus preguntas.

—Estoy listo cuando digáis.

—Volveré a por ti. Encantada, Marian.

—Sí, sí. Mucho gusto. —Sonrió al verla alejarse y a continuación volvió su mirada hacia Sergio, esperando alguna aclaración por su parte—. ¿Y bien?

—¿Y bien qué? —Sergio se encogió de hombros.

—¿Cómo estás? ¿Nervioso?

—Si cada vez que tengo una rueda de prensa me pusiese nervioso, ya lo habría dejado hace tiempo, ¿no crees? Es trabajo, Marian. Nada más.

Ella asintió sin decir nada, pero había sido testigo de cómo ambos se habían mirado y apostaba a que había algo más de lo que decía Sergio. Lo vio alejarse cuando Caitlyn le pidió que se acercase para la rueda de prensa. Siempre era lo mismo, sí, pensó Marian preparándose para escucharlo. En cada una de las ciudades que había estado, siempre había surgido alguna aventura. ¿Cómo coño lo hacía?, se preguntó. Y luego siempre le prometía que era la última vez. ¡Ja, y un cuerno! Solo había tenido que fijarse en lo mona que le parecía Caitlyn y en cómo su colega la miraba. Solo que en esa ocasión parecía apuntar algo: la *manager* del club, junto a su hermano.

Marian decidió centrarse en lo que Sergio tenía que decir y dejó a un lado su teoría sobre lo que podría suceder entre su querido amigo y la escocesa. Pero era evidente al verlos uno al lado del otro que había algo, por mucho que Sergio lo negase. Alguien le dio un toque en el hombro, captando su atención, y la obligó a volverse.

—Vaya, ¿tú por aquí? —Sonrió mirando al conocido de la prensa española que estaba allí.

—Es noticia que Sergio se haya venido a entrenar a Escocia después de dos años repletos de títulos en Turquía.

—Ya… Eso mismo me digo yo. Pero aquí estamos.

—¿No te ha comentado qué lo ha traído a la Premier inglesa?

—Solo que le atrajo la oferta.

—Pero no es un club puntero como el London Lions, que acaba de ganar la Eurocup. Es un recién ascendido. Entiendo que a Sergio le puedan atraer los retos, pero ¡joder, entrenar en Escocia cuando tiene medio continente suspirando por él!

—¿Y yo qué quieres que te diga, chico?

—¿Sabes que su nombre sonó para la selección?

Marian entreabrió los labios como si fuese a responder, pero aquella revelación la había pillado a contrapié. Se limitó a sacudir la cabeza y tomarse su tiempo antes de decir algo.

—No tenía ni idea. ¿Lo sabía él?

—Creo que no. Viéndote aquí con él, deduzco que te ha vuelto a liar para que lo sigas…

—Sí. Me llamó un día para contarme que tenía esta oferta y que si estaba dispuesta a venirme con él. Y aquí estoy.

—¿No tenías ninguna propuesta de algún otro club? Creo que ya has pasado bastantes años a la sombra de Sergio y que deberías comenzar a volar sola. Sabes a que me refiero.

—Lo sé, pero de momento prefiero apurar mis opciones con él —le confesó haciendo un gesto con el mentón hacia este.

—Piénsalo en serio. Apostaría a que podrías llevar tú sola un equipo.

—Es posible que después de esta aventura escocesa me lo plantee.

—¿Cómo ves la plantilla? Tú eres la estudiosa de los dos. Sergio sabe cómo motivar a las jugadoras, cosa muy importante.

—Les hace creer que pueden ganar a cualquiera.

—Por eso te lo pregunto a ti, ¿crees que lograréis otro éxito?

—Desconozco la competición. Y en cuanto a la plantilla, deja que vea los partidos de pretemporada para verla en acción.

—Te curas en salud.

—Es la verdad. Debemos conocer a la plantilla.

—Pero tenéis un par de jugadoras interesantes, como la serbia y la croata. Dos buenas manos en el tiro exterior, que ya tuvisteis en Francia a vuestras órdenes.

—No te lo discuto, pero es mejor ir paso a paso.

—Por cierto, un breve apunte y que Sergio no lo sepa.

—Dime.

—¿Su elección tiene algo que ve con la *manager*? Te lo pregunto porque me ha parecido percibir… No sé… Cierta complicidad en los gestos y en las miradas entre ellos.

Marian se echó a reír.

—Creo que deberías hacerle esa misma pregunta a él, Rafa. Al fin y al cabo, sois amigos y puede que te diga algo distinto a lo que me ha contado a mí.

—No lo dudes que lo haré. A ver, tú y yo sabemos cómo se las gasta el amigo.

La sonrisa cínica y la mirada entornada de Rafa hacia ella hicieron que Marian cambiase el gesto.

—Si me vas a soltar el rollo de que allí dónde ha entrenado ha tenido sus líos, te diré que espero que esta vez no se le ocurra. Sé lo que estás pensando, pero no soy yo quien tiene la respuesta.

—Entiendo.

—Por cierto, la rueda de prensa ha terminado —señaló ella mirando a Sergio posar para los fotógrafos junto a los dos directivos del club.

Caitlyn sintió el leve roce de la mano de él sobre la suya mientras permanecían de pie, uno al lado del otro, posando para la prensa. Aguantó la respiración e intentó mostrarse lo más relajada y cordial posible pese a todo. Y cuando Sergio le pasó el brazo por la cintura para pegarse más a ella, como le pedían, experimentó una acusada ola de calor y como la piel se le erizaba. Deseó que aquella situación terminase cuanto antes.

Sergio se apartó de los dos hermanos para posar con la camiseta del equipo y que le hiciesen fotos. Se fijó en Marian y en Rafa, su amigo periodista que lo saludaba con la mano. Decidió acercarse a ellos cuando terminó y que tanto Caitlyn como Fergus no lo requerían más.

—¿Cómo diablos se te ha ocurrido venirte a Stirling, tío?

Sergio estrechó la mano de Rafa y le dio una palmadita en la espalda.

—Un cambio de aires. Un nuevo objetivo.

—¿Entrenar a un equipo recién ascendido? —le preguntó mirándolo con los ojos como platos sin poder creerlo—. Venga, no me toques la moral. Eres uno de los entrenadores más laureados en el continente. ¿No me digas que no hay alguna oferta más interesante que esta?

—Te lo acabo de decir. Un nuevo objetivo. Ganar es más sencillo cuando cuentas con una plantilla de megaestrellas. Pero ¿y si cuentas con una de lo más normal en la que ninguna destaca por encima del resto?

—Entiendo… Pretendes ponerte a prueba entrenando en un campeonato que no tiene ninguna repercusión en el continente.

—Digamos que me apetecía tener un reto.

Rafa chasqueó la lengua y sonrió cínico. Rodeó a Sergio con un brazo y le susurró:

—¿El reto incluye también liarte con tu jefa? Porque no me negarás que está de muy buen ver la escocesa, ¿eh?

Ambos intercambiaron una mirada que hizo que Marian apretase los labios para no reírse. Pero por la mirada de Sergio, todo parecía indicar lo que ella se temía.

—Te doy la razón, pero ella no entra en mis planes —le dijo tratando de parecer serio y contundente, algo que ni él mismo se

creía.

—Te creeré cuando lo vea. —Lo apuntó con un dedo y asintió convencido de que su amigo trataría de tener algo con la escocesa. Luego, lanzó una mirada rápida a Marian, quien por su parte se limitó a fruncir los labios y rodar los ojos—. ¿Cómo ves la plantilla?

—Compensada. Si hacemos equipo, podemos lograr algún que otro objetivo.

—Pareces muy convencido.

—Sé lo que digo. Les he prometido pelear por el campeonato.

Rafa silbó.

—Apuntas muy alto, ¿no? ¿No te habrás dejado llevar por lo bien que está tu jefa?

—No. Que ella sea atractiva no ha influido en nada mi decisión.

—Si eres capaz de hacer campeón a este equipo recién ascendido, ya nada se te resistirá en lo deportivo.

Sergio sonrió cínico.

—Es posible. ¿Te quedas o te marchas de regreso a España?

—Mañana me largo. He venido a cubrir la noticia. Tu elección ha despertado curiosidad en el mundillo del baloncesto femenino en Europa, como puedes esperar.

—No es para tanto, joder.

—Lo dice el tío que ha ganado la copa de Europa en tres ocasiones. Y las dos últimas, seguidas. No sé qué narices haces aquí, pero confío en que no te arrepientas cuando haya empezado la temporada.

—Descuida. No lo haré. Ya lo verás.

—Espero venir al final de la competición para hacerte una entrevista como campeón de la Premier británica.

—Te tomo la palabra, amigo.

Una vez a solas con Marian, esta se quedó mirándolo con

perplejidad.

—¿Hablas en serio?

—¿A qué te refieres?

—¿Crees que podemos ganar la liga en el primer año y con un equipo recién ascendido?

Sergio sonrió al ver la expresión de su amiga y mano derecha mientras lo observaba con una ceja elevada, dejando claro que no se lo terminaba de creer. Pero la aclaración habría de esperar a otro momento porque los dueños del club se acercaban a ellos.

—Ya está hecho. Oficialmente sois los dos entrenadores del equipo —les comentó Fergus mirando a ambos con satisfacción por tener en sus filas a uno de los entrenadores *top* del continente.

—Pues ya solo resta ponernos manos a la obra —aseguró Sergio tratando de no quedarse embobado mirando a Caitlyn.

—Las jugadoras están citadas mañana para pasar reconocimientos médicos y conoceros.

—Perfecto.

—Hemos hecho un gran esfuerzo por traerte a las tres jugadoras que pediste. Así que mi hermano y yo confiamos en que todo marche bien —intervino Caitlyn con un tono y una mirada que dejaban claro lo que esperaban de él.

—Lo sé. Y prometo no defraudaros.

—De eso estamos seguros —asintió Fergus—. Si nos disculpáis.

Sergio y Marian los vieron alejarse para charlar con otros periodistas y demás gente que había acudido a su presentación.

—¿Te has dado cuenta del tono serio y frío de ella?

Él apretaba los labios y asentía. Era consciente de que se jugaba mucho porque aquellos hermanos habían hecho un esfuerzo por ficharlo.

—Sí. Pero no me intimida más que cuando entrenamos en Francia

o en Turquía. No te preocupes. Es lógico que quieran obtener resultados dada la inversión que han hecho.

—Tienes a las tres jugadoras que pediste…

—Lo sé. Lo sé. Son idóneas para completar la plantilla. Además, ya conocemos a dos de ellas porque estuvieron en Francia con nosotros. Eso hará las cosas más sencillas.

—En fin, que esto no ha hecho más que empezar.

—Sí. Empieza el espectáculo —murmuró dejando la atención fija en Caitlyn, quien a su vez parecía estar buscándolo. Durante unos segundos sus miradas se encontraron. Él sonrió a modo de halago, y ella desvió la mirada en cuanto tuvo oportunidad.

***

El calentamiento previo al primer encuentro de liga discurría con total normalidad. Había llegado el día del debut y Sergio mantenía su atención fija en las jugadoras mientras estas realizaban los ejercicios pertinentes para calentar el cuerpo y no sufrir lesiones. A su lado estaba Marian.

—¿Cómo estás ante el comienzo de la competición? Porque por lo que yo veo y presiento parece que no va contigo.

—Sabes que no me pongo nervioso. Son muchos años en esto ya, pero las jugadoras no tienen que saberlo. Hemos ganado todo en pretemporada, lo cual siempre anima y da moral. —Su mirada recorría las gradas del pabellón al que poco a poco iba acudiendo la gente. Por supuesto que aquello no era Estambul ni Belgrado en lo que a ambientes se refería. Se acercaba más a lo que había vivido en Praga cuando había ido a jugar allí contra el equipo checo.

—Piensas decirles lo contrario.

—No sé lo que les diré, salvo que salgan a divertirse. Tu trabajo

ha sido impecable en cuanto al análisis del rival.

Marian desvió la mirada y se encontró con la esbelta figura de Caitlyn.

—La jefa viene a por ti —le anunció moviendo las cejas con celeridad e intención, provocándole a Sergio una risa cínica.

Este evitó ser descarado mirándola mientras ella se acercaba. Llevaba días sin saber de ella, y eso lo agradecía porque le permitía centrarse en su trabajo de preparación del primer encuentro de liga. Siempre le había gustado empezar ganando. Eso daba confianza a la plantilla.

—¿Cómo estáis? Sé que es una pregunta que no debería haceros, pero…

—Como un flan —la interrumpió Sergio en español, consciente de que ella no entendería la expresión. Y no le faltó razón porque Caitlyn se quedó mirándolo con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados.

—¿Qué has dicho?

—Dice que impaciente —le aclaró Marian al ver la reacción de la escocesa—. Es una expresión española para hacer referencia a ese estado emocional.

—De acuerdo. Yo también lo estoy, si te soy sincera.

—Disculpadme. —Sergio se alejó de las dos mujeres para que charlasen a su gusto. Él se fue a hablar con algunas de sus jugadoras mientras.

—¿Siempre es así?

—¿A qué te refieres? —Marian estaba intrigada por saber qué quería decir Caitlyn.

—Despreocupado, tranquilo, antes de un encuentro. Soy consciente de que tiene mucha experiencia, pero… No sé… —Ella se volvió para contemplarlo.

—No te preocupes. Él es así. En realidad, está centrado en su trabajo, aunque te dé otra impresión.

—Me fio de lo que dices, ya que tú llevas con él mucho tiempo.

En ese momento, el hermano de Caitlyn se acercó a ellas dos.

—¿Cómo estamos de nervios ante el debut del equipo? —Miró a Marian porque sabía que su hermana estaba atacada de los nervios.

—Le decía a tu hermana que estamos tranquilos y confiados en comenzar la competición ganando. Es importante para nosotros. Da confianza a las jugadoras.

—A todos, créeme —asintió Fergus—. Nuestro principal objetivo es mantenernos en la categoría.

—Será complicado porque sois un equipo recién ascendido. Y cuando cambias de categoría, cuesta un poco adaptarse.

—Sí, bueno, confiemos en lograr un buen resultado. Voy a saludar a Sergio.

Las dos mujeres lo observaron alejarse. Marian sonreía de manera tímida.

—Veremos qué tal se adaptan las jugadoras a la nueva competición —comentó Caitlyn.

—Son profesionales. Algunas están acostumbradas a jugar en otros países, ligas… Con las tres jugadoras que han venido hemos reforzado la plantilla. Dos de ellas ya las conocemos porque han estado a las órdenes de Sergio.

El tono de cierta preocupación de Caitlyn hizo que Marian adoptase una postura de relativa seguridad. Prefería que fuese Sergio quien le hablase más claro sobre ese tema.

—Eso es bueno, ¿no?

—Sin duda, aporta un plus de seguridad y confianza.

Caitlyn no dejaba de contemplar a su hermano y a Sergio mientras ambos charlaban. No había coincidido demasiado con este último.

Más bien ella lo había estado evitando en todo momento. No quería establecer una relación cordial, cercana, que pudiese derivar en algo más íntimo y personal. Le parecía atractivo, con carácter y carisma. Un ganador, un tipo exigente y comprometido con lo que hacía. Eso le gustaba y le atraía más de él, lo cual la inquietaba. Por un momento, lo que su hermano le había dicho, sobre la manera de mirarla de Sergio, le provocó un escalofrío en su espalda.

Capítulo seis

—¿Qué se supone que estamos haciendo? —Paseó la mirada por los rostros de las jugadoras que permanecían sentadas en el banquillo escuchando y mirando a Sergio. Este estaba algo cabreado con ellas porque no estaban llevando a la práctica lo hablado y preparado durante los partidos de preparación. Rechazó la pizarra que Marian le tendía—. No se trata de jugadas, sino de actitud. Quiero ver un cambio ya. No quiero irme a casa con la primera derrota de la temporada porque no me gusta perder, y no estoy dispuesto a que vosotras tampoco lo hagáis. ¡Sois mejores que ellas, joder! Yo lo sé, Marian, el público y el otro equipo. De manera que, ¡venga!, a la pista y a darle la vuelta al marcador.

Marian le lanzó una mirada tratando de averiguar qué pasaba por su cabeza. No se sentó en la silla, sino que permaneció de pie con las manos en las caderas, observando el desarrollo del partido. No había marcado ninguna jugada en ataque ni en defensa, y eso era porque en realidad no lo necesitaba, solo era una cuestión de actitud por parte de sus jugadoras. Entendía que estuviesen nerviosas por el debut, pero eso no quería decir que no hicieran las cosas como debían.

Sergio se mantuvo de pie al borde de la pista observando el desarrollo del juego. Dio algunas indicaciones en momentos puntuales, e incluso tuvo una charla distendida con uno de los colegiados porque le indicó que no estaba siendo equitativo con las personales. Al final todo quedó en unas palmaditas y un intercambio de sonrisas. A Marian le parecía que eran dos colegas que quedaban en verse después del encuentro e irse a tomar unas pintas al *pub*. Sabía que él manejaba a los árbitros como ningún otro entrenador. Y cuando vio su gesto de satisfacción, supo que había logrado una victoria que no tardaría en producirse. Y así fue. A pocos segundos del final, en un ataque de una jugadora del Newcastle, esta cometió pasos. Su entrenador los protestó porque no los consideraba como tales. El pabellón pareció cobrar vida porque comenzaron a animar de manera insistente lo que activó a las jugadoras que se daban palmadas de ánimo y se aplaudían entre ellas.

—Alexandra, eh, Alexa —llamó haciendo gestos a la jugadora serbia—. Búscale el lado izquierdo en la siguiente jugada y le sacarás la quinta falta personal. Será de tiro. Anotas los dos y cierras el partido. Venga. —Aplaudió convencido de que así sería, de manera que se sentó tranquilo a esperar la jugada.

—¿Qué le has dicho a Alexa?

—Dame diez segundos… —Entrecerró los ojos concentrado en la jugada. Pero él no era el único; en el palco, Caitlyn no sabía muy bien a dónde mirar, si a la pista donde se jugaba o al banquillo en el que Sergio parecía estar impasible.

Marian se fijó con atención en la jugada de Alexa y en cómo forzaba la quinta falta de la jugadora rival, obteniendo dos tiros libres. Se fijó en Sergio y este sonrió con autosuficiencia. Si Alexa anotaba los dos tiros libres, el equipo aumentaría la ventaja a cuatro; con los segundos que restaban, nada podría evitar que el

primer triunfo se quedara en casa. El primer tiro libre estaba dentro con relativa seguridad. Sergio la conocía de haberla entrenado en Francia. Sabía de su frialdad a la hora de lanzar tiros libres, y la mano que tenía era todo un prodigio. Por ese motivo la había pedido cuando supo que estaba libre. Alexa anotó el segundo y Sergio dio órdenes de defender sin faltas. Quería que pasara el tiempo y no dar opción a Newcastle a anotar. Cuando el tiempo llegó a su fin, Marian lo vio sonreír primero y a continuación ir a saludar al entrenador rival.

—Buen partido.

Luego, se volvió hacia Marian con cara de satisfacción.

—Enhorabuena.

—A ti, sobre todo. Por tu estudio del rival.

—Empezamos con buen pie.

—Esto no ha hecho más que empezar, ya vendrán días peores. —Caminó hacia el centro de la pista para saludar a la gente. Hizo piña con sus jugadoras juntando las manos—. Os dije que eráis mejor que ellas, ¿os habéis dado cuenta? Pues no lo olvidéis. ¡Un, dos, tres, Maidens!

Caitlyn y Fergus estaban contentos con el resultado y el juego. El debut en la competición y en casa se saldaba con la primera victoria.

Sergio estaba satisfecho, pero admitía que había trabajo por hacer. Estaba seguro de que con el tiempo el equipo funcionaría mejor, se irían puliendo los detalles y las jugadoras se irían conociendo más. Pero se quedaba con el buen trabajo que habían hecho. Acudiría a responder a las preguntas de la prensa, pero antes pasaría por el vestuario para felicitar a las jugadoras.

—¿Están visibles? Ya sabes que no me gusta pillar a alguna en ropa interior.

—Sí, lo están. Pero si sabes que todas llevan ropa deportiva

ajustada bajo el uniforme para jugar más cómodas. No creo que veas nada.

—Aun así —insistió elevando las cejas antes de empujar la puerta y encontrárselas sentadas, secándose el sudor, desatándose los cordones de las zapatillas, charlando como si nada… En un momento él se convirtió en el centro de las miradas de todas—. Solo pasaba a felicitaros por la victoria y por el juego desarrollado. Seguiremos creciendo a medida que pasen los días. Descansad y nos vemos pasado mañana. —Aplaudió antes de abandonar el vestuario, observando los gestos de satisfacción de las jugadoras—. Por cierto, que nadie os diga que no podéis ganar a cualquier equipo.

Marian se quedó contemplándolo en silencio, pero con una sonrisa significativa. Eran bastantes años ya siendo su ayudante, y sabía cómo era.

—Voy a dar la rueda de prensa.

—Te espero por aquí.

Sergio elevó el pulgar.

Una vez que terminó de dar sus impresiones sobre lo que había sido el partido, se sacó un papel del bolsillo trasero de sus vaqueros, lo desdobló y se centró en este ajeno al resto de personas que los saludaban cuando se cruzaban con él.

—¿No estarás trabajando todavía? El partido ha terminado hace un rato.

Sergio levantó la mirada cuando reconoció el suave tono de la voz de Caitlyn. Sonrió y asintió al fijarse en la expresión dulce de su rostro.

—Uno no termina de trabajar a pesar de que el partido haya terminado. Es una copia del acta del partido. Estaba repasando algunos de sus aspectos.

—En serio, ¿sigues trabajando?

—A todas horas, en cualquier lugar. Soy muy perfeccionista.

—Pero hemos ganado el primer partido de la liga, en casa, ante un rival que en la pasada temporada llegó a las semifinales en la lucha por el título, ¿te das cuenta de lo que ello supone? —Caitlyn apretó los labios y arqueó las cejas contemplándolo.

—Por supuesto, pero no quita que haya cosas que corregir de cara al próximo partido, ¿no crees? Por cierto, ¿y tu hermano? —le preguntó mirando a ver si lo veía.

—Charlando con Marian —le dijo haciendo un gesto con su pulgar, señalando detrás de ella.

—Vale. ¿Querías algo?

—Aparte de darte la enhorabuena por la victoria, que también te dará mi hermano, ¿te apetece venirte a tomar una cerveza o prefieres irte a casa a seguir trabajando?

—La tentación es bastante fuerte, la verdad. —Vio a Marian y Fergus acercarse hasta ellos dos.

—Enhorabuena por la victoria. —Fergus extendió el brazo para estrecharle la mano—. Se lo estaba comentando a Marian, y no quería dejar pasar la oportunidad de hacerlo en persona contigo.

—Te lo agradezco.

—Vamos a tomarnos algo, si os apetece venir. —Fergus paseó la mirada por los rostros de su hermana y de Sergio.

—Eso mismo le estaba proponiendo a él cuando habéis llegado —comentó Caitlyn volviendo la atención hacia Sergio.

—¿Entonces? ¿Te apuntas? —insistió Fergus—. Venga, la ocasión lo merece. El debut en la Premier ha terminado con la primera victoria.

Sergio sonrió lanzándole una mirada a Marian, quien se limitó a abrir los ojos al máximo y fruncir los labios.

—Que no se diga que soy un aguafiestas.

—Estupendo, cerramos unos asuntos aquí en el pabellón y nos vemos fuera —comentó Fergus mirando a su hermana.

Cuando Sergio y Marian se quedaron solos, este volvió a desdoblar el acta del encuentro y a centrarse en este.

—¿Qué te sucede?

—Hemos lanzado veinte tiros libres y hemos anotado menos de la mitad.

—¿Y eso es lo que te preocupa en este momento?

El tono de sorpresa de Marian lo obligó a apartar la mirada de las estadísticas para mirarla a ella.

—Debemos mejorar los porcentajes. En rebotes hemos estado bastante bien.

—Podrías dejar de mirar las estadísticas y pensar en la manera en la que te ha estado mirando Caitlyn.

—¿En serio?

—Aseguraría que deseaba que aceptases su invitación para ir a tomar algo —trato de hacerle ver abriendo sus ojos con una expresión bastante elocuente.

Él se limitó a doblar el acta del partido, guardarla en bolsillo interior de su americana, cruzar los brazos sobre su pecho mirando a su amiga y segunda entrenadora con los ojos entrecerrados.

—A ver si te he entendido bien: según tú, Caitlyn me estaba mirando de una manera que dejaba claro que quería que me fuese a tomar algo con ella; bueno, con vosotros también.

—Eso mismo.

—Vale, y he aceptado. Pero que conste que no pretendo nada. —Esgrimió un dedo ante el rostro de Marian, la cual se limitó a encogerse de hombros y asentir.

—Me parece perfecto.

—Y en cuanto al asunto de los tiros libres, ¿qué opinas?

Marian bufó y puso los ojos en blanco.

—Pues… haremos más sesiones de tiro. A veces eres impredecible.

Sergio sonrió ante su comentario. No había dudas de que la había sorprendido con sus comentarios al respecto de Caitlyn. Ella le gustaba, y bastante. Y por supuesto que se había dado cuenta de su manera de mirarlo. Y que él tenía la intención de aceptar su invitación, pero consciente de que no le convendría cruzar la línea que tantas otras veces se había impuesto así mismo.

La tarde noche discurrió de manera distendida, charlando de diversos temas entre los que estuvo el baloncesto, o la relación profesional que tenían Sergio y Marian. No pudo faltar el tema de que ellos dos se hiciesen cargo del equipo.

—Como te contamos el día que nos conocimos, es más una cuestión familiar —explicó Fergus.

—Hoy en día nadie apostaría por mantener un equipo de baloncesto femenino —apuntó Sergio desviando la mirada de Caitlyn hacia su hermano.

—Es posible.

—Aquí en Escocia os veo más inclinados hacia el fútbol o el rugby.

—El fútbol es más en Glasgow, ya sabes. El Celtic y el Rangers.

—Si duda que estáis algo locos para llevar a cabo este plan. Y más todavía para querer que yo dirija el equipo. —Señaló a ambos con un dedo mientras sujetaba su vaso de cerveza.

—Pues deja que te diga que tú no andas muy lejos de estarlo por haber aceptado —le rebatió Caitlyn sonriendo divertida porque había logrado rebatir sus palabras y no sentirse intimidada por su mirada. Lo contempló de manera directa, como si estuviese esperando su reacción.

—Eso mismo me dijo Joaquín cuando me lo planteó y acepté.

—¿Espero que no te arrepientas de tu decisión? —Ella entornó la mirada mostrándose cautelosa.

—Siempre os quedaría Marian —aseguró mirando a esta. Le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia él con un gesto cariñoso —. Es hora de que sea ella la que dirija a un equipo.

—Agradezco sus palabras, chicos, pero mejor que sea él quien dirija vuestro equipo.

—¿No te ves capaz? —preguntó Fergus deseoso por conocer su respuesta.

—Pues claro que me veo capaz de tomar las riendas de un equipo, pero… —dejó la mirada suspendida en el vacío mientras Fergus y Caitlyn la contemplaban con expectación. Sergio, por su parte, aprovechaba la ocasión para fijarse en la escocesa—. Si sale mal, puede que no tenga otra oferta de hacerlo.

—Pero como yo sé que eso no sucedería, no hay problema —aseguró Sergio convencido de sus palabras.

—Tú procura no marcharte a mitad de temporada, ¿de acuerdo? —le advirtió Marian señalándolo con el dedo índice y una mirada de fingida amenaza. Era consciente de que él no lo haría porque no le gustaba romper los acuerdos firmados.

—Tengo por costumbre cumplir el contrato hasta el final, ya lo sabes. De manera que no hay de qué preocuparse.

—¿Aunque no cumplas los objetivos? Me refiero a que veas que no consigues ningún título —intervino Caitlyn obligándolo a centrarse en ella.

—Aun así. He firmado un contrato hasta final de temporada y pienso cumplirlo. Aunque no consiga ninguno de los objetivos que me he propuesto desde el primer día —le aseguró con rotundidad sin despegar su mirada del rostro de ella para comprobar su reacción. Por un instante recordó el comentario de Marian acerca de

la manera en la que la escocesa lo miraba. ¿Cómo diablos iba a tener interés en él? Era de locos.

Caitlyn frunció los labios y asintió preguntándose cuáles serían los objetivos que él se había marcado para esa temporada.

—El día que nos conocimos dijiste que podríamos ganar la liga y clasificarnos para alguna competición europea —le recordó Fergus viéndolo asentir.

—Y ese sigue siendo uno de mis objetivos.

—Sería toda una hazaña que un equipo recién ascendido ganase la liga —insistió Fergus mientras su hermana estudiaba las reacciones de Sergio.

—Sin duda, pero ¿por qué no soñar con ello? Está en nuestras manos, así que… no seré yo el que renuncie a luchar por el campeonato. —Sergio estaba convencido de ello, lo cual asustó a Marian en cierto modo. No tenían una plantilla en la que destacasen jugadoras de primera fila como en el de Londres.

—Desde luego que apuestas fuerte —le dijo ella con una media sonrisa.

—No me cabe la menor duda —les dejó claro antes de apurar la cerveza—. Y llegado a este punto, creo que es hora de retirarnos.

Sergio necesitaba alejarse de la presencia de Caitlyn. Tenerla sentada frente a él, mirándolo con curiosidad, como si se estuviese preguntando si todo lo que él decía era cierto.

Minutos más tarde, cuando se hubieron despedido hasta el día siguiente, Sergio y Marian se dirigían a la casa que el club había puesto a su disposición.

—¿Estás convencido de que podemos ganar la liga? —le preguntó ella observándolo con la miraba fija en el suelo, la cabeza gacha, en

modo pensativo.

—Todo es posible. Ya lo sabes.

—Menos que te marches a mitad de temporada —le recordó con la mirada entornada hacia él con preocupación. Nunca se le había pasado por la cabeza como les había asegurado, pero a lo mejor algún día era la primera vez.

Sergio sonrió al escucharla.

—¿Tanto miedo te da quedarte sola al frente del equipo?

—No, la verdad es que no me lo da porque en estos años que llevo siendo tu ayudante en los banquillos he aprendido mucho. Y eso te lo tengo que agradecer, pero por ahora prefiero que sigas entrenando aquí.

—¿Y tu oportunidad como primera entrenadora? ¿No piensas en que algún día pueda suceder? ¿No se te ocurrirá seguir siendo mi ayudante hasta que yo decida dejarlo? —La miró con las cejas formando un arco sobre su frente.

—Por supuesto que pienso en el día en el que yo dirija a un equipo. Pero será porque yo decida dar ese paso y no porque tú me lo digas, o peor, me dejes tirada a media temporada.

—Tranquila, que eso no va a suceder este año.

—Oye, ¿cuáles son los objetivos que te has marcado esta temporada? ¿La liga y meter al equipo en la Eurocup? ¿En serio? Pensaba que lo decías por animarlos o tranquilizarlos para que no pensaran en el descenso.

—O tal vez la Euroliga. Si logramos ganar la liga. —Se encogió de hombros y la miró como si estuviese diciendo algo de lo más normal.

—Ya… Apuntas muy alto, y yo creo que te das cuenta de que este es un equipo pequeño.

—Lo sé desde el primer día, y te aseguro que podremos lograrlo.

—¿Algún objetivo más que desconozca? Te lo pregunto ahora para

no llevarme sorpresas más adelante…

—No cruzar la línea que me he propuesto con Caitlyn.

Aquella afirmación hizo detenerse a Marian y seguir mirándolo a pesar de que él seguía caminando. Lo vio volver al cabeza hacia ella y hacerle gestos para que no se quedase atrás.

—¿Te refieres a no liarte con ella?

—Sí.

Marian resopló.

—Bueno…, no he sido ajena a vuestros intercambios de miradas y sonrisas esta noche. Ya te lo advertí esta tarde.

—Lo sé.

—¿Y qué piensas hacer para evitar cruzar la línea imaginaria de la que hablas?

—Centrarme en el trabajo. Nada más.

—Sí, pero ella es la *manager* y ya has visto que le gusta saber del equipo. E invitarte a tomar una pinta.

—Ahí está el problema. Que al parecer le gusta interactuar con nosotros.

—Procura no meterte en otro lío como en Francia y en Belgrado, ¿querrás?

—Ese es mi objetivo. No tocar a Caitlyn bajo ningún concepto.

Marian resopló poniendo los ojos como platos. Algo complicado para un tío como él, se dijo y más conociendo su currículo de amantes. Por suerte llegaron a la casita que el club les había dispuesto y el tema quedó en el aire hasta otro momento.

Capítulo siete

Sergio permanecía sentado en el banquillo echando un vistazo a varios informes que Marian le había pasado. Ese fin de semana visitaban al líder London Lions, lo que suponía un partido complicado. A su lado estaba Caitlyn observándolo de manera paciente. Él agradeció su inesperada visita. Le gustaba verla implicada en el proyecto y también le agradaba su presencia de un modo que a él empezaba llamarle la atención. Él ponía la excusa de que se preocupaba por el buen funcionamiento de la plantilla, pero se había llegado a preguntar por qué *ella*, y no su hermano, era quien estaba pendiente de casi todo. Por ese motivo estaba allí. Apostaba a que había ido a comprobar que el desplazamiento a Londres estuviese cerrado. Sin ningún contratiempo de última hora.

—Son un equipo bastante completo en todas sus posiciones —comentaba Sergio sin despegar la atención de los papeles. Estaba esperando a que todas las jugadoras llegasen. Habían acordado presentarse en el pabellón media hora antes de salir para el aeropuerto de Glasgow.

—No en vano son las actuales campeonas de liga. Y de la segunda competición europea —le comentó Caitlyn.

—Sí. Derrotaron a las turcas del Besiktas alzándose con el triunfo. La primera vez que un equipo británico gana un título europeo en baloncesto.

—No pasa nada si nos ganan, Sergio.

—Lo sé. Entra dentro de nuestras posibilidades, pero quiero creer que podemos ganarles. —La miró de manera fija, y lo que vio le provocó un ligero escalofrío. Sus ojos azules permanecían fijos en él, brillando de una manera especial—. Soy un ganador y, por lo tanto, es lo que busco en cada partido.

—Me parece bien, pero algún día perderás. Y tendrás que aceptar la derrota. Tu problema es que siempre has entrenado a equipos punteros en sus respectivas ligas. Y también con cierto peso en Europa. Y ahora estás entrenando a un recién ascendido a la liga británica. Esa es la diferencia.

—Pero no es excusa para dejarnos llevar y caer derrotadas. No. Me niego. —Se incorporó del asiento negando con la cabeza. Luego se quedó mirando a las jugadoras que habían llegado y que charlaban con Marian—. Cuando me dicen que algo es imposible, les respondo que no lo sé, porque no lo he intentado todavía.

Caitlyn sonrió al ver el genio que tenía. Le gustaba su determinación, su ambición y que no diese un partido por perdido, aunque se enfrentase al actual campeón. Se acercó a él con paso lento, pero decidida a seguir charlando con él.

—Me gusta cómo eres.

Él giró la cabeza como si ella hubiese presionado algún resorte. Se quedó contemplándola sin saber qué decir porque sin duda que aquellas palabras lo habían dejado mudo. Arqueó las cejas y abrió los ojos reflejando la lógica sorpresa que aquellas palabras le acababa de producir.

—Gracias.

—Me gusta escucharte decir eso. Que no das nada por hecho. Que estás dispuesto a pelear pese a todo. Que no hay imposibles para ti.

—Es mi filosofía. Y lo que siempre se espera de mí en mi trabajo. Salir a ganar todos y cada uno de los encuentros que disputemos. De eso trata el deporte. De ganar, ganar y volver a ganar, como señalaba un mítico entrenador de fútbol en España.

—Y celebro que lo pienses. Y admite que no puedes quejarte hasta ahora —le dijo entornando la mirada hacia él y dibujando una sonrisa—. El equipo es colíder con Londres después del primer mes de competición. Has ganado los cuatro primeros encuentros, situándose codo con codo con Londres. ¿Qué más quieres? Somos un equipo pequeño, ya te lo dijimos en su día.

—Lo sé, lo sé. Son ellas las que lo han hecho —la corrigió señalándolas mientras caminaban hacia el autocar.

—Entiendo que tal vez para ti no signifique demasiado, pero para nosotros es mucho más de lo que podíamos imaginar cuando te propusimos dirigir nuestro equipo. —Lo miró con cierta calidez, con confianza en él, e incluso se dio cuenta de que le había posado la mano sobre el antebrazo mientras le hablaba y lo miraba.

A Sergio aquel acercamiento por parte de ella le cortó la respiración. Se quedó callado, observándola con detenimiento, y de no estar donde estaban, se habría atrevido a rozarle la mejilla con el pulgar. El perfume de ella pareció distraerlo por un momento en el que pensaba lo que le gustaría hacerle.

—Pero hay que aprovechar este momento. Por cierto, debería ir yendo hacia el autobús que nos lleva al aeropuerto de Glasgow. El vuelo sale a las cinco, si no me equivoco.

—A las cinco, exacto. Tardaremos una hora y cuarto en aterrizar en la capital inglesa.

Él frunció el ceño al escucharla.

—¿Tardaremos? ¿Fergus y tú vais a venir?

—Fergus no puede, pero yo sí iré como representación del club. Por eso te lo comento.

Se quedó clavado en el sitio, inspirando.

—Claro. Es bueno que alguien de la directiva acompañe al equipo. Da buena imagen ante las jugadoras.

—Lo sé. Por esa razón me planteé acompañar al equipo. Fergus y yo lo estuvimos hablando hace unos días.

Sergio miró el reloj.

—Pues creo que deberíamos irnos preparando. ¿Y tu equipaje? —Dejó que su mirada la recorriese de pies a cabeza y que después mirase por allí cerca buscando una maleta.

—La he dejado en el autocar antes de entrar aquí.

—Las ventajas de ser directiva. —Sonrió tratando de centrarse en el encuentro que disputarían al día siguiente, y no en el hecho de tenerla a ella cerca ese fin de semana.

—Alguna que otra tengo. —Le dedicó una media sonrisa, algo tímida, mientras lo veía caminar hacia Marian, las jugadoras y demás *staff* de la plantilla.

Esta se quedó cortada y sorprendida cuando vio a Caitlyn dirigirse al autocar del equipo.

—¿Ella también viene?

Sergio se limitó a asentir con los labios apretados.

—Como representación del equipo. Fergus no ha podido.

—Vaya, reconoce que se implica mucho en el proyecto.

—Lo normal, ¿no crees? Por cierto, necesito algunas aclaraciones sobre tu informe del rival. Podemos aprovechar el trayecto hasta el aeropuerto. O, si lo prefieres, durante el vuelo a Londres.

—Pensaba que te sentarías con ella —ironizó Marian moviendo las cejas con toda intención.

—Muy graciosa, la niña.

—No te preocupes, te aclararé lo que me pidas. Incluso lo que no tenga que ver con baloncesto. —Le guiñó un ojo antes de ir a dejar su maleta en el autocar.

Sergio resopló sin querer pensar en lo que podría dar de sí aquel viaje a la capital inglesa. Tenía que preparar un partido contra un rival de categoría y lo que menos necesitaba era distraerse con los comentarios de su ayudante, precisamente. De modo que ocupó su asiento en el autocar y de inmediato se sumergió en el estudio del informe de Marian, bajo la atenta mirada de esta.

—Dices que alternan las defensas después de canasta, de individual a una zona dos-tres o bien cuatro en caja y una presionando, o tres-dos con las jugadoras exteriores presionando nuestra línea de pase.

—Exacto. No siguen un patrón determinado. Creo que lo hacen en función de cómo vaya el encuentro.

—Nosotros también las sorprenderemos con lo que hemos preparado esta semana. Presionaremos a toda pista después de canasta tratando de dificultar la salida del balón por parte de ellas. —Sergio explicaba la táctica a Marian, pero no podía evitar lanzar alguna que otra mirada de refilón a Caitlyn. Iba sentada en los asientos contiguos, junto al fisioterapeuta.

—Vas a desgastarla de tanto mirarla. —El comentario de Marian lo obligó a mirarla e inspirar hondo.

—No quiero ninguna distracción, y menos este fin de semana. Quiero que hagamos un buen encuentro en Londres, e intentar ganarlo, aunque sobre el papel seamos inferiores.

—Déjalo para después entonces. Pero yo creo que entre vosotros dos hay una corriente que os va a costar cortar. Hazme caso.

Sergio sacudió la cabeza.

—Esta vez no. Centrémonos en algunos detalles más, ¿quieres?

—¿Sobre el partido en Londres o Caitlyn? —Elevó las cejas y rio con ganas al ver a su amigo en aquella situación. Lo cierto era que no lo notaba como las otras ocasiones en las que había tenido relaciones. En Francia o en Serbia le había faltado tiempo para liarse, pero esta vez... A lo mejor tenía que ver el cargo que desempeñaba Caitlyn. La verdad era que llevarse a la cama a su jefa, a la directiva del equipo al que entrenaba, no era lo mismo que a una empleada o a una periodista que siguiera al equipo. Esta vez no tenía nada que ver con las veces anteriores. Pero ¿hasta cuándo?, se preguntó sonriendo de manera pícara observando a su compañero.

Llegaron con tiempo suficiente para facturar los equipajes y de paso comer algo. Sergio no pretendía mantenerse alejado de Caitlyn porque en parte tampoco quería que se le notase demasiado que ella… le atraía. No era el momento con toda la plantilla rondado por allí. Claro que era bien visto que una directiva del club charlase son el entrenador, tampoco era nada extraño, se dijo acercándose a ella con su bandeja de comida en la mano.

Caitlyn estaba sentada hablando por el móvil mientras las demás jugadoras se diseminaban por la zona de embarque. Algunas escuchaban música, otras leían, las había que charlaban y comían, e incluso jugaban a las cartas. Todo era bienvenido para pasar el tiempo de espera.

Ella dejó el móvil y miró a Sergio mientras se sentaba frente a ella en la misma mesa.

—Hablaba con Fergus y le aseguraba que ya estábamos en la zona de embarque.

—Sí. Ha sido bastante rápido después de todo. Oye, imagino que nos esperan en el aeropuerto de Stansted, ¿no?

—Sí, claro. Habrá un autocar del club para llevarnos al hotel. Lo mismo que sucede en las demás competiciones en Europa.

—Sí, sí. Es lo normal. El anfitrión se encarga de recibir y alojar al equipo visitante. Espero poder llegar y tomar contacto con el pabellón antes del partido de mañana.

—¿Siempre piensas en el trabajo?

La pregunta de ella y su mirada cargada de curiosidad detuvieron su tenedor en alto y a medio camino de su boca.

—Cuando tengo un partido como el de este fin de semana, en el que nos jugamos el liderato de la liga…, tengo que decirte que sí.

—¿Y qué me dices de tu tiempo libre?

—El poco que me queda lo dedico a ver a mis amistades.

—Espero que no todas estén relacionadas con el baloncesto. —Abrió los ojos al máximo y sonrió al pensar en esa posibilidad.

—No, no todas. De lo contrario, no desconectaría. Y hay momentos en los que conviene hacerlo.

Ella permaneció pensativa durante un instante en el que aprovechó para remover su café.

—Sin duda. Supongo que tus resultados, me refiero a los títulos que has logrado, son fruto de esa dedicación.

—Sí, supongo que así es. Marian también tiene parte de culpa, ya que es muy buena estudiando al rival del siguiente partido. Sin ella a mi lado, seguro que no habríamos logrado la mitad de los éxitos.

—Se nota que la aprecias.

—Es como una hermana.

—Pero te escuché decirle que podría encargarse ella sola de dirigir a la plantilla.

—Por supuesto que tiene categoría para hacerlo, pero tranquila, no tengo la intención de marcharme —le aseguró viendo cómo ella parecía cambiar el gesto al escucharlo.

—Sé que no lo harás. Te gustan los retos. Tú mismo lo dijiste, y este es sin duda uno. Y ahora, sé sincero, ¿podemos ganar el partido de Londres? No me endulces la respuesta ni me digas aquello que quiero escuchar. Te pido sinceridad. —Lo contempló de manera fija, confiando en que así fuese: sincero con ella.

Sergio asintió despacio recorriendo el rostro de ella hasta detenerse en sus labios, Sonrió ante el pensamiento que lo asaltó.

—Está complicado, no te engaño. Son un equipo muy completo en todas las posiciones, aunque han cambiado algunas jugadoras. Llevan las mismas victorias que nosotros, de modo que será un encuentro duro.

—¿Ganaremos?

La mirada entornada de ella no le influyó pese a todo.

—Será difícil, pero no imposible. Y si tenemos una oportunidad de hacerlo, por muy pequeña que sea, tendremos que ser perfectas y aprovecharla. Como ves, no te engaño. No me interesa decirte que somos mejores que ellas y que vamos a ganar porque te estaría mintiendo, de igual modo que lo haría conmigo. Y a mí no me gusta hacerlo.

—No me agradaría que lo hicieses…

—¿Qué me dices de tu trabajo, de tu tiempo libre? —Sergio decidió seguir charlando porque quedarse contemplándola de aquella manera tan personal iba a levantar comentarios. Se echó hacia atrás en su asiento y desvió la mirada de ella.

—Como puedes esperar, hay más bien poco debido al trabajo.

—Pero no todo en la vida es trabajar…

—Lo sé, lo sé. Pero llevar el club requiere mucha dedicación. Y eso que somos dos. Fergus está más metido en cuestiones de *marketing*.

—Tú eres la que negocia con los representantes…

—Previo acuerdo con mi hermano.

—¿Siempre tomáis las decisiones juntos?

—Siempre. Después de evaluarlas a fondo. Él aseguraba que tu fichaje sería todo un bombazo, pero claro, tu ficha es demasiado alta para un club como el nuestro. Era el punto más complicado cuando nos sentamos a buscar un entrenador de garantías.

—¿Qué sucedió con el que logró el ascenso? Disculpa que me lo pregunte, pero siento curiosidad.

—Recibió una buena oferta para entrenar en Newcastle.

—¿El Newcastle? Fue el primer rival que tuvimos en casa —recodó sorprendido por esa noticia.

—Así es. Y que ganamos.

—Desconocía que su entrenador hubiera sido el que logró el ascenso. Podrías habérmelo comentado.

—¿Qué valor habría tenido para ti?

A él le gustó el gesto que hizo, el quedarse mirándolo con atención por encima del borde de la taza. Y como después sonrió con ironía.

—Siempre es motivante enfrentarte a tu ex. ¿Por qué no se quedó?

Ella torció el gesto, y Sergio no supo cómo interpretarlo. ¿No lo estaría ella aplicando a la vida personal? ¿Lo del ex, claro?

—Tal vez buscaba un proyecto más interesante o ya asentado en la liga. Nosotros somos novatos, y eso puede significar volver a descender.

—Entiendo, quería una seguridad que con vosotros no creía poder tener.

—Pero tú si te has arriesgado rechazando ofertas de media Europa. —Caitlyn entrecerró los ojos para observarlo. Tenía el mentón apoyado sobre la palma de su mano y se mordisqueaba el

labio con gesto pensativo.

—Así es. —Bajó la mirada a sus manos, que tenía entrelazadas sobre la mesa. Prefería evitarla a ella porque su expresión le parecía demasiado tentadora—. Buscaba algo distinto.

—Chicos, siento interrumpir, pero hay que moverse. —Marian se acercó a ellos cuando se dio cuenta de que llegaba la hora de irse. Intercambió mirada con la de Sergio, y este asintió sin decir nada. Se levantó de la silla al mismo tiempo que Caitlyn.

—Ya te he dicho que Marian es muy importante. —Le guiñó un ojo a esta.

—No le hagas caso. No es para tanto. Será mejor ir yendo a la puerta de embarque.

Sergio y Caitlyn no dijeron ninguna palabra más. Los dos parecían sumidos en sus respectivos pensamientos. Él prefería no pensar en el deseo de querer besarla, que parecía asaltarlo cada vez con mayor frecuencia cuando estaba con ella. ¿Por qué diablos volvía a repetirse lo de otras ocasiones? ¿Era que no podía centrarse solo en su trabajo?

Marian miraba de reojo a su amigo, creía percibir cierto malestar en su expresión. Tenía el ceño fruncido y se pinzaba el puente de la nariz al tiempo que sacudía la cabeza. ¿Qué le había sucedido con Caitlyn? Los había visto hablando durante un buen rato, y no había querido ir a sentarse con ellos para no interrumpir lo que fuese que estuviesen diciendo. Pero esperaba que Sergio se controlase esa vez porque era capaz de dejarla plantada al frente del equipo. Era tan excelente entrenador como amante de las mujeres. ¿Era que no podía estarse quietecito por una sola vez en su vida? Acabaría metiendo la pata con Caitlyn, por no decir otra cosa.

Capítulo ocho

Llegaron al hotel y, tras alojarse en sus respectivas habitaciones, Sergio decidió que tenían tiempo para ir al pabellón y hacer una sesión de tiro al menos. Estaban dentro del horario que les había fijado el equipo local para utilizar el pabellón. De manera que se volvieron a montar en el autocar. El recinto deportivo estaba en el parque olímpico Queen Elizabeth.

—Te he notado algo taciturno desde que subimos al avión.

El comentario de Marian lo obligó a mirarla.

—Estoy centrado en el partido de mañana.

—¿Solo estás centrado en este?

—No sé qué más quieres que te diga, pero así es.

—¿Y Caitlyn?

—¿Qué pasa con ella?

—Eso te pregunto. Os he visto juntos en el aeropuerto y me pareció percibir cierta… —La risa de Sergio la obligó a callarse—. Te aviso que se te nota a la legua que ella te gusta. Cualquiera que se fije un poco en tu manera de mirarla se dará cuenta de ello. De modo que no finjas que no lo sabes.

Él volvió la atención hacia la ventanilla del autocar para ver las

calles de Londres.

—Ya te he dicho que no voy a tener nada con ella.

—Confío en ti y en que te centres en el equipo. Vamos empatados a victorias con London Lions. Es mucho más de lo que imaginamos en un principio. Y no te digo nada si mañana damos la campanada. —Marian lo vio fruncir los labios ante semejante sugerencia.

—Difícil, pero no imposible, como le he asegurado a ella.

—¿En serio?

—Sí. Le he confesado lo que espero mañana en el partido. Y me lo ha agradecido. Es mejor decir las cosas como son y no andarse por las ramas ni diciéndole lo que ella quiere oír y después… darse de bruces con la realidad.

—Supongo que te lo habrá agradecido.

—Sí. Le gusta que sea sincero con ella.

El autocar llegó al moderno edificio donde el London Lions jugaba sus encuentros, tanto en categoría masculina como femenina. Sergio se fijó con atención en el recinto que albergaba más disciplinas deportivas que el baloncesto. No era el clásico pabellón, sino que además contaba con un gimnasio, un área de *fitness*, de *spinning*, salas de reuniones y el pabellón para jugar al baloncesto, balonmano o bádminton. Estaba vacío, salvo por los encargados de recibirlos y facilitarles lo que precisaran.

—Encárgate de que hagan una sesión suave de tiro mientras voy a ver los vestuarios, la sala de prensa y demás lugares —le comentó a Marian señalando a la persona que lo esperaba para enseñarles el sitio.

—Descuida. ¿Nada más?

—Un breve calentamiento y tiro. Nigel y Susan pueden echarte una mano —dijo refiriéndose al fisio y al médico.

Marian sonrió al ver que Caitlyn lo acompañaba a ver las

instalaciones. Siguió pensando en lo que él le había dicho en el autocar.

—Está bien, chicas. Vamos a ello. Una sesión suave para tomar contacto con la cancha —dijo llamando la atención de las jugadoras.

Minutos después, Sergio y Caitlyn regresaban en compañía del encargado de enseñarles el pabellón.

—Es un recinto multiusos —comentó él echando un vistazo a su alrededor para no quedarse mirándola a ella.

—Es la capital de Inglaterra. Las instalaciones son muy modernas, y más después de los juegos olímpicos hace algunos años.

—Sí. ¿Qué capacidad puede tener el pabellón?

—No lo sé. ¿Te preocupa?

Sergio frunció los labios.

—Ni lo más mínimo porque soy consciente de que aquí el público no aprieta como en Grecia, Turquía o Serbia —le aseguró recordando esos ambientes en su carrera—. ¿Te animas? —Cogió un balón e hizo ademán de pasárselo.

—No he jugado en mi vida.

—Pero no quita que lo intentes. —Botó el balón en varias ocasiones y decidió pasárselo a Marian.

—¿Qué tal las instalaciones?

—De lo más modernas que he visto en los últimos años —le respondió mirándola, y luego observó a Caitlyn como si esperase su comentario.

—Sin duda que lo son. Si me disculpáis, he de llamar a Fergus para decirle que todo ha ido bien y que el equipo está haciendo sesión de tiro, ¿no? —Miró a los dos entrenadores para que le corroboraran si era eso lo que estaban haciendo las jugadoras.

—Eso es —asintió Marian—. ¿Qué te parece el pabellón?

—Moderno, funcional, adaptado a este siglo…

—¿Me ha parecido ver que le pasabas el balón a Caitlyn para lanzar a canasta?

El tono pícaro de ella no pasó desapercibido para él pese a que estaba con la atención fija en las jugadoras. Por ese motivo se limitó a emitir un sonido y asentir sin mediar palabra.

—Pero lo ha rechazado porque nunca ha jugado al baloncesto.

—¿No crees que estáis cogiéndoos demasiada confianza?

—La justa entre directiva y entrenador. Vamos, chicas, con ganas. Mañana nos jugamos aquí el liderato —le dijo aplaudiéndolas—. Demostraremos que no somos una comparsa. Que no hemos venido a Londres a hacer turismo, sino a ganar. A dar un golpe sobre la mesa y dejar claro que no renunciamos a nada. Y me da igual que ellas sean las actuales campeonas de liga y que hayan ganado la Eurocup. Tened en cuenta que han cambiado jugadoras y que, por lo que yo he visto, no son tan temibles como dicen.

Las jugadoras escuchaban la breve charla de manera atenta. Algunas habían dejado de lanzar a canasta y miraban con atención a Sergio. Se habían dado cuenta de que podían confiar en él. Que era un entrenador *top* en el continente y que podrían lograr los objetivos que se habían marcado, aunque pareciesen imposibles a simple vista.

Capítulo nueve

El ambiente estaba animado en el pabellón el día del partido. Nada que ver con la tarde anterior cuando estuvieron entrenando, pensó Sergio pasando su mirada de manera atenta por las gradas. Le gustaba jugar en esa clase de ambientes, con gente que animaba y participaba del espectáculo. Con las manos en las caderas observaba a sus jugadoras hacer la ronda de calentamiento previa al encuentro. Creía que podían ganar, y eso era lo que les había transmitido en el vestuario antes de salir a calentar.

—¿Alguna última consigna? —Marian se situó a su lado y dirigió su atención a la plantilla.

—Nada que no les haya dicho ya. Veremos qué tal se nos dan estos dos primeros cuartos.

—Ellas han hecho buenos fichajes con la francesa y la italiana.

—Sí. Pero date cuenta de que han renunciado a jugar la Euroliga este año. Y ya sabes que, si no gastas dinero, tus opciones son escasas. Por ese motivo han renunciado y vuelven a la Eurocup. Y en la liga van primeras junto a nosotras. Sus resultados son amplios.

—Si se marchan rápido en el marcador, lo tendremos difícil.

—Lo sé. Por eso quiero tener el control del tiempo. Si jugamos a

un marcador bajo, lograremos tener opciones.

—¿Has visto a Caitlyn? —Le lanzó la pregunta sin pensarlo, pero consciente de que él la esperaba. Por ese motivo asintió sin devolverle la mirada.

—Hemos estado hablando durante la comida.

Sergio no dijo nada más. No quería hablar de ella ni de lo que pudo haber sucedido entre ellos la pasada noche. Había estado cenando toda plantilla en el hotel y, cuando las jugadoras se retiraron, Caitlyn y él se habían quedado en el salón del hotel. Él lo recordaba como una charla más entre directiva y entrenador del mismo club. Solo que cuando se despidieron y ambos se quedaron mirando al otro respectivamente… Hubo algo que no supo explicar. Por un instante llegó a creer que ella se acercaría y lo besaría. O él. Había acortado la distancia mientras salían del ascensor y cada uno se marchaba a su habitación; tanto que él olía el perfume floral de ella y sentía su agitación. Deseó besarla en un momento dado como había hecho en otras ocasiones que se le vinieron a la mente en ese preciso instante. Pero entonces, recordó quién era ella, y que no debía mezcla el trabajo con las relaciones personales si quería cumplir el año allí.

Sergio cogió aire y jaleó a sus jugadoras cuando terminaron el calentamiento y regresaron al banquillo para recibir las últimas instrucciones.

—Bien. Ya lo hemos hablado todo antes. Estad tranquilas. Ellas juegan en casa y son las favoritas, por lo tanto, tienen la presión de ganar. Si hacemos las cosas como en los anteriores encuentros, tendremos opciones de vencerlas. De manera que vamos a ello. —Aplaudió para animarlas y levantó la mirada hacia el palco del pabellón. Vio a Caitlyn sentada junto a los directivos del equipo de Londres.

—¿Nervios?

—Si a estas alturas de mi trayectoria deportiva los tuviese, estaría apañado. No. Se puede ganar o perder el partido, así de simple.

Marian asintió y se sentó en el banquillo dejando a Sergio de pie unos segundos más hasta que él también optó por seguir su ejemplo. Entrelazó las manos al frente y se limitó a ver el arranque del encuentro.

Caitlyn permanecía en el palco del pabellón junto a los directivos del equipo londinense. Había intercambiado una mirada y una sonrisa con Sergio cuando este dirigió su mirada hacia el palco. La pasada noche lo había notado algo raro cuando subieron a sus habitaciones. Él se acercó como si fuese a besarla. Y lo que le chocó fue que ella no diese un paso atrás para evitarlo, sino más bien que parecía esperar a que él lo hiciese. Se mordió el labio con gesto pensativo, ajena al comienzo del encuentro. ¿Y si se hubiese decidido a hacerlo? ¿Aceptaría el envite o lo detendría en última instancia? Movió las cejas y abrió los ojos en señal de sorpresa, pero también de no saber muy bien cómo reaccionar. Decidió aparcar su vida personal y sus emociones para centrarse en el partido, que no había comenzado nada mal para sus intereses.

Sergio permanecía sentado observando el desarrollo del partido. Las jugadoras inglesas habían salido a por todas desde el salto inicial, con una defensa agresiva, presionando las líneas de pase. Buscaban romper el partido en el primer cuarto. Pero su equipo había logrado capear el temporal después del arranque inicial. Y se había llegado a unos minutos de tanteo por ambos equipos. Y se llegó al final del primer cuarto con empate a quince.

—Bien jugado, chicas. Hemos logrado contenerlas en este primer cuarto. Vamos a subir las líneas en defensa y a presionar cada saque debajo canasta de ellas, o en banda. Apretamos atrás, venga.

—Ellas defienden fuerte y se lo están permitiendo —señaló Patricia, la jugadora española.

—Sí, lo he visto, y ya les he hecho alguna indicación a los árbitros. Vosotras centraros en jugar y olvidaros del arbitraje. Es cosa mía.

—No ha estado mal este primer cuarto —comentó Marian echando un vistazo al marcador.

—Esperaba que salieran fuertes, pero hemos logrado contenerlas. Veremos a ver qué tal nos va en este segundo —dijo cogiendo su botella de agua para beber. No quería volverse hacia el palco para ver a Caitlyn y comprobar si por casualidad ella le devolvía la mirada. Lo más importante era centrarse en el juego. Quería llegar al descanso con posibilidades de ganar. Evitar que el equipo de Londres se marchase en el marcador era su principal consigna. Y lo estaban logrando, e incluso se ponían por delante, lo que no le sorprendió porque sabía de lo que sus jugadoras eran capaces.

Marian por su parte tomaba apuntes de las jugadas del equipo de Londres para contrarrestarlas en el descanso. Debía admitir que era un buen equipo.

Sergio estaba metido en el encuentro hasta el fondo. No se había vuelto a sentar y en ese momento se volvía hacia el banquillo buscando a una jugadora en concreto. Marian lo vio señalar a Shantal.

—Escucha, quiero que hagas lo siguiente con la jugadora doce de ellas. Ella es zurda, y quiero que la obligues a ir a su derecha, presiónala llevándola a ese lado. Me he dado cuenta de que no se siente cómoda lanzando desde esa posición. Oblígala a jugar por ese lado. Venga, vamos. —Aplaudió y saludó a la jugadora que regresaba al banquillo—. Buen trabajo.

El partido llegó al descanso con cinco puntos abajo, pero Sergio no parecía estar preocupado. O al menos esa era la imagen que le

transmitía a Caitlyn, quien lo observaba dirigirse a los vestuarios para dar las órdenes oportunas. Le parecía concentrado mirando el acta del primer tiempo. Ella estaba contenta porque solo estaban cinco puntos abajo, y, por lo visto en esa primera parte, podría soñar con ganar allí en la pista del actual campeón.

—Entra a ver si están todas visibles —le pidió a Marian. Tenía por costumbre pedírselo porque ya había tenido alguna que otra experiencia algo embarazosa. Entrar en un vestuario de mujeres sin avisar no era lo suyo.

—No creo que se estén duchando.

—Ya me conoces. —Arqueó las cejas dejando clara su postura.

Marian había sido testigo de cómo en alguna ocasión, al entrar en el vestuario al concluir el partido, Sergio se había encontrado con alguna jugadora medio desnuda saliendo de la ducha. Desde aquel día, siempre la enviaba a ella.

—Puedes pasar —le dijo asomando la cabeza tras la puerta.

—Vale. —Empujó la puerta y entró en el vestuario donde algunas jugadoras permanecían de pie, otras sentadas o refrescándose la cara—. Bien, hemos hecho un buen primer tiempo. Queda lo más complicado: aguantar el tirón de ellas al comienzo del tercer cuarto. Pero si logramos permanecer en el partido hasta el último cuarto, podremos ganar. Y no es un farol. —Se situó delante de ellas con las manos en las caderas, mirándolas a la cara—. Las que me conocéis de haber estado en el mismo equipo que yo, sabéis cómo me las gasto. Solo tenemos que aguantar los cinco primeros minutos del cuarto. Seguiremos defendiendo como hasta ahora. Ya iremos cambiando de defensa si lo necesitamos. Estáis jugando muy bien, tuteando al campeón, de manera que a seguir en la misma línea. Nos vemos en dos minutos.

Abandonó el vestuario para regresar a la pista y se dirigió al

banquillo donde alguien parecía estar esperándolo.

Caitlyn había decidido bajar a la pista para hablar con él. Quería transmitirle ánimo después del buen primer tiempo jugado por el equipo. La mirada de él ya no era de concentración, sino más bien de sorpresa por verla allí en el banquillo

Sergio trató de no pensar en lo atractiva que le parecía, y eso que vestía de manera formal con vaqueros, camisa y una americana. Tenía el pelo suelto de una manera desordenada, pero sensual.

—No esperaba que bajases aquí.

—Ya, bueno, es que me apetecía darte ánimos para la segunda parte. Tenemos opciones, según cómo va el partido.

Sergio frunció los labios y asintió.

—Si somos realistas, tenemos nuestras opciones mientras no nos marchemos del partido.

—Sí, eso me ha parecido e incluso es lo que me comentaba el directivo del London Lions.

—Es crucial comenzar bien al salir del vestuario. Les he dicho a las chicas que es muy importante seguir enchufadas al partido.

—Me alegra saber que no perdéis la oportunidad de ganar el encuentro.

—Claro, queremos ganar, y sabemos que tenemos nuestras opciones —le aseguró viéndola sonreír y cruzar los brazos sobre el pecho.

—Espero traerte suerte con haber bajado a saludarte —se acercó a él y le apretó el brazo con toda intención—. Es mejor que te deje con Marian.

—Tranquila. Por mí no te preocupes. Les ha dicho todo en el vestuario.

—Aun así… Os veo luego, cuando acabe el partido. Y suerte.

—Vale, gracias —asintió Marian porque Sergio se había quedado

más bien callado, observándola marcharse de regreso al palco—. Todo un detalle que haya bajado a saludar, ¿no?

Él se limitó a asentir, pero sin pronunciarse al respecto porque coincidía el momento en el que las jugadoras volvían al banquillo a recibir las últimas consignas. Por un instante, él pareció quedarse sin capacidad de reacción. El silencio se adueñó del banquillo, y todas miraban a Sergio esperando que les dijese algo. Pero él seguía perdido en la sensualidad de Caitlyn.

—¿Algo que añadir a lo dicho en el vestuario? —le preguntó Marian echándole una mano al verlo en silencio.

—No. Estaba pensando si cambiar la defensa, pero no. Seguimos igual. Una a una. En ataque jugamos «camiseta» y «puño al frente». Venga, lo dicho. Aguantamos este cuarto y ganamos. Y olvidaros de los árbitros.

Marian lo miró con atención. No estaba segura de si era el mismo de antes de ver a Caitlyn, pero era extraño que se quedase callado sin saber qué decir a las jugadoras justo antes de comenzar el tercer cuarto.

—¿Todo en orden?

Él volvió el rostro hacia su ayudante y asintió.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque te he visto dudar sobre qué decirles.

—No, tranquila. Todo está controlado. Centrémonos en lo que importa —le guiñó un ojo tratando de mostrarse confiado en las posibilidades del equipo.

Marian no añadió nada y asintió, pero intuía que algo le sucedía con la dueña del club.

Se llegó a los minutos finales con el marcador bastante ajustado.

Sergio permanecía de pie en la banda dando indicaciones sobre cada jugada, en especial en defensa porque presentía que era «ahí» donde se decidiría el encuentro. Y así fue a falta de pocos segundos para el final.

—¡¿Qué ha pitado?! —le preguntó a Marian volviéndose hacia esta con cara de incomprensión, con los brazos extendidos y las manos señalando al árbitro.

—Ha pitado falta personal de Maric.

—¿De Maric? Pero ¿qué…? ¿De dónde cojones se la ha sacado si ella no la toca cuando se prepara para tirar? —Sergio se volvió hacia uno de los colegiados, el que había señalado la personal, y lo miró encogiéndose de hombros—. ¿Por qué has pitado falta si sabes que no lo es?

—La jugadora doce toca con la mano el antebrazo de…

—Pero ¡no es de tiro! Si le da como dices, que no lo hace, sería de banda. Nunca de tiro.

—Estaba levantando el brazo para lanzar.

—No lo veo así. —Sergio sacudió la cabeza y el dedo índice ante el colegiado.

—No me haga gestos de esa clase o le pitaré una técnica.

—Muy bien, ¿y qué pondrás en el acta? ¿Qué me pitas una técnica porque tengo razón? Pita lo que te dé la gana. Total… Si el partido lo van a ganar ellas. —Se cruzó de brazos y miró de manera fija al colegiado.

Este no vaciló en pitarle la técnica, lo que hizo que Sergio agitase la mano en el aire con gesto despectivo, y fuese arrastrado al banquillo por Marian.

—Si sigues así, te descalificarán.

—Sabes que tengo razón, y por ese motivo me pita la técnica. ¡No es falta de tiro, joder!

—Haces un flaco favor al equipo con este espectáculo. No estamos en Estambul, donde sabías echar al público encima de los árbitros. De modo que cálmate.

Le estaba constando Dios y ayuda hacerlo mientras veía como London Lions ganaba el partido con una «ayudita». El final llegó con la derrota más que esperada después de espectáculo arbitral. Sergio acudió a saludar a la entrenadora inglesa y a sus ayudantes como correspondía.

—Haz lo mismo con el árbitro. No te metas en líos —le comentó Marian por lo bajo mientras ambas plantillas entrechocaban sus manos a modo de saludo.

Sergio se dirigió al trío arbitral, les estrechó las manos y sonrió cuando lo hizo con el principal, el que le había pitado la falta primero y, luego, la técnica. Se alejó de ellos y regresó al banquillo con cara de pocos amigos.

—No ha sido tan difícil, ¿no?

—El tío ese calvo nos ha birlado la victoria, y lo sabe tan bien como yo.

—De acuerdo, no era falta de tiro. Pero deberías haberte controlado y evitado la técnica. Es esta la que nos ha dejado sin opciones.

—Lo tenía muy claro. Ni si quiera lo ha ido a comprobar a la pantalla. Podíamos haber ganado, pero claro, somos un equipo recién ascendido. Y esto es Londres.

—No seas tan irónico. Cálmate y ve a dar la rueda de prensa. Y compórtate. —Marian lo sujetó por el brazo y lo miró a los ojos—. Hazme caso, ¿querrás?

—De acuerdo. No te preocupes.

Ella lo vio alejarse hacia la sala de prensa mientras ella repasaba las estadísticas del encuentro. Sergio se había vuelto loco al

protestar la falta. Podría haberlo dejado estar y ver qué sucedía con los tiros libres. Todavía podrían haber tenido opciones, pero se había acabado cuando le señalaron la técnica.

—No está de buen humor…

La voz y el comentario de Caitlyn hicieron a Marian levantar la mirada de las estadísticas.

—No. Ya has visto lo que ha sucedido.

—Sí, una pena porque, de no haber pitado personal, tal vez podríamos haber ganado.

—Eso le he dicho, pero aparte, su comportamiento lo ha empeorado con la técnica.

—Es lógico que haya protestado. En fin, tampoco ha ido tan mal. Hemos caído por cuatro puntos. Yo esperaba una derrota más abultada antes de ver el encuentro, la verdad.

—Sí, el equipo ha tenido sus opciones, pero… —Marian se encogió de hombros y apretó los labios.

—Otra vez será. Voy a despedirme de los directivos del London. Os veo después.

—Claro.

Marian se quedó allí junto a la fisioterapeuta intercambiando impresiones acerca del partido y si alguna jugadora tenía molestias musculares. Aguardaría a que Sergio hubiese terminado su rueda de prensa. Sabía que estaba cabreado por el desarrollo de los últimos minutos y en especial con la jugada que había desencadenado la técnica. Mejor sería no verla repetida para no crisparlo más. Después de todo, solo se había perdido por cuatro puntos en la pista de actual campeón de liga.

Capítulo diez

Sergio apenas abrió la boca durante el viaje de regreso al hotel de Londres. Miraba a través de la ventanilla con gesto taciturno. Estaba jodido por la manera en la que el equipo había acabado perdiendo el partido. No había sido justo. Pero ya no podía hacerse nada sino preparar el siguiente partido, y que jugarían en Stirling.

—Sigues dándole vueltas a la última jugada. —Marian iba sentada a su lado, observándolo. Sergio cogió aire y asintió.

—Ya da igual porque el resultado es el que es y no se puede cambiar. Pero sigo pensando que el arbitraje en determinados momentos ha dejado mucho que desear. Y no lo digo solo por la falta, sino por otras decisiones.

—Sabíamos dónde jugábamos.

—Sí, ya sé lo que vas a decirme.

—Deberías dejarlo estar y pensar ya en el próximo sábado. Tenemos otro partido duro.

—Lo sé. El derbi escocés contra el equipo de la capital.

—Hay que olvidarse del resultado de hoy y empezar a pensar en el derbi nacional. Sería muy importante ganarlo para la moral de las chicas y de la afición, claro está.

—Ganar al equipo de la capital sería una buena dosis de moral después de lo de hoy. Habrá que levantar el ánimo de la plantilla. ¿Qué tal las has visto mientras yo estaba en la rueda de prensa?

—No parecen muy afectadas. Hemos hablado de lo que ha sucedido y, aunque no están muy de acuerdo con la decisión del árbitro, están satisfechas con el partido que han jugado. No es malo perder de cuatro puntos en casa del campeón, aunque nos habría gustado ganar —matizó al ver el gesto de cierto desacuerdo de él cuando le dijo que no era tan malo haber perdido.

El autocar llegó al hotel y todas comenzaron a descender. Como era de esperar, él siguió con la mirada a Caitlyn. No habían tenido ocasión de hablar del resultado del partido. Claro que él no estaba seguro de querer hacerlo con el cabreo que tenía encima. Se dirigieron al comedor donde les espera el bufete para cenar.

—¿A qué hora sale el vuelo de regreso? —le preguntó a la persona al lado de él pensando que sería Marian.

—A las once.

Giró la cabeza cuando se dio cuenta de que aquella voz no era la de su ayudante. Y más cuando la vio dirigirse a una mesa con su plato. Se quedó parado frente a la comida, con el suyo en la mano izquierda, las pinzas en la derecha y una expresión de no saber qué decir en el rostro.

—Disculpa, Sergio, ¿vas a usarlas? —le preguntó Angie, una de las jugadoras al verlo en aquella postura.

—No, toma. Es que estaba pensado si elegir ensalada. —Se apartó lo justo para que ella pudiese coger comida y él se quedó contemplando a Caitlyn. Esta le sonreía con cierta diversión por la escena vivida.

—El vuelo sale a las once. Era lo que me habías preguntado, ¿no?

—Sí, sí… —resopló al tenerla tan cerca de él que sus brazos se

rozaban sin ningún tipo de reparo.

—¿Estás bien?

Ella había entornado la mirada y acercaba su rostro al de él de una manera un tanto comprometedora. Sergio prefería mantener su atención fija en las bandejas de alimentos, porque estaba convencido de que si giraba el rostro se iba a encontrar con el de ella a escasos centímetros. Y si estuvieran solos en el comedor, no le importaría, pero estaba toda la plantilla.

—Sí, bueno… Algo molesto por el resultado final.

—A mí también me habría gustado que ganásemos. Lástima la última jugada, y que el árbitro pitase falta en nuestra contra.

Él seguía centrado en servirse comida y en alejarse un poco más de su lado.

—Sí. Sobre todo, cuando no lo es. Eso jode más.

—No sabría qué decirte porque desde mi posición era complicado.

—No era falta personal. Y de serla no era de tiro. Betsy, la jugadora del London Lions, no estaba haciendo intento de tirar, sino de pasar o vete a saber qué. Se lo dije al colegiado y encima me señaló técnica. —Pensar en ello de nuevo hizo que levantase la voz un poco y mostrase su cabreo moviendo los brazos, señalando el plato de comida como si este fuese culpable.

—Tampoco es tan trágico el haber perdido por cuatro puntos, ¿no? Imagina que yo esperaba que no pasasen por encima, sin contemplaciones. Cuando lo ha sabido mi hermano, ha dicho que es todo un éxito, teniendo en cuenta el equipo que somos.

Sergio no estaba de acuerdo con esa teoría, por eso sacudía la cabeza y apoyaba las manos sobre el mármol del mueble del bufete.

—Para mí no es suficiente, Caitlyn.

A ella le sorprendió la firmeza y seriedad que mostraba él. Y al mismo tiempo le agradó que pronunciase su nombre. Le produjo un

ligero pálpito en el pecho e hizo que se centrase en contemplarlo con mayor atención.

—¿Te refieres a perder el partido?

—Exacto. No me basta con decir que hemos perdido de cuatro puntos en la pista del actual campeón de liga y de la Eurocup. Para mí no es suficiente. Deberíamos haber ganado. Y si no se ha conseguido es porque no he preparado el encuentro como merecía.

—Entiendo que eres un ganador nato, y que por ese mismo motivo llamamos a tu representante.

—Entonces no me digas que te vale con haber perdido por cuatro puñeteros puntos. —Se giró con el plato en la mano situándolo a modo de barrera entre los dos—. Os dije que quería meter al equipo en la final de la liga y clasificarlo para una competición europea. Y para hacerlo, hay que ganar partidos como los de esta tarde, Caitlyn.

Ella parpadeó en repetidas ocasiones al escucharlo y sintió la fuerza de su mirada y de su personalidad al tenerlo tan cerca. En un momento, él apretó los labios, asintió y suavizó la expresión de su rostro.

—Tienes razón, pero somos un equipo pequeño, Sergio —le dijo caminando detrás de él sin esperar para nada que él se fuese a girar hacia ella de aquella manera tan repentina que la hizo sobresaltarse. Abrió los ojos como platos y el calor se adueñó de su rostro.

—Entonces comencemos a hacerlo crecer y convertirse en un equipo grande. Y eso empieza por ser el primero de Escocia.

Le gustó su manera de mirarlo con los ojos entrecerrados y los labios entreabiertos, por los que ella dejó escapar un gemido. La percibió con una mezcla de sorpresa y vulnerabilidad en ese momento, y pensó que sería mejor dejarlo estar en ese punto. Le dedicó una sonrisa y se sentó a la mesa en la que estaban Marian, la

fisioterapeuta Allen, el médico Gordon y algunas jugadoras de la plantilla. No volvió a decir nada al respecto del encuentro ni de sus ideas futuras, sino que se limitó a cenar en silencio.

A Caitlyn, aquella reacción de él la había pillado por sorpresa. Sus palabras, sus gestos y sus miradas la habían trastocado. Por suerte permanecía sentada, lo que serviría para disimular su estado de nervios. Era ambicioso, decidido, inconformista, muy profesional… Todos esos rasgos le parecían que estaban muy bien, pero ganar un título era otra cosa, se dijo ella sin poder evitar esbozar una sonrisa irónica mientras le lanzaba alguna que otra mirada de refilón.

Cuando todos hubieron terminado y fueron abandonando el comedor, Sergio todavía permaneció un poco más allí con gesto pensativo. No sabía muy bien si seguir dándole vueltas al partido o a las palabras de Caitlyn con respecto a la derrota. ¡Joder! Si no tenían ambiciones con el equipo, ¿por qué coño habían llamado a Joaquín? Sabían que él era un entrenador *top* en el continente por el que se pegaban los grandes clubes. No podía llegar ella en ese momento y decirle que no era tan malo perder de cuatro puntos en la pista del líder. ¡Joder, habían tenido la victoria a su alcance! Él era un ganador nato. Inspiró y echó un vistazo al comedor que se había quedado vacío, a excepción del personal que recogía y preparaba las mesas para el desayuno. No quería molestar, de manera que se levantó y se dirigió al bar del hotel, que todavía estaba abierto. Se tomaría algo antes de irse a dormir. Con el cabreo que tenía encima, no creía que fuese capaz de hacerlo en ese momento.

Pidió un café y tomó asiento en una de las mesas más apartadas, en un rincón, con la visibilidad justa. Le apetecía sentarse allí, a solas, y recapacitar sobre lo sucedido esa tarde en el pabellón. Asintió con una sonrisa a la chica que le sirvió el café, y echó un vistazo al móvil. No tenía nada que destacar en este. Removió el

café y resopló. ¿Había hablado en serio Caitlyn cuando le aseguró que estaban contentos con el resultado por ser un equipo recién ascendido? No podía creerle. Entonces, ¿qué hacía él allí? Era un ganador y, si había aceptado su oferta, era porque para él representaba un reto. Bajó la atención al café un momento y, al levantar la taza para beber, la dejó suspendida en el aire al reconocer a Caitlyn frente a él. Se humedeció los labios y los apretó al ver que ella se acercaba a su mesa. De repente no sabía si el café le sobraba o debía bebérselo.

La mirada de él recorriendo su cuerpo hasta detenerse en su rostro le provocó una sacudida tan inesperada como placentera. Se colocó un mechón de pelo tras la oreja, más por los nervios que él le había provocado que porque lo necesitase. Él le indicó con la mano la silla que quedaba libre.

—¿No tienes sueño? —le preguntó ella retirándola para sentarse a su lado. Podría haberlo hecho delante de él, sin embargo, prefería acercarse a Sergio.

—Es pronto para mí —le aseguró echando un vistazo a la pantalla de su móvil.

—Sí, en España sois de iros tarde a la cama.

—¿Y tú? ¿No estás cansada?

Se tomó unos segundos en responderle porque la chica que atendía el bar a esas horas se acercó a ella para tomar nota de lo que quería beber.

—No soy de acostarme temprano. Pero he bajado a la cafetería a relajarme un rato. Y ya que te he visto aquí he decidido acompañarte. Si no te importa…

—Ni lo más mínimo.

—Tal vez estabas trabajando. —Entornó la mirada con cierta precaución.

Él sonrió echándose hacia atrás en la silla porque la cercanía de ella era toda una tentación.

—¿Por quién diablos me tomas? —La vio sonreír de manera risueña, y sintió cómo la mano de ella se posaba en su antebrazo con naturalidad.

—Eres demasiado profesional, perfeccionista, exigente incluso contigo mismo. Por lo poco que he podido ver de ti desde que estás en Stirling y hemos coincidido.

—Lo soy. Es verdad, pero no quita que tenga mis momentos en los que desconecto.

—Como este.

Sergio frunció los labios y ladeó la cabeza.

—No estoy seguro.

Ella frunció el ceño contrariada.

—¿Por qué lo dices? Hace un momento me has respondido que no estabas trabajando.

—Cierto. Pero ahora que tú estás aquí y nos atenemos a que eres parte de la directiva del equipo… —Ladeó la cabeza y abrió los ojos como platos, lo que la llevó a ella a sentirse algo cortada de repente.

—En ese caso… Prometo no hablar de trabajo. No voy a preguntarte por el partido ni por cómo ves al equipo ni nada que tenga que ver con el baloncesto —resumió cortando el aire con la mano para dejarlo más claro. Pero entonces lo vio reírse—. ¿Por qué te ríes?

—Por tu reacción. No lo decía en serio. Si quieres que hablemos algo más sobre el partido…, adelante.

—Creo que todo está dicho. No voy a insistir, aunque admito que me sorprendió tu reacción cuando te dije que no veía tan malo el resultado después de todo.

Sergio asintió y desvió la mirada del rostro de ella hacia la taza

que tenía entre las manos.

—¿Me estás diciendo que te conformas?

Ella jadeó al escucharlo y sacudió la cabeza.

—Claro que no me conformo.

—Entonces…

—Solo quería decirte que no es mal resultado haber perdido solo de cuatro puntos en la pista del líder. —Se acercó un poco más a él llevada por el ímpetu de la conversación.

Sergio se dio perfecta cuenta de que ella había acortado la distancia entre sus rostros de una manera peligrosa; para su gusto.

—Pero si el arbitraje hubiese sido justo, podríamos haber tenido opciones.

—Por supuesto. Y si a ti no te hubiesen pitado una técnica… —le recordó elevando las cejas y apretando los labios en un gesto de advertencia.

—Mea culpa. Pero no podía permitir que se quedase así.

—Y lo entiendo, y estoy de acuerdo contigo —le aseguró volviendo a poner su mano sobre el antebrazo de él y ladeando el rostro buscando su mirada.

—Puedes oponerte. Eres mi «jefa» y, si no te gusta alguna de mis decisiones, tienes que decírmelo.

El que se refiriese a ella por «jefa» la sorprendió. Parpadeó en repetidas ocasiones y sacudió la cabeza.

—No me gustaría que me vieses como tal. Es verdad que soy la mitad de la directiva del club. Y que siempre me he involucrado en el proyecto porque me gusta la cercanía, el trato cordial.

—Eso ayuda bastante a que el club funcione.

—Me alegra saber que eres de esa opinión. Y por supuesto que pienso decirte lo que no me guste de ti.

—Gracias. Ya puestos a confesarnos… ¿Hay algo que no te guste

de mí? —Sonrió de manera cínica cogiendo a taza para apurar el café y no perder detalle de la expresión de su rostro. Entonces la vio poner los ojos en blanco y resoplar dejándolo perplejo porque creía que no sería nada bueno.

Ella dibujó una media sonrisa y sintió el hormigueo en su cuerpo.

«No me gusta que me hagas sonreír. Ni que me provoques esta sensación de no querer alejarme de tu lado».

—Me gusta que seas como te he definido antes.

—Te lo agradezco.

—¿Siempre eres así? Me refiero en tu vida personal, no a la profesional, que ya la voy conociendo.

Él cruzó los brazos y los apoyó sobre la mesa sin dejar de contemplarla. Le gustaba la mezcla de sensualidad y dulzura que destilaba. Observó cómo ella se mordía el labio, lo que aumentó su inevitable deseo de querer besarla sin importarle quiénes eran.

Caitlyn se empezó a dar cuenta de que su manera de mirarla había cambiado. Le parecía más íntima, como el momento que estaban compartiendo. ¿Por qué diablos no ponía cualquier excusa y se levantaba de la mesa para irse a su habitación? De ese modo evitaría males mayores.

—Depende a lo que te refieras.

—Exigente.

—Puede. Con las personas, lo soy. Me gusta que se entreguen a fondo —le aseguró observándola mover las cejas de manera lenta primero y entrecerrar los ojos a continuación—. ¿Y tú?

—Sí, lo soy en mi trabajo.

—Solo que tú no te referías a este. —Él arqueó sus cejas dejando claro que se refería a lo personal.

—También lo soy.

—Perfeccionista.

Él asintió.

—Mucho. No paro hasta conseguir lo que tengo en mente.

—¿Y qué tienes en mente en este momento? —Le susurró la pregunta casi en los labios de él, percibiendo su respiración, su aliento en los suyos propios.

—Creo que lo mismo que tú —le respondió dejando que fuese ella la que llevase la iniciativa y lo rozase.

El beso fue lento, tierno, jugueteando ambos con los labios del otro. Caitlyn dejó que la calidez la invadiese sin hacerse preguntas. No lo había buscado, pero la cordialidad y la intimidad del momento parecían haber jugado a su favor. Ninguno de los dos quiso profundizar el beso, sino que decidieron contenerlo y separarse de la misma forma en que se habían acercado.

Ninguno de los dos se percató de la aparición de Stratchan, el médico del club, quien al ver la escena decidió pararse en seco. Al principio le resultó toda una sorpresa, pero después de analizar la situación, se dijo que ninguno estaba haciendo algo malo. Sonrió y decidió esperar a que se hubiesen separado para hacer su aparición.

Caitlyn apretó los labios y elevó las cejas como si se sintiese culpable por lo sucedido. Se quedó contemplando el rostro de Sergio esperando su reacción. Sus palabras. Pero este le parecía tan tranquilo que no creyó que fuese a decir algo.

—Debería subir a mi habitación a descansar y dejarte que sigas con tus cosas. —Movió un dedo señalando el supuesto lugar donde esta quedaba.

—Como quieras.

Ella se quedó parada como si esperase algo más por parte de él. Algún comentario a lo sucedido. Sin embargo, él no abrió la boca. Viendo su dejadez, ella adoptó un tono frío y profesional con él.

—Vale. Oye, ni una palabra de esto a nadie.

Él percibió la mirada fija de ella. ¿Qué estaba esperando? Sabía que no iba a invitarlo a subir con ella.

—Tranquila. No diré nada a nadie. Esto no ha pasado.

Ella aguantó la sacudida que le produjeron esas palabras. No entendía por qué lo había besado. Tal vez pensó que él le sugeriría irse conociendo con discreción. Pero ese pensamiento desapareció de un plumazo.

—Genial. Que descanses. —Se volvió sin decirle nada más. No hacía falta añadir ni una sola palabra. De manera que se alejó sin querer saber nada de él. De repente se dio cuenta que Stratchan estaba allí de pie, entrando al bar. El temor a que los hubiese visto besarse la atenazó unos segundos.

—Buenas noches, Caitlyn.

—Buenas noches, Stratchan. Si quieres compañía, ahí tienes al míster.

—Descuida, solo vengo a por algo para subirme a la habitación. Que descanses.

Sergio vio al médico pararse a hablar con Caitlyn y luego a cada uno seguir su camino. Se saludaron e intercambiaron algunas palabras, y Stratchan regresó a su habitación con una botella de agua. Sergio permaneció un rato más allí sentado a la mesa, con las manos entrelazadas, preguntándose por qué no había reaccionado a tiempo y la había dejado irse. Estaba convencido de que ella esperaba que hablaran sobre el beso, y tal vez de la atracción que existía entre ellos. Lo cierto era que su comportamiento lo había dejado tocado. ¡Joder, había deseado besarla desde que la conoció! Y una vez que lo hacía no sabía qué cojones decirle. Ella se había marchado con un toque de decepción. Lo había percibido en su mirada. Se pasó la mano por la cara, como si sirviese para aclarar su mente, pero después de un momento decidió subir a su habitación y

descansar. Al día siguiente partirían de vuelta a Stirling. Apostaba a que no sería placentero. Entre la derrota sufrida, más por la manera que porque Londres las hubiera barrido de la pista, y el mal rollo que se le había quedado con Caitlyn… Menos mal que ya estaba curtido, como solía decirle a Marian cuando las cosas se torcían. Solo que en este caso era su jefa a la que había besado. Y encima le gustaba, de veras.

Caitlyn permanecía de pie junto al ventanal de su habitación contemplando la noche sobre Londres. Una infinidad de puntos luminosos parecían delimitar el camino hacia el horizonte lejano. Inspiró y torció el gesto cuando volvió a recordar lo sucedido con Sergio. Claro que, si lo pensaba de manera fría y detenida, era mejor así. No profundizar en el asunto. Después de todo, él estaba de paso. Estaba convencida de que se largaría al terminar la temporada y que renunciaría a su segundo año. Y eso supondría tener que empezar a buscar un entrenador nuevo. En fin, tal vez lo mejor fuese no pensar en ello y tratar de dormir un poco. Y en cuanto a Stratchan, ¿los habría visto besarse?, se preguntó mientras se mordía la uña del pulgar con cierto nerviosismo.

Capítulo once

Sergio saludó a Caitlyn al verla a la mañana siguiente. Ella hizo lo mismo, pero parecía que la cordialidad de la pasada noche había desaparecido. Marian se fijó en ambos y creyó percibir cierta tirantez. Un escueto «buenos días» más bien frío y profesional por parte de ella, al que Sergio correspondió con un leve movimiento de cabeza. Lo miró mientras él se sentaba en una mesa para desayunar.

—Espero que se te haya pasado el cabreo de ayer —le dijo sentándose a la misma mesa que él—. Porque por la expresión de tu rostro podría sospechar que sigues pensando en la resolución final del encuentro.

—Ah… No, no. Eso está pasado ya. No puedo cambiar el resultado ni lo sucedido. De manera que es mejor centrarse en el derbi escocés del próximo sábado.

Marian asintió sin dejar de mirarlo. Algo le sucedía, pero a lo mejor no se lo contaba.

—En ese caso, me alegra saber que se te ha pasado el cabreo.

—Ya sabes… Gajes del oficio. —Sonrió con ironía y miró de refilón a Caitlyn.

—Y con la jefa, ¿qué tal? ¿Habéis hablado del resultado del

partido?

Sergio asintió.

—Sí, estuvimos intercambiando impresiones.

«Y un beso».

—¿Cómo se lo ha tomado?

El gesto de él reafirmó las sospechas iniciales de Marian. Al parecer, guardaba relación con el encuentro.

—Bien. Le ha parecido bien.

El tono irónico de él puso a Marian sobre aviso.

—¿Cómo que bien? Explícame tu «tono».

—Está contenta porque el equipo solo ha perdido de cuatro puntos, teniendo en cuenta que ella esperaba que nos barrieran del partido, ¿me entiendes?

—Y eso te ha molestado…

La mirada entornada de su ayudante y amiga lo cabreó un poco más.

—No hemos venido a Stirling a darnos por satisfechos porque perdamos solo de cuatro puntos con London Lions. Hemos venido a situar a este equipo en lo más alto de la competición, y no a quedarnos segundos o terceros.

—Sabiendo la clase de entrenador que eres… —Marian torció el gesto—. Supongo que le habrás dicho que tú aspiras a algo más.

—No hace falta. Se lo dejé claro el día que Joaquín y yo vinimos a escuchar su oferta. A lo mejor me he equivocado al aceptarla después de todo.

Marian abrió los ojos como platos al escuchar aquella confesión.

—Estás cabreado por lo que sucedió ayer en el encuentro. Y las palabras de Caitlyn no te han sentado nada bien. Tal vez, si volvéis a hablarlo, ella cambiará de idea.

—De momento prefiero centrarme en ganar al Caledonian y

asentarnos en la segunda plaza.

—Por ese motivo esta mañana el saludo entre vosotros ha sido tan frío.

Sergio levantó la mirada de su plato y miró sorprendido a Marian por sus palabras.

—¿En serio? Nos hemos dado los buenos días de una manera normal.

—No sé, pero me había parecido percibir que no había buena sintonía entre vosotros.

—No te preocupes. Es lógico que tengamos diferentes visiones. Yo aspiro a lo máximo con el equipo, me da igual lo que ella o su hermano pretendan —dijo señalando la mesa con su dedo índice para dejar clara su postura.

—Vale. Estoy de acuerdo contigo. Pero ahora sería mejor terminar de desayunar e ir a la habitación a por el equipaje. En media hora salimos para el aeropuerto —le recordó mirando su reloj sin que Sergio añadiese nada más. «¿Está seguro de que no ha sucedido nada más entre ellos?», se preguntó mirándolo mientras él terminaba de desayunar.

Durante el viaje de regreso, Sergio y Caitlyn se mantuvieron separados. Intercambiaron algunas palabras cuando no les quedó otra, pero por lo demás, cada uno estuvo a lo suyo. Y cuando llegó el momento de despedirse, todo fueron saludos cordiales. Sergio no fue ajeno a la seriedad y cierta frialdad de ella. Estaba seguro de que su comportamiento tenía que ver con lo sucedido entre ellos la pasada noche. Ella le pidió que no se lo contase a nadie, y él había accedido con no decir nada más. Y no lo había hecho cuando Marian le preguntó qué le sucedía con ella. Y no lo haría. Solo esperaba que lo que fuese que le sucediese a Caitlyn se le pasase lo antes posible. Pero si iba a mantener un trato formal y serio, por él no había

problema. Estaba acostumbrado a lidiar con directivos de toda clase.

Sergio les dio el día siguiente como libre a las jugadoras. El equipo necesitaba recuperarse físicamente. A él le serviría para analizar los errores cometidos en el partido, tratando de que no se volviesen a repetir. Y de paso comenzaría a trabajar en el siguiente encuentro contra el equipo de la capital. No quería otra derrota. Eso sería peligroso, porque el equipo podría entrar en una dinámica nada recomendable.

***

Caitlyn cerró la puerta de su apartamento con el pie y poco menos que arrojó las llaves sobre la mesita de la entrada. Seguía con esa mezcla de decepción y cabreo con Sergio. Apenas si habían intercambiado algunas palabras durante el viaje de regreso. Le había dado la impresión de que para él el beso no había significado nada de nada, y eso la estaba matando. ¿No tendría que ver que ella le haya pedido que no dijera nada? ¿Le habría parecido mal ese comentario suyo? Caminaba por su apartamento con los ojos entrecerrados y mordisqueándose la uña del pulgar cuando sintió el roce de su gata Calipso. Se agachó para acariciarla y escuchar su ronroneo.

—Al menos tú no me das tantos quebraderos de cabeza.

Su móvil sonó en ese momento, lo que hizo que ella diese un respingo. ¿Por qué de repente pensaba que Sergio podría llamarla? Leyó el nombre de Fergus en la pantalla.

—Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—Solo llamaba para saber si habías llegado.

—Acabo de entrar por la puerta de mi apartamento y estaba saludando a Calipso.

—¿Qué tal el viaje de vuelta?

—De lo más tranquilo.

—Lógico si tenemos en cuenta que el equipo perdió. ¿Y qué dice el entrenador? ¿Cómo se ha tomado la derrota?

Caitlyn cerró los ojos unos segundos y se mordió el labio en un claro gesto pensativo.

—No está de acuerdo con la última jugada del partido en la que nos pitaron una personal un tanto dudosa.

—Vaya…

—Protestó al colegiado y este le pitó una técnica que terminó por certificar la derrota.

—Joder…

—Está algo cabreado por lo que sucedió.

«Yo también lo estoy con él porque me dejó subir a mi habitación sin hablar del beso que nos habíamos dado».

—En ese caso, será mejor dejarlo tranquilo. Pero ese comportamiento está bien, porque sin duda muestra su carácter ganador. Que no quiera perder ni un partido, aunque sea en la pista del actual campeón, dice mucho de él. Hemos acertado con su fichaje, hermanita.

—Sí, sí. —Ella asintió cerrando los ojos y pinzándose el puente de la nariz.

—Estupendo. A ver qué tal se da el derbi contra Edimburgo esta próxima jornada.

—El equipo ganará y seguirá segundo detrás de Londres. No te preocupes.

—Bien, te dejo que te instales. Supongo que estarás cansada. Nos vemos más tarde si me necesitas.

—Descuida.

Caitlyn dejó el móvil sobre la mesa del comedor y se quedó

contemplándolo con los brazos cruzados, pensando en lo que le había dicho su hermano. «Habían acertado con el fichaje de Sergio».

—No te lo discuto. Será un gran entrenador, pero como persona no me ha quedado claro —dijo como si su hermano estuviese allí mismo.

***

Sergio repasaba con atención la jugada que estaban practicando sobre el parqué del pabellón.

—Espera. No te muevas, Patricia —le dijo a la jugadora española que botaba el balón—. Quiero que tú te sitúes en esta esquina teniendo cuidado de no pisar la línea de banda, Maric. Shantal, tú igual, pero al otro lado. Así abrimos el campo para que la defensa de ellas se tenga que estirar, y entonces…, Patricia, se lo pasas a ella. —Señaló a la jugadora serbia—. Y aprovechas el bloqueo de Laurie para cortar la zona, recibir de Maric y lanzar a canasta sin oposición, o bien sacar el balón fuera hacia Shantal para que tire de tres. A ver, repetimos este movimiento.

Sergio estaba tan centrado en que la jugada saliese bien que no se percató de la llegada de Caitlyn en ese momento. Ella llevaba días sin pasarse por el entrenamiento como había estado haciendo antes de que sucediera lo de Londres. Le gustaba estar al tanto de lo que sucedía en la plantilla. Y, por otro lado, llevaba toda la semana sin hablar con Sergio ni Marian. Creía que era un buen momento para hacerlo, previo al derbi escocés. No apartó la mirada de él en ningún momento, esperando a que se girase hacia ella y, de ese modo, contemplar la expresión de su rostro.

Fue Marian la primera en darse cuenta de su presencia y de saludarla.

—Hacía días que no venías, y eso que te gusta estar al tanto del equipo —le dijo al verla caminar hacia ella.

—Sí, la verdad es que he estado algo liada con el trabajo administrativo y me ha sido imposible venir a ver qué tal marchaban las cosas después del partido de Londres.

Marian sonrió al verla mover las cejas y fruncir los labios.

—Fue una putada que el árbitro nos pitara aquella personal. De no haberlo hecho, tal vez podríamos haber dado la sorpresa y haber ganado. Una verdadera lástima.

—Sí, entiendo que él se haya cabreado. —Caitlyn hizo un gesto con el mentón hacia Sergio, quien se giró en ese instante y la vio.

Ella experimentó una sensación de escalofrío recorrerle la espalda cuando él la reconoció y fijó su mirada en ella. Lo vio asentir, a modo de saludo, y volverse a centrar en sus jugadoras.

Marian había sido testigo de la mirada que ambos se habían dirigido. ¿Qué había entre ellos? ¿Por qué Sergio no acudía a saludarla, sino que seguía dirigiendo el entrenamiento, como si ella no estuviese?

—Es demasiado profesional, ¿verdad? —preguntó Caitlyn sin apartar la mirada de él.

—Y muy maniático —añadió Marian sonriendo—. Le gusta la perfección en cada jugada, y en ocasiones no se da cuenta que el rival te estudia y puede abortar tu jugada. Pero no hay quien se lo haga ver.

—¡Hombres! —dijo Caitlyn poniendo los ojos en blanco y haciendo reír a Marian.

—Tienes razón.

—Pero ese carácter suyo lo ha hecho convertirse en uno de los entrenadores más cotizados en el continente. ¿No irás a decirme lo contrario? —Entornó la mirada y sacudió al cabeza, convencida de

que así era.

—No te lo discuto porque ahí están sus logros. Pero hay ocasiones en las que me exaspera.

—Ya… —Caitlyn volvió a recordar su comportamiento cuando se besaron y a él le pareció igual. Como si no hubiese sucedido nada, en realidad. ¿Por qué era de esa manera?—. Entiendo que tiene mucha responsabilidad. Si el equipo juega mal o no gana partidos, ya sabes quién es el responsable. Y el primero en salir del club.

—Cierto. Es más sencillo echar a la calle a uno que a diez.

—Soy consciente de que nunca le ha sucedido.

—No, ni hablar. Ni tampoco se ha marchado a mitad de la temporada, como te contaba el otro día.

Caitlyn asintió emitiendo un sonido gutural.

—Es bueno saberlo. No creas.

—De ese modo no me dejaría sola al frente del equipo. —Había un cierto alivio en su comentario, acompañado de una risa.

—Imagino que podrías hacerte cargo de la plantilla igual de bien que él. ¿Siempre habéis estado juntos? —Vio la sonrisa de Marian al escuchar aquella pregunta, y Caitlyn se apresuró a explicarse—. Me refiero en el plano deportivo, no en el personal.

—Te he entendido. Se fijó en mí cuando yo entrenaba en las categorías inferiores de un club en España. Recabó informes sobre mí y al parecer le gustó lo que estos decían, y me ofreció ser su ayudante. ¿Si tendría que irme con él al ser yo su ayudante, o separar nuestros caminos, no estoy segura? Me sabría mal que él se marchase y yo no porque le debo bastante. Aprendes mucho con él cerca. No solo de baloncesto, sino de todo en general.

Sergio dijo unas palabras a las jugadoras, y se dirigió a Marian y Caitlyn. No había vuelto a coincidir con la última desde el partido de Londres. En ocasiones, se había preguntado si lo estaba evitando, o

si tenía tanto trabajo que no tenía tiempo para preguntar por la plantilla. Por lo general, era ella, y no su hermano Fergus, quien solía pasarse por el pabellón de vez en cuando. Se detuvo frente a las dos mujeres y esperó a qué alguna hablase.

—¿Cómo está la moral del equipo? —Caitlyn fue la que hizo la pregunta.

—Bien. Por lo que llevo viendo estos días, la plantilla está centrada en el próximo encuentro. Confío en que lo sacaremos adelante y la derrota del fin de semana pasado será una anécdota.

—Celebro escucharte decir eso. Pensaba que tal vez estuviesen con la moral algo tocada.

—En el deporte sabemos que tras una derrota hay que levantarse y pensar en el siguiente. No podemos perder de vista nuestro objetivo. Es verdad que contábamos con que se podía perder en Londres. Lo que sucede es que no esperábamos que fuese de esa manera. Pero ya está olvidado por mi parte y solo pienso en el duelo escocés contra Edimburgo. Espero lo mejor de ellas, la verdad.

—Disculpadme, Leonie quiere algo —dijo Marian señalando a una de las jugadoras. Se alejó de ellos dejándolos solos para que hablasen de lo que quiera que haya sucedido en Londres, se dijo Marian.

Durante unos segundos, ambos se contemplaron como dos duelistas esperando el primer movimiento de su adversario para reaccionar. Caitlyn sonrió tímida.

—Siento no haberme pasado por aquí estos días. Ya sabes que me gusta estar al día de lo que sucede.

—Lo sé. Estás disculpada. Entendemos que tienes mucho que hacer y que no has tenido un hueco para venir.

—Cierto, pero creo que a las jugadoras les gusta que los directivos nos pasemos a saber de ellas.

—Sí, les viene bien. Si quieres decirles algo… —Sergio hizo un gesto hacia ellas con la cabeza.

—No, ya veo que estáis terminado y no es plan de entretenerlas.

—Como quieras —asintió él con la mirada entornada hacia ella.

—¿Cómo te ha ido la semana?

—Bien. Entretenido levantando la moral de las chicas.

—¿Haces de sicólogo también?

—Cuando es necesario. Pueden dar más de lo que llevan dentro. Y lo saben, pero no lo sacan. Por ese motivo se los tengo que recordar de vez en cuando.

—Siempre tan exigente, ¿eh?

—Es mi trabajo. Soy un ganador, ya lo sabes. Me gusta lo que hago. Doy el ciento por cien en cada entrenamiento.

—Estoy segura de ello. Nunca te rindes y, como me comentaba Marian, siempre aguantas hasta el final, aunque los resultados no te acompañen. —Le hizo el comentario temiendo que él pudiese pensarlo después de lo sucedido entre ellos.

Sergio sacudió la cabeza.

—Así es. Y eso que he recibido propuestas interesantes a mitad de temporada, cuando estaba entrenando en otra parte; ya sabes cómo funciona el mundo del deporte…

—Lo sé.

—No me gusta dejar las cosas a medias cuando me las proponen —le aseguró fijándose en cómo la expresión de ella se transformaba y reflejaba cierta confusión. Él se estaba refiriendo al plano profesional, pero que bien podría aplicarse a lo personal.

—Es bueno saberlo para actuar como corresponde en cada caso.

—Me dejaste en el bar del hotel sin darme opción de hablar sobre lo sucedido.

Ella entreabrió los labios para coger aire porque no se esperaba

aquel comentario en ese momento. Su mirada le provocaba una ligera palpitación.

—Bueno…, me prometiste que no se lo contarías a nadie. —Miró a Marian cuando lo dijo.

—Y no lo he hecho. Ni lo haré. Ella es mi ayudante, hablamos de cualquier tema relacionado con el baloncesto. No le cuento mi vida privada.

—Mejor. No me gustaría ser la comidilla de la plantilla.

—Descuida, que eso no va a suceder. ¿Puedo saber por qué lo hiciste?

—Eso mismo podría preguntarte yo, ¿no crees?

—Reconozco que me atraes, y en aquel momento en que nos encontramos en el bar del hotel, con su atmósfera, la complicidad y demás… Lo cierto fue que me dejé llevar. —Sergio le confesó sin reparo por qué la había besado y que ella decidiese cómo actuar. Cruzó los brazos sobre el pecho y se quedó contemplándola con curiosidad por lo que tuviese que decirle; o tal vez se volviese a marchar dejándolo sin más.

Caitlyn no esperaba que le dijese algo así en ese momento. Entendía que existiera cierta atracción, de lo contrario no la habría besado. Había sido directo en su respuesta, y eso a ella le había parecido perfecto. Sabía a qué atenerse con él. Tenías las cejas arqueadas, dejándole claro que esperaba su respuesta. Ella se humedeció los labios y asintió.

—Admito que algo así esperaba. Uno o una no va besando a la gente así porque sí, salvo que exista cierta atracción.

—Correcto. No tengo por costumbre hacerlo si no me atrae la otra persona.

—En eso estamos de acuerdo. ¿Y ahora?

La pregunta de ella lo dejó pensando. Una parte de él no esperaba

que se lo preguntase, sino más bien que lo dejase estar. ¿A qué se estaba refiriendo? ¿Pretendía que mantuvieran una relación?

—Te refieres a qué va a suceder con nosotros. —Sergio entornó la mirada con curiosidad, pero también con cierto temor a lo que pudiese decirle. No estaba seguro de querer mantener una relación con ella en ese momento. De manera que frunció los labios y encogió los hombros sin saber qué decirle—. Por lo general, dos personas que se gustan y se besan… suelen seguir viéndose.

—Pero no me gustaría que esto interfiriese en mi trabajo. Ni tampoco en el tuyo, ya que ambos están relacionados.

—Soy consciente de lo que tu hermano y tú os jugáis con mi fichaje.

—Exacto. Y no quiero ser una distracción. Entiendes, ¿verdad?

Lo vio fruncir los labios sin saber cómo interpretar ese gesto.

—Entiendo tu postura y la comparto. Si me disculpas, me están haciendo gestos —le pidió, señalándola, mientras reculaba para regresar junto a Marian.

Caitlyn lo siguió con la mirada, entrecerrando los ojos, evaluando lo que había dicho. ¿Podría mantener una relación de trabajo con él sin que la atracción que sentían interfiriese en este? No estaba convencida del todo. De lo que sí lo estaba era de que nada ni nadie lo ataba allí. Que podría llegar al final de la temporada y largarse a otro equipo sin mirar atrás. Y ella no pretendía quedarse jodida de nuevo después de lo de su ex.

Capítulo doce

Sergio se levantó del banquillo después de permanecer sentado durante unos segundos. Resopló con el ceño fruncido y se encaminó hacia el vestuario donde ya aguardaban las jugadoras. Lanzó una furtiva mirada hacia el marcador y su gesto se endureció. Iban diez puntos por debajo del Caledonian, el equipo de la capital escocesa. El resultado era lo de menos porque estaba convencido de que podrían remontarlo: eran las sensaciones que el equipo había transmitido durante esa primera parte lo que le disgustaba. Y mucho.

Empujó la puerta del vestuario sin preguntarle a Marian si podía pasar. No era momento para andarse con remilgos. Se situó en el centro y paseó la mirada por los rostros de las jugadoras. Permaneció en silencio observándolas a ver si alguna de ellas quería decir algo, como por ejemplo, qué había sucedido en los dos primeros cuartos del partido. Al ver que ninguna abría la boca, decidió tomar la palabra.

—¿Alguna de vosotras puede decirme qué he presenciado ahí fuera? —Señaló hacia la pista—. Porque tengo la impresión de que solo ha habido un equipo que ha querido ganar, y quiere hacerlo. Y

no es el mío. ¿Por qué?

—Defienden duro y presionan —dijo Patricia, la jugadora española.

—Sí. ¿Y por qué nosotras no lo estamos haciendo? ¿Por qué lo estamos permitiendo? —Se giró sobre sus talones con los brazos extendidos, mirándolas—. Hemos hecho cuatro faltas en dos cuartos. ¡Cuatro putas faltas! —les recordó esgrimiendo ese número de dedos para que todas los vieran—. ¿Lo veis normal? Yo no. Eso me indica que no hemos defendido, y hemos dejado que anoten canastas con facilidad. Y eso no lo puedo permitir en mi equipo. De manera que vamos a salir y vamos a defender como realmente hay que hacerlo. Quiero que os peguéis a ellas como sombras, que sientan vuestro aliento en el cuello, en la cara… Quiero que mováis las manos con mayor velocidad para cortar sus líneas de pase. Y por favor, cerrad el rebote defensivo, que parecemos colegialas en un recreo. Escuchadme. Sé que sois mejores jugadoras que ellas, y podéis ganarles sin problemas. Pero tenéis que poneros a jugar de una puta vez. No me gusta perder partidos. No estoy acostumbrado a ello. Ya perdimos el fin de semana pasado, y no quiero que se repita este. Hemos cubierto el cupo de derrotas por esta temporada. Así que tenemos que mantenernos firmes y fuertes en nuestra casa.

—Hay que salir —le susurró Marian señalando el reloj.

—Todavía no. No necesitamos calentar, necesitamos reflexionar sobre lo que hemos hecho. Sobre lo que queremos en realidad —le rebatió con dureza—. Quiero que la ventaja quede reducida a cero en este cuarto, para en el último hacernos con el partido y la victoria. Y ahora, venga, salid ahí y demostradme que no estoy equivocado y que sois mejores que ellas. Joder. —Levantó la mano para que las demás se uniesen y gritaran su consigna.

Sergio las vio ir saliendo del vestuario de regreso a la pista mientras él parecía quedarse un poco rezagado junto a Marian.

—Estás cabreado.

Él frunció los labios y agitó una mano ante ella.

—Un poco. Tampoco es para tanto porque sé que pueden ganar sin problema.

—Pues me has parecido algo duro con ellas.

—Parece mentira que no me conozcas después de los años. —Sonrió pasándole el brazo por encima del hombro, camino de la pista.

Caitlyn y Fergus estaban en el palco observando el comportamiento de Sergio. Les sorprendió que las jugadoras se dirigiesen al banquillo sin calentar, pero no quedaba tiempo para hacerlo.

—La charla en el vestuario debe haber sido larga y dura —comentó Fergus mirando a su hermana primero y haciendo un gesto con el mentón hacia el banquillo.

—Al parecer ha tenido que corregir muchas cosas.

—No le gusta estar diez puntos por debajo. No me cabe la menor duda. Y a veces es preferible dejar las cosas claras en el vestuario que calentar tres minutos. Confiemos en que le den la vuelta al partido. —Fergus apretó los labios y arqueó las cejas deseando que eso sucediese.

—Sí, supongo que no le ha gustado lo que ha visto en el primer tiempo. Estoy convencida de que ganaremos —le aseguró a su hermano depositando su plena confianza en Sergio.

El entrenador permaneció de pie durante el comienzo del tercer cuarto. Quería que sus jugadoras lo vieran allí, controlando lo que hacían, mirándolas de manera fija. Sonrió cuando transcurridos cinco minutos la ventaja de diez puntos se redujo de manera drástica

hasta los dos, obligando al entrenador del Caledonian a pedir tiempo muerto.

—¿Qué os dije? Les habéis metido el miedo en el cuerpo y ahora tienen que recomponerse. Son como el boxeador que está acorralo en la esquina: si dejamos que respire, se recuperará y podrá hacernos daño. De manera que volved ahí y mandarlo a la lona. A seguir defendiendo fuerte, solo que vamos a cambiar. Presionamos hasta medio campo cada uno de sus saques, y entonces cambiamos la defensa y ponemos una zona tres dos. Veréis como no lo esperan. Iremos cambiando según os vaya diciendo. Allison, atenta a mis indicaciones. Venga.

El público estaba entusiasmado con la reacción del equipo al comienzo del tercer cuarto. Caitlyn sonreía, aplaudía y desviaba la mirada hacia el hombre que permanecía de pie en la banda dando las indicaciones oportunas a las jugadoras. ¿Qué les había dicho en el vestuario para que ellas hubiesen cambiado de aquella forma? Fuese lo que fuese, había dado resultado porque el equipo parecía otro.

Llegaron al último cuarto con ventaja, lo que parecía increíble después de haber visto el desarrollo del primer tiempo. Sergio estaba convencido de que acabarían por ganar el partido porque, en ese momento sí, las jugadoras estaban dándolo todo en la pista.

—Te has salido con la tuya —le comentó una Marian exultante al ver que el equipo había logrado remontar el partido y ganarlo ante el júbilo de los aficionados y de las propias jugadoras.

—Solo he hecho mi trabajo.

—Hacerles ver que son mejores de lo que ellas piensan.

—Sí, algo así. Necesitan creer en ellas, en lo que pueden lograr, y solo lo harán si realmente lo desean. Me voy a la rueda de prensa.

Marian no pudo evitar sonreír al ver la naturalidad con la que

Sergio le había explicado.

Camino de la sala de prensa, Sergio se encontró con Caitlyn y su hermano Fergus. Este se mostraba exultante. Sonrió estrechándole la mano con efusividad.

—Gran victoria, Sergio.

—Sí, había que sacar el partido adelante como fuese. No queríamos sumar otra derrota después de la sufrida el pasado fin de semana.

—No sé qué les has dicho a las jugadoras en el vestuario, pero ha resultado ser de lo más acertado. Hemos visto un cambio de juego y de actitud bastante notables.

—Solo les he pedido que fuesen ellas mismas. Que sabía que son mejores jugadoras de lo que habían mostrado en los dos primeros cuartos. Nada más.

Caitlyn había dejado que su hermano fuese el que hablase, de ese modo, ella podía fijarse en Sergio. Su atractivo parecía potenciarse con su manera de expresarse, de gesticular y de mirarla de vez en cuando.

—Pues sin duda que tus palabras han hecho el efecto deseado porque parecía que jugasen dos equipos diferentes —añadió Caitlyn.

—Lo importante era la victoria. Había que conseguirla como fuese. De lo contrario nos quedaríamos descolgados del líder.

—¿Crees que podemos optar a esa primera plaza? —Fergus lanzó la pregunta sin contemplaciones. Quería saber hasta dónde podía llegar.

Sergio asintió con una sonrisa muy significativa.

—No me gusta perder. Me contratasteis para dirigir este equipo, y no suelo ponerme techo. No me conformo con ser segundo si puedo aspirar al primer puesto. —Miró a Caitlyn con toda intención para que comprendiese la verdad de lo que él buscaba. No se conformaba

con perder de cuatros puntos ante el London Lions, como le había comentado ella. Quería ganarles—. Si me disculpáis, he de dar una rueda de prensa. Hablamos después si queréis. —Señaló la sala donde lo aguardaban y desapareció en el interior.

Fergus permaneció unos segundos contemplando la puerta cerrada de la sala. Luego volvió la atención hacia su hermana y se quedó mirándola con los ojos entrecerrados.

—¿Tú crees que habla en serio? Me refiero a que podemos optar al primer puesto en la clasificación.

Caitlyn observó la expresión de su hermano: las cejas elevadas y los labios apretados instándola a ella a dar su opinión al respecto.

—Es algo precipitado cuando ni siquiera ha terminado la primera vuelta de la competición. Quedan muchos partidos para saber qué posibilidades tenemos.

—Sí, pero no debemos olvidar quién se sienta en el banquillo, Cat.

—Lo sé. Pero ya has visto la primera parte de hoy. Eso no puedes permitírtelo jugando ante Londres o Edimburgo. Hoy el equipo ha reaccionado bien y a tiempo, pero no siempre va a ser así.

Fergus frunció el ceño y se llevó la mano al mentón con gesto pensativo.

—¿No confías en las posibilidades de él?

Caitlyn sintió el calor invadir su cuerpo e incluso ascender hacia su rostro.

—Pues claro que sí… Pero…

—Pero tienes tus reservas, Cat.

—Esperemos a ver cómo termina el equipo la primera vuelta.

—Siempre tan prudente —le recordó con cierta lástima, chasqueando la lengua porque su hermana era una persona a la que le gustaba tener todo atado y bien atado antes de tomar una decisión. Ninguna de sus parejas había sido buena para ella. A todas

les había encontrado algo que no le gustaba. No era una persona que cerrase lo ojos y se lanzase hacia delante sin pensar en que iba a sucederle algo malo.

—Ya lo sabes.

«Excepto la otra noche que me dio por besar a nuestro entrenador en el bar del hotel de Londres después del partido».

***

Sergio terminó la rueda de prensa con los periodistas y, tras saludar e intercambiar algunas palabras con estos, se encontró con Marian.

—Las chicas aguardan a que les digas algo.

—No las hagamos esperar —le dijo dirigiéndose al vestuario. Le hizo un gesto a Marian para que fuese ella la primera en pasar por si alguna salía de la ducha. Tras comprobarlo, salió a los pocos segundos.

—Puedes pasar.

Sergio entró cuando las jugadoras terminaban de recoger sus pertenencias.

—No voy a quitaros tiempo porque queréis marcharos. No quería irme sin felicitaros por el segundo tiempo que habéis jugado. —Comenzó a aplaudir mirando a todas y cada una de ellas—. Bravo. Os dije que sois mejores que ellas y lo habéis demostrado. De manera que espero no tener que repetiros que podéis optar a ganar cualquier partido y que lo haremos. ¿Por qué no soñar con ser campeonas de liga? Ya sé que ahora os parece algo lejano e imposible, pero no lo descartéis porque fue lo que yo ofrecí a la directiva: pelear por el campeonato siendo un equipo recién ascendido. No lo olvidéis y descansad. Nos vemos el lunes por la mañana.

Abandonó el vestuario satisfecho con su trabajo. Sí. Claro que podían ganar la liga, ¿quién les había dicho que no podrían?, se preguntó mirando a Marian, quien lo esperaba en el pasillo.

—Imagino que estarán contentas con el resultado.

—Sí, pero como les he dicho, no podemos dejar de ser nosotros. Nuestra identidad. No he entendido muy bien por qué hemos hecho esa primera parte. —Sergio sacudió la cabeza con los labios apretados, encogiéndose de hombros.

—Tal vez la presión de volver a jugar en casa después de la pasada derrota.

—Son profesionales acostumbradas a la presión, Marian. De igual modo que tú y yo. En fin, aquí creo que hemos terminado. Si quieres ir a tomar algo… En cuanto atienda a un periodista que me ha pedido cinco minutos —señaló a este que lo estaba esperando.

—Entonces te dejo. Creo que me voy a ir yendo.

—No creo que tarde… —le aseguró con un guiño antes de verla dirigirse a la salida.

—Mejor me marcho. Te veo en casa.

—De acuerdo. Lo tendré en cuenta —le aseguró con un guiño antes de verla dirigirse a la salida mientras él se volvía hacia el joven periodista que lo aguardaba.

Cuando terminó la entrevista, Sergio se despidió de los empleados del pabellón. Los servicios de limpieza ya casi habían concluido su labor en las gradas. No se trataba de un pabellón demasiado grande como para pasarse allí todo el día. Recordó que se había dejado la chaqueta en su silla en el banquillo y se dirigió a por esta.

Caitlyn seguía por los pasillos del pabellón charlando con algunas personalidades que habían acudido al partido, cuando divisó a Sergio. «¿Qué hace él por aquí todavía?», se preguntó fijándose en este sin prestar demasiada atención a lo que los demás hablaban. Se

despidió de ellos y emprendió el camino hacia la salida consciente de que Sergio haría lo mismo.

Él se fijó en ella. Iba acompañada de su hermano y de otras personas.

—Aquí tenemos al artífice de la victoria —exclamó Fergus cuando se percató de la presencia de Sergio.

Este se detuvo y se volvió para saludar.

—Ha sido una segunda parte vibrante —le aseguró una de las personas que iban junto a los dos hermanos—. ¿Cómo consiguió ese cambio en las jugadoras? Daba la impresión de que iban a perder, tal y como habían jugado los dos primera cuartos.

Sergio asintió.

—Es la misma impresión que tuve. Por eso tenía que corregir algunas cosas. Y funcionó.

—Sin duda que lo hizo y de qué manera. Enhorabuena por la victoria.

—Gracias.

—Creo que deberíamos dejar a nuestro entrenador marcharse a casa a descansar, o a hacer lo que le plazca, y nosotros seguir hablando de negocios —sugirió Fergus mirando a los dos hombres que estaban con él.

—Tranquilos, tengo más bien poco que hacer —se explicó Sergio mirando de reojo a Caitlyn, antes de salir a la calle seguidos por los demás—. Os dejo que sigáis con lo vuestro.

—Un placer conocerte, Sergio.

—Caitlyn, ¿vienes o te marchas? —Fergus le hizo la pregunta con toda intención, como si presintiese que su hermana prefería marcharse con Sergio. Solo había tenido que fijarse en su reacción al verlo, en la expresión de su rostro y en las miradas que le había dedicado a lo largo del partido. «¿Qué le sucede con él?», se

preguntó Fergus.

—Creo que es mejor que os deje a los tres hablar de vuestros asuntos. Yo prefiero marcharme a casa.

—En ese caso, nos vemos mañana.

—Claro.

Sergio permaneció en el sitio observándola despedirse de su hermano y de los otros dos hombres. Daba la impresión de que la estaba esperando para irse juntos, y cuando se dio cuenta de lo que parecía, se giró y se marchó por el camino que llevaba a su casa.

—¡Sergio! Espera.

La voz de ella lo obligó a detenerse y volverse. La observaba dirigirse hacia él con paso rápido, como si tuviese prisa por llegar a su altura.

—Dime, ¿hay algo que quieras comentarme?

—No, no. Solo te he pedido que me esperes para ir juntos en la misma dirección.

—Ah, vale. Perfecto.

—Bueno, si no te importa que te acompañe.

—Para nada. —La miró sonriendo y sacudiendo la cabeza sin saber qué diablos hacer—. Si no te viene mal, tómate algo conmigo. Lo digo porque estaba pensando en beberme una pinta en un *pub* que hay aquí cerca —indicó con el dedo hacia el local.

—Sí, vale. De esa manera me cuentas qué les has dicho a las jugadoras para experimentar semejante cambio y acabar ganando el encuentro.

—No he hecho nada del otro mundo —le aseguró agarrando el tirador de la puerta y abriendo para dejarla pasar.

Caitlyn se dio cuenta de cómo la atmósfera la atrapaba. Una penumbra interrumpida por varias lámparas diseminadas aquí y allá sobre las mesas, algunos muebles, y el techo, pero a media

potencia, creando un ambiente cálido e íntimo. Y para completarlo, la música que sonaba de fondo era una melodía perfecta. Ahora que estaba allí, no estaba segura de si había hecho bien al aceptar su invitación.

—¿Quieres sentarte o prefieres la barra?

—No sabría qué decirte porque llevo sentada casi dos horas. —Abrió los ojos como platos y resopló.

—En ese caso… —Él le señaló la barra donde podía tomarse algo de pie. Ello le permitiría no tenerla tan cerca, como si se sentasen, y no sentiría la tentación de querer besarla como en Londres.

Caitlyn entrecerró los ojos e hizo un mohín con la nariz antes de pronunciarse.

—Mejor nos sentamos. No es plan de tomarnos algo de pie.

Sergio no se opuso y la siguió a la mesa que ella eligió, junto a una de las ventanas del local. Tenía las cortinas recogidas a ambos lados. Había una lamparita sobre la pared y otra en la mesa. Se fijó en cómo la luz parecía aclarar la piel de ella. Caitlyn había apoyado los codos sobre la mesa y enmarcaba su rostro con sus propias manos, mirándolo.

Una chica de unos veinte años se acercó a ellos para tomarles nota de las bebidas. Y cuando se alejó, fue Caitlyn la que rompió el silencio entre ellos. No quería quedarse mirándolo como si estuviese embobada; ni que él hiciese lo mismo poniéndola nerviosa.

—¿Y bien? —Ella le mostró las palmas de las manos tratando de hacerle ver que estaba esperando su explicación.

—Deberías haber estado en la rueda de prensa porque también me lo han preguntado ahí.

—Me habría gustado, pero tenía que atender a nuestros invitados. Son parte de nuestros patrocinadores —le dijo observándolo asentir y emitir un sonido gutural—. Prometo que el próximo partido en

casa estaré presente en la rueda de prensa.

Él cogió el vaso de cerveza para beber y observarla por encima del borde. La encontraba divertida y muy sexi esa noche, lo cual comenzaba a preocuparle.

—Lo cierto es que me desconcertó el comienzo del partido. La actitud de las jugadoras. No entendía qué estaba sucediendo.

—¿Te lo han dicho ellas?

Sergio sacudió la cabeza.

—No.

—¿Y cómo lograste saberlo? Como dices, nosotros también estábamos algo desconcertados. Y yo la que más porque las vi en Londres el fin de semana pasado y un equipo no tenía nada que ver con el otro.

—Eso es. No entendía muy bien qué sucedía. Tal vez les afectó la derrota de Londres más de lo que yo presumía. En cualquier caso, les dije que ellas eran mejores que las jugadoras del Caledonian. Y yo lo sabía. Y ellas también. Pero, si no estaban dispuestas a demostrárselo, pues sería su problema, no el mío.

—Pues parece que te hicieron caso.

—Era lo que esperaba de ellas. Jugar como en el segundo tiempo y ganar.

—¿Siempre eres tan convincente? —Entrecerró los ojos observándolo con atención. Sentía el pulso algo acelerado cuando lo miraba como en aquel instante en el que la distancia entre ellos parecía menguar por momentos, hasta que él pareció darse cuenta y se recostó contra la silla.

—Lo procuro. Hoy tenía razón y sabía que tenía que cambiar el chip de las jugadoras para ganar.

—Ya veo que no te gusta perder.

—No. Saben que el cupo de derrotas está lleno ya.

Ella parpadeó ante ese comentario y sonrió con ironía.

—¿Cómo va a estar lleno con una sola derrota? Supongo que perderemos algún encuentro más, ¿no?

Él dibujó una media sonrisa irónica.

—Es la manera de tenerlas en tensión. De que jueguen cada partido como si fuese la final.

—Me gustaría creerte, la verdad, pero…

—Pero prefieres perder algún partido, ¿no?

—No es que lo prefiera, solo digo que es lo más lógico.

—No para mí. Trataré por todos los medios de terminar la primera vuelta con esa sola derrota. Y cuando Londres nos rinda visita, le ganaremos y seremos líderes. —Se acercó a ella apoyando los antebrazos sobre la mesa y contemplándola con curiosidad por saber si en esa ocasión ella lo besaría o se controlaría.

Caitlyn percibió la seguridad con la que lo decía, y eso le gustaba. No era alguien que vacilase en cuanto a lograr sus objetivos.

—Pareces tenerlo todo muy claro.

Él sonrió mirándola a los ojos.

—Todo no. Créeme. Hay situaciones y momentos que se escapan de las manos.

«Como este en el que me estoy preguntando qué deparará la noche contigo».

Ella creyó entender que se refería a ella. Al beso de hacía una semana. A lo poco que se habían visto en los días posteriores y que no habían servido para aclarar lo ocurrido entre ellos y saber qué buscaban ambos.

Capítulo trece

Salieron del *pub* uno al lado del otro, dejando que sus brazos se rozasen de manera casual. Sergio se detuvo, levantó la mirada e inspiró hondo. Se sentía algo descolocado con lo que estaba sucediendo. Su intención no era volver a pasar por lo mismo que las veces anteriores, cuando estuvo entrenando en otras ciudades. Sin embargo, le iba a resultar complicado resistirse a los encantos de Caitlyn si seguían pasando juntos más tiempo.

—Parece que se ha quedado una buena tarde, bueno, noche dada la hora que es —dijo a modo de excusa, sin saber muy bien qué decir con ella al lado desconcertándolo.

—Sí. El tiempo de momento nos respeta. Pero no temas, pasarás frío e incluso puede que veas la nieve. —Le sonrió volviendo su rostro hacia él. Cuando él le devolvió la mirada, experimentó una leve sacudida en el estómago que achacó a la copa de vino que se había tomado sin comer nada. Entonces lo vio acercarse un poco más, como si su intención fuera robarle un beso, y ella se preparó para ello.

Sergio dudó en el último momento, como pensando qué opción tomar. Era como si se encontrase ante la última jugada de su propio

partido sin saber cuál debía llevar a cabo para ganar. Ella le gustaba y bastante. No era la misma sensación que había experimentado en otras ocasiones, como le recordó Marian en su día. O eso creía, pero… ¿y si solo se trataba de un deseo por llevarla a la cama y después nada? Joder, no podía ir dejando un rastro de amantes por cada ciudad europea en la que entrenaba. Por ese motivo, se quedó contemplándola de manera fija, lo que a ella le chocó.

—¿Sucede algo?

—No, tranquila. ¿Quieres que te acompañe o prefieres irte sola?

Su pregunta la sorprendió porque era lo que menos esperaba en ese instante. ¿Qué se le pasaba por la cabeza? ¿Tal vez que lo invitase a pasar la noche con ella? ¿O se trataba de curarse en salud por lo que pudiese pasar? Quizás, lo mejor sería dejarlo estar y no forzar la situación. No quería que su relación afectara a la marcha del equipo.

—No te preocupes, me conozco el camino de memoria. Agradezco tu oferta, pero creo que sería mejor que cada uno se marchase por su cuenta.

Sergio frunció los labios y asintió.

—Entonces te veré el lunes si te pasas por el pabellón. Que descanses, Caitlyn.

—Sí, tú también.

Se quedaron mirándose unos segundos, como si se preguntaran si lo que hacían era lo que en realidad querían. Sergio se fijó con atención en la expresión del rostro de ella, de su mirada, y le dio la impresión de que había estado considerando si sería acertado invitarlo a su casa. Sonrió con una mezcla de ironía y cierta decepción. Pero no quería volver a pasar por lo mismo otra vez.

Caitlyn emprendió el camino hacia su casa con la sensación de que una parte de ella seguía todavía allí de pie, contemplando a

Sergio y esperando a que la besase una vez más. Era consciente de que sus trabajos no eran compatibles como para iniciar una relación: él no se iba a quedar entrenando de por vida allí, en Stirling. Tarde o temprano regresaría a algún equipo grande en Europa. Se marcharía y la dejaría hecha polvo, y era algo por lo que no estaba dispuesta a volver a pasar. Le había costado mucho superar lo de Ewan. Tiempo y trabajo invertidos para relegarlo al trastero de su corazón. Y cuando lo había conseguido y se decía que no quería saber nada de las relaciones aparecía Sergio para sacudir su ordenada vida y ponerla patas arriba con un simple beso.

***

Las jornadas siguientes, el equipo siguió sumando un triunfo tras otro sin abandonar la estela del equipo de Londres, el cual no aflojaba. Sin embargo, Sergio se mostraba satisfecho con el nivel que mostraba su plantilla.

—Eso no quita que cualquier día podamos volver a perder —le comentaba a Fergus en una charla informal.

—Pero la velocidad que lleva el equipo es casi de crucero. No dejamos la estela de Londres, que tiene que rendirnos visita en dos jornadas.

—Si llegamos igualados a ese encuentro de la próxima semana, trataremos de asaltar el liderato.

—No será sencillo.

—Lo sabemos, pero nadie nos va a quitar las ganas de intentarlo.

Fergus asintió convencido de aquellas palabras.

—¿Qué tal con Caitlyn? Me comenta que se deja ver en los entrenamientos del equipo, e incluso viajó a Londres… Está muy involucrada en ese proyecto —le hizo saber con todo interés,

sabedor de lo sucedido entre ellos gracias a la información de su buen amigo Stratchan, el médico de la plantilla.

—Lo sé. Se le nota que el club es su mundo.

—Cierto, lo es. Confío en que su presencia no te resulte algo incómoda, mi hermana puede llegar a ser algo pesada a veces —le dijo sonriendo.

—No me lo parece. Al contrario, me gusta que los directivos se involucren en el proyecto. Da buena imagen a las jugadoras, les transmite cierta profesionalidad, seguridad con lo que se hace.

—Me alegra escucharte decirlo. Sin embargo, quería preguntarte si has notado algo diferente a Caitlyn estos últimos días.

—No.

—La noto algo más callada, ausente, y no sé si tiene que ver con el club, con la plantilla o contigo. Por ese motivo te lo pregunto. Con toda la confianza.

Sergio sacudió la cabeza, pero sin pensar en nada relativo a Caitlyn. No había vuelto a pensar en lo sucedido entre ellos algunas noches cuando él se ofreció a acompañarla a su casa y ella lo rechazó de manera cortés.

—Si tú no has notado nada raro en ella, entonces… no será nada.

—Estuvo hace dos días viendo el entrenamiento de las jugadoras y no comentó nada raro.

—Bien. No te molesto más, Sergio. Gracias.

—Pregunta lo que quieras, Fergus. Adiós.

Permaneció en el sitio con la mirada perdida en el vacío y la mente llena de pensamientos en torno a Caitlyn. ¿Qué le sucedía?

—¿Todo bien con el jefe?

La voz de Marian lo sacó de sus pensamientos.

—Todo bien.

—Es raro verlo por aquí.

—Sí.

—Estás algo taciturno, ¿qué sucede? No creo que estés preocupado por la visita del London Lions dentro de quince días.

—No. Me preocupa que nos centremos demasiado en ese partido y nos olvidemos del que jugamos antes. Espero que las jugadoras no se relajen ni se reserven para el partido contra las inglesas.

—No lo harán. Por cierto, ¿y Caitlyn?

—No lo sé, ¿qué sucede? ¿Habíais quedado?

—No, solo te preguntaba por si sabías algo de ella. Si iba a venir y eso…

—¿Y eso…? —Sergio entornó la mirada hacia su colega con una ligera sonrisa.

Marian le devolvió la sonrisa.

—Te lo comento porque tú pasas más tiempo con ella.

Sergio chasqueó la lengua.

—Ya. ¿Crees que lo sé todo acerca de ella? ¿O que me lo cuenta?

—Conmigo no se marcha a tomar algo al *pub*. —Le hizo un guiño muy significativo.

—No te preocupes que no ha sucedido nada que te alarme.

—Tú sabrás, don Juan.

La expresión del rostro de Marian fue toda una declaración de advertencia sobre lo que podría sucederle.

—Ni hablar. Además, el otro día estuve pensando no seguir el año que viene. Renunciar a ese segundo año del que hablamos, pero no concretamos.

El rostro de Marian se tornó serio al escuchar aquella explicación.

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Completamente —le respondió con seriedad y rotundidad dejando a su amiga y ayudante sin capacidad de habla—. Un año es suficiente para probar algo nuevo y después regresar al continente.

Volver a jugar una competición europea, ya sabes…

—Sabía que después de todo lo acabarías echando de menos —le recalcó señalándolo como si lo acusase—. ¿Les has comentado algo a Caitlyn o a Fergus al respecto?

—Es pronto para hacerlo. Debemos centrarnos en los dos próximos partidos y después… ya veremos. Eso no quiere decir que tú tengas que desligarte del equipo si estás contenta y quieres dirigirlo tú sola. Ya te dije lo que me parecía esa idea.

—No estoy segura de eso ahora. Es mejor dejar que termine la temporada y ver cómo acaba el equipo, qué sensaciones tengo y si hay ofertas de otros clubes.

—Me parece bien. De momento, centrémonos en el siguiente encuentro —le pidió haciendo que Marian se quedase observándolo con curiosidad. ¿Qué le había sucedido para que de la noche a la mañana dijera que quería marcharse de allí al concluir la temporada? ¿Tenía algo que ver en ello Caitlyn? ¿O Sergio se había dado cuenta ya de que aquel no era su mundo? Los retos y propuestas estaban bien, pero si se hacían con equipos contrastados, grandes, y no con recién ascendidos en un campeonato de inferior calidad a las otras ligas del continente.

Capítulo catorce

Caitlyn iba camino del pabellón para ver el encuentro ante el London Lions cuando se tropezó con alguien.

—Disculpa, iba deprisa y…

Se quedó clavada en el sitio, sin habla ni reacción cuando reconoció a la persona que la sujetaba.

—¿Caitlyn?

—Ah, hola, Ewan…

—Vaya, qué casualidad encontrarte. ¿Llevas prisa?

—Pues sí, porque voy camino del pabellón para ver el encuentro de hoy. Por eso te he atropellado. —Sonrió confusa.

—¿Te importa si voy contigo?

Era tal la impresión que le había caudado ver a su ex que no sabía cómo demonios reaccionar. Era lo que menos necesitaba en ese preciso instante, pero una no podía elegir lo que el destino le tenía deparado.

—Sí, claro. Vamos o llegaremos tarde.

Ella emprendió el camino hacia el pabellón sin mirar a Ewan ni tan siquiera preguntarse qué pintaba él en ese momento de su vida. Se había largado hacía un año por un puesto de trabajo mejor, y ella no

pensó que fuese a volver a verlo. Y de repente, ¡zas! El puñetero destino haciendo de las suyas. ¿Por qué precisamente cuando estaba tratando de encontrar una explicación a lo que le sucedía con Sergio?

***

«El ambiente es sin duda digno del encuentro que va a disputarse», se dijo Sergio mirando las gradas y cómo estas se iban llenando de aficionados. Estaba satisfecho porque la gente había respondido ante el encuentro. Miró hacia el palco buscando a Caitlyn, pero ella no había llegado todavía. No habían tenido una charla acerca del encuentro, lo que lo había sorprendido. Pero una parte de él le agradecía que no se hubiese dejado ver por los entrenamientos porque no quería tener ninguna distracción.

Marian repasaba algunas notas mientras las jugadoras terminaban los tres minutos de calentamiento.

—¿Crees que podemos ganarles?

—Para eso estamos aquí. Para asaltar el liderato. Y ahora, vamos al lío.

Caitlyn llegó con el tiempo justo para ver el arranque del partido. Encontrarse con Ewan camino del pabellón la había retrasado, y cuando apareció en el palco, su hermano mostró la esperada sorpresa. Pero más porque apareciese acompañada de Ewan que porque llegase tarde. Le estrechó la mano y, cuando su hermana se sentó, se acercó para preguntarle en voz baja.

—¿Qué hace él aquí? ¿Lo has invitado?

—Ni de coña lo haría.

—Entonces…

Caitlyn resopló al ver el gesto de incredulidad y sorpresa de su

hermano observándola con las cejas elevadas.

—Me he tropezado con él y, al decirle dónde venía, me ha preguntado si le importaba acompañarme. Eso es todo —le dijo con un tono y una mirada nada amistosos.

—Por un momento, pensé que lo habías invitado tú.

—¡¿Yo?! ¿Por quién me has tomado? Por favor… —Caitlyn abrió los ojos y la boca como platos, sin dar credibilidad a lo que sugería su hermano.

—Es mejor que te centres en el partido. Ya hablamos más tarde. Mira, vamos ganando —le señaló el marcador para que fuese testigo de ello, pero Caitlyn prefirió buscar a Sergio con su mirada. Allí estaba él, de pie en la banda repartiendo órdenes a las jugadoras. Cerró los ojos e intentó relajarse por todos los medios.

«El encuentro ha arrancado bastante bien para los intereses del equipo», se dijo Sergio viendo cómo discurría. Por el momento no tenía queja del arbitraje, claro que habría que ver cómo avanzaba el partido. Confiaba en que no se resolviese como en el partido de ida. En esta ocasión lo había planteado de otra manera. Sorprendería a las inglesas, como ya estaba sucediendo. Los dos primeros cuartos se pasaron en un abrir y cerrar de ojos, y todo porque el ritmo había sido frenético y los árbitros apenas habían intervenido. Habían dejado jugar, lo cual era de agradecer para el público y para el espectáculo. Había estado tan metido en el encuentro que no había vuelto la mirada hacia el palco para ver si Caitlyn estaba allí.

—Cinco puntos arriba no es mala renta —le comentaba Marian camino de los vestuarios mientras él mantenía la mirada fija en las estadísticas de la primera parte—. Superaríamos el *average* en contra que traemos de Londres.

—Sí, pero no tenemos que fiarnos. Es una ventaja corta. Yo quiero ganar y además ponernos líderes, y para eso hay que ganar por más

de cuatro puntos.

—No será sencillo. Pero tenemos cinco.

—Que con una canasta de ellas se quedan en dos o tres. Necesitamos estar lejos de esa situación, que con una canasta perdamos en *average*.

Empujaron la puerta del vestuario para dar las instrucciones para la segunda parte.

Caitlyn y su hermano habían abandonado el palco acompañados de Ewan. Fergus estaba intrigado por saber qué hacía él allí en compañía de su hermana. Y cómo se le había ocurrido a ella aceptar a llevarlo al pabellón a ver el encuentro después de la manera en la que él la había dejado.

—Sin duda que ha sido toda una casualidad encontrarte a mi hermana…

Ewan miró a Caitlyn y sonrió.

—Ya te digo… No esperaba que nos encontrásemos de esta manera.

—Sí, bueno, lo cierto es que venía con prisa al pabellón y me tropecé con él —dijo señalando a Ewan con una mano.

—Sin duda que fue toda una aparición de la nada. Por suerte reaccioné a tiempo para que no terminases en el suelo.

Ella se limitó a asentir sin decir nada más.

—¿Estás de paso, Ewan? —Fergus seguía llevando el peso de la conversación.

—He venido por unos días a hacer unas cosas, sí. Pero es posible que al final me trasladen desde la capital aquí.

Aquella noticia pilló a Caitlyn por sorpresa porque sin duda que siempre había creído que la marcha de él por cuestiones de trabajo era para no regresar a Stirling. Y entonces dejaba caer la posibilidad de que pudiese regresar.

—¿Estás diciendo que podrías volver aquí después de haberte largado hace un año?

El resumen que hizo Fergus no gustó a Caitlyn.

—Es posible, sí.

Caitlyn inspiró hondo antes de hablar.

—Creo que deberíamos ir volviendo al palco. Va a empezar la segunda parte.

—Todavía quedan más de cinco minutos —le recordó Ewan.

A ella no le hacía mucha gracia que su ex regresase a Stirling después de haberla dejado plantada por trabajo, porque según él era una oportunidad que no podía dejar escapar. Y, sin embargo… Regresó a su asiento en el palco dispuesta a seguir disfrutando del partido, si sus pensamientos se lo permitían.

Sergio reunió a sus jugadoras para darles las últimas instrucciones antes de reanudar el encuentro.

—Defensa, cuatro en caja, y, Patri, te quiero en individual pegada a Samuelson. Procura que no tenga facilidad para recibir y menos tirar. Es la que más daño nos está haciendo. Pero presionamos el saque bajo canasta para que piensen que vamos a hacerlo en individual. Cuando nuestra última jugadora cruce el medio campo, cambiamos defensa. En ataque, movemos el balón para que su defensa se abra lo máximo posible hasta encontrar un buen tiro exterior o un pase interior a nuestras pívots. Venga, va. ¡A por ellas!

—No habíamos usado ese tipo de defensa todavía… —le comentó Marian.

—Sí, quiero sorprenderlas al inicio. Es la forma que tenemos de romper el encuentro.

—¿Qué más sorpresas guardas en la chistera?

Sergio sonrió divertido.

—Muchas. Ya las iré mostrando. Todo a su tiempo. —Se sentó a su

lado en el banquillo observando el comienzo del tercer cuarto que consideraba esencial para el resultado final. Se había olvidado por completo de Caitlyn y de si estaría en el palco junto a su hermano. No era lo más importante en ese instante, sino lo que se estaba desarrollando sobre la pista.

Capítulo quince

Faltaban diez segundos para terminar el partido y el entrenador inglés había pedido tiempo muerto para preparar la defensa de la que se suponía sería la última jugada.

—Atentas todas porque van a buscarnos para hacernos falta. Quiero que busquéis a Maric o a Shantal. Sois las que mejores porcentajes lleváis hoy. Por eso creo que sois las más acertadas en este momento. Si anotamos, la defensa la quiero sin faltas. Los brazos arriba, lejos del cuerpo de la rival, defendemos con las piernas. Moviéndonos con rapidez. Venga va.

Marian miraba a Sergio, que no se había sentado, sino que se quedó de pie en la banda con las manos apoyadas en las caderas. Ella no era la única que lo estaba mirando, sino que Caitlyn estaba más pendiente de sus movimientos, sus gestos, que de lo que sucedía sobre el parqué. Se mordía el labio y tenía las manos cerradas en puños presa de la emoción. Faltaban tan solo diez segundos y estaban ganando a Londres por tres puntos. No se les podía escapar la victoria.

El juego se reanudó y, como había predicho Sergio, Londres hizo falta, dándole dos tiros libres a Shantal. Levantó la mirada hacia el

reloj del marcador del que solo se habían consumido cuatro segundos. Les quedaba tiempo a las inglesas para armar una jugada. Pero primero estaban los tiros libres de su jugadora. El pabellón enmudeció por un instante hasta volver a estallar de júbilo cuando el primer tiro de Shantal entró.

—Otro más y cerramos el partido —murmuró sin perder detalle de su jugadora. De nuevo el silencio, la calma que precede a la tormenta y ahí estaba. El estruendo cuando el segundo tiro entró. Restaban seis segundos y, como era de esperar, el técnico inglés pidió tiempo para preparar su jugada y sacar desde medio campo. Las jugadoras regresaron al banquillo para recibir instrucciones. Sergio se mantuvo pensativo en silencio mientras todas lo observaban esperando su explicación.

—De acuerdo, estamos dónde queríamos. Seis segundos. Harán un tiro, seguramente buscarán un triple para reducir la diferencia y seguir siendo primeras. Pero también porque no tendrán otra opción dado el poco tiempo que resta. Patri, te pegas a Samuelson. El resto ejecutamos un zona-pres. Maric, presiona el saque todo lo que puedas. El resto, atentas a las manos. Tenemos que llevar a sus jugadoras a las bandas, lo más lejos del aro para que no puedan tirar. De acuerdo, venga que ya lo hemos hecho otras veces.

Decidió permanecer de pie con un brazo rodeando su estómago mientras el otro lo apoyaba sobre este, cerrando la mano en un puño, que a su vez apoyaba sobre su mentón. Estaba concentrado observando la disposición de las inglesas e intentando averiguar qué se proponían hacer. Maric estaba casi encima de la británica, hasta el punto que la colegiada le pidió que se retrasase un poco. Le entregó el balón a la jugadora de Londres, que comenzó a buscar una compañera a la que pasarlo. Maric se movía todo lo que podía y más para dificultar su saque. Al final lo logró. Patricia estaba pegada a

Samuelson todo lo posible con los brazos en alto para no tocarla y hacerle falta. Les costó sacar y pasar el balón, tanto que lo seis segundos se quedaron en nada cuando quisieron buscar un tiro. Shantal y Robertson lograron arrinconar a sus oponentes contra la línea lateral dejándolas sin opción de tiro. Y cuando la bocina sonó marcando el final, Sergio sonrió de manera cínica y se marchó a saludar a su colega inglés antes de volver a su propio banquillo para felicitar una a una a sus jugadoras. Marian se pasaba la mano por el pelo y la cara porque sin duda que aquel triunfo tenía su peso en oro. Ganar el partido y ponerse líder de golpe y porrazo.

En el palco del pabellón, Caitlyn y Fergus se mostraban eufóricos. No podía acabar de creer que hubiesen ganado al actual campeón, y además asaltar el liderato de la liga.

—Mi más sincera enhorabuena a los dos —dijo Ewan aplaudiendo por la victoria.

—Gracias.

—Sin duda que tenéis un entrenador y una plantilla que puede aspirar a todo.

—Con ese propósito lo fichamos —mencionó Fergus.

—Creo que es momento de bajar y felicitar a las chicas —sugirió Caitlyn, quien parecía querer salir huyendo del palco y de Ewan al mismo tiempo.

Las jugadoras sonreían y aplaudían mostrando su entusiasmo y su felicidad por el triunfo. Sergio se dirigió hasta el centro de la pista, donde lo estaban aguardando.

—Está bien, ya sois líderes de la liga. Primer objetivo cumplido. Lo siguiente que tenéis que hacer es preguntaros si queréis ganarla porque para ese fin he venido.

Juntaron sus manos en alto y las bajaron exclamando su grito de guerra, para después aplaudir a la gente. Marian no podía estar más

satisfecha por lo que estaba sucediendo. Sergio iba a dar la rueda de prensa cuando Fergus y Caitlyn aparecieron para saludarlos y felicitarlos por el triunfo.

—Toda una proeza, Sergio. Has conseguido derrotar al actual campeón. Enhorabuena —le dijo Fergus pasando su brazo por sus hombros.

—No hay nada que no pueda conseguirse con esfuerzo y dedicación —comentó dirigiendo su mirada a Caitlyn, a la que encontraba tan irresistible esa tarde que prefirió permanecer al lado de Fergus, porque de esa manera mantendría la compostura.

—Ha sido un partido emocionante, he creído que se me salía el corazón por la garganta —le confesó mirando a Sergio con los ojos como platos, con un gesto de estar todavía presa de la tensión del final del partido.

—Deberías haberla visto cómo se mordía el labio y cerraba las manos, debido a la agitación.

Sergio se fijó en la expresión del rostro de ella y en cómo ganaba color.

—Sí, es cierto. Los últimos segundos han sido poco menos que de infarto.

—Pero, por lo que veo, tienes un corazón fuerte y sano si has resistido al final del partido —señaló Sergio mientras se decía que estaba tan sensual con el rostro encendido que era mejor no pensar en lo que le gustaría hacerle y marcharse a la rueda de prensa—. Si me disculpáis, he de atender a los periodistas. Os quedáis en las mejores manos —comentó dándole un apretón cariñoso en el brazo a Marian.

Caitlyn lo siguió con la mirada mientras Sergio saludaba a la gente a su paso y desaparecía hacia la sala de prensa. Había sentido un calor algo sofocante cuando se quedó mirándola de manera fija y le

sonrió.

—Bueno, el equipo es líder empatado a victorias con Londres, pero les ganamos el básquet *average* —resumió Fergus—. ¿Nos dais permiso para soñar?

Marian se agitó de manera leve al escuchar aquella pregunta. Entendía la euforia que sentían los dos hermanos en ese momento, pero no podían lanzar las campanas al vuelo.

—Es pronto para pensar en que podríamos optar al título —le refirió con cautela.

—Mi hermano se precipita al pensar así solo porque hayamos ganado al líder —intervino Caitlyn tratando de mostrar cierto juicio.

—No puedo evitar dejarme llevar por la euforia del partido de hoy, pero también llevamos una sola derrota en todo el campeonato, y creo que eso es suficiente como para poder soñar con ser campeones. ¿Qué opinas, Marian?

—Sí, es verdad que los resultados están acompañando al equipo y que podemos llegar a ser considerados como favoritos, pero…

—¿Qué opina Sergio? —Caitlyn entornó la mirada hacia la ayudante, interesada en conocer sus opiniones.

Si le contaba lo que les había dicho a las chicas hacía cinco minutos, Fergus no iba a poder dormir porque su moral se le iba a poner por las nubes, pensó de manera rápida viendo sus reacciones. Pero tampoco quería engañarlos.

—Se muestra confiado en las posibilidades del equipo.

—¿Lo ves? Él confía en las jugadoras porque sabe que pueden llegar a ser campeonas, Caitlyn.

Esta permaneció callada, expectante ante la visión de Sergio regresando donde se encontraban ellos. Trató de mantenerle la mirada, pero en el último segundo algo la obligó a apartarla y centrarse en Marian.

—¿Cómo ha ido la rueda de prensa? Imagino que sin ningún contratiempo, que todo habrán sido elogios y preguntas acerca de cómo has preparado el encuentro —comentó Fergus que no podía ocultar su satisfacción por el logro obtenido por su equipo.

—Las típicas preguntas, como puedes esperar.

—¿Cómo están las jugadoras?

—Puedes hacerte una idea viéndote a ti mismo —lo señaló con la mano haciendo referencia a su estado emocional en ese instante.

—Tienes razón, y eso que me habéis hecho sufrir un montón.

—Hoy era un encuentro duro del que sabíamos lo que nos esperaba. Y lo que nos queda de aquí al final de la temporada. —Movió las cejas a modo de advertencia de lo que creía que iba a pasar.

—Creo que tanto mi hermana como yo somos conscientes de ello. —Fergus la miró por un segundo—. ¿Presión?

—Siempre. Tal vez más después de la victoria de hoy. Pero debemos olvidarnos ya de este partido y centrarnos en el siguiente.

—El derbi en la capital —recordó Caitlyn asintiendo con los labios apretados.

—Iremos a ganarlo como hemos ido hoy. Confío en las jugadoras y en que, si volvemos con la victoria, los demás equipos nos verán como el equipo a batir. Y eso hará los partidos más duros. Todos querrán ganarnos.

—Claro.

—En fin, si me concedéis unos minutos, me gustaría ir al vestuario a felicitarlas y a decirles algunas palabras.

—Por supuesto, nosotros también tenemos que irnos. —Fergus volvió a fijarse en su hermana a ver qué decía. Si se quedaba y esperaba a Sergio para hablar con él, o bien se marchaba también.

—Sí, claro… Voy contigo.

Sergio no dijo más. Se limitó a asentir y por último se volvió en dirección al vestuario sin querer pensar en Caitlyn y en que le gustaría quedar con ella a tomarse algo. Pero eso implicaba ciertas situaciones comprometidas.

Marian se despidió de los hermanos y siguió a Sergio hasta el vestuario. Había percibido un intercambio de miradas con Caitlyn bastante revelador. Era como si ambos pretendiesen quedar a solas, pero ninguno parecía querer ser el primero en dar el paso.

Sergio entró en el vestuario aplaudiendo a las jugadoras. Se situó en mitad de ellas y asintió mirándolas a todas.

—Excelente partido, chicas. Me quito el sombrero ante vosotras. —Hizo el movimiento inclinándose ante ellas—. Habéis estado superiores. Y como sabéis, sois líderes por diferencia de puntos. De manera que ya podéis prepararos para lo que queda. Todos los equipos saldrán motivados a ganarnos. Somos el equipo a batir. Hablaremos de ello el lunes por la mañana. Ahora toca disfrutar de la victoria. Chicas… —Volvió a inclinarse antes de volverse y salir del vestuario seguido por Marian.

—Tú seguro que ya estás pensando en el derbi del próximo fin de semana.

—Como me conoces, ¿eh? Es algo innato en mí. Ya lo sabes.

—Deberías desconectar un poco, ¿no crees? ¿Vas a quedar con Caitlyn? —La mirada que él le dirigió fue muy explícita acerca de lo que pensaba de esa pregunta—. Te lo pregunto porque antes me ha parecido que ambos parecíais dispuestos a quedar, no sé…, he creído percibir algo en el ambiente.

—Supongo que se habrá marchado. Además, te dejé claro que no iba a comenzar un romance nuevo.

—¿Ni si quiera después de haberla besado?

Él se fijó en la expresión del rostro de Marian, observándolo con

las cejas elevadas esperando una aclaración. Emitió un resoplido, como si estuviese cansado del mismo tema.

—Fue una gilipollez por mi parte hacerlo. Ya está.

—Vaya, creo que es la primera vez que te escucho decir algo así.

Sergio no añadió nada porque no tenía más que decir. Todo estaba más que claro. Caminaron hacia la salida del pabellón, despidiéndose de los empleados que todavía quedaban, cuando vieron a Caitlyn y a su hermano en compañía de otro hombre dirigirse a la salida.

Ella no se percató de su presencia ni de su cercanía hasta que estuvo casi encima de ellos. Y no pudo disimular la impresión que ello le causó. Un leve sobresalto que la hizo dar un paso atrás.

—¿Todavía por aquí? —les preguntó Sergio a los tres al llegar a su altura. Decidió fijarse en Fergus cuando habló y dejar a Caitlyn al margen.

—Ya nos íbamos.

—Nosotros también —le aseguró Sergio mirando a Caitlyn por ver su reacción. Le sostuvo la mirada unos segundos, consciente de que su colega, Marian, lo estaría escrutando en todo momento. Por ese motivo se despidió y se dirigió a la salida sin mirar atrás, por ver si la propia Caitlyn lo seguía o lo llamaba para que lo esperase.

Ella fijó su mirada en la espalda de él mientras lo veía alejarse, y las ganas de salir tras él parecían que fuesen a poder con ella. Desde luego que prefería irse a tomar una copa de vino con él que seguir allí con Ewan. Pero no era cuestión de delatarse ante su hermano, quien ya estaba con la mosca detrás de la oreja al respecto de ellos dos. Y más cuando Fergus la miró con toda intención.

—¿No me dijiste que tenías un asunto pendiente con Sergio? No sé qué de su amigo, el representante… Aprovecha y hazlo ahora que lo tienes ahí —le indicó haciendo un gesto con el mentón hacia

Marian y él.

Caitlyn se vio sorprendida por ese comentario que la dejó con la boca abierta y sin saber cómo reaccionar. ¿Le estaba echando una mano su hermano para librarse de Ewan o la cosa iba por otros derroteros? Lo vio mover las cejas con toda intención mientras Ewan permanecía ajeno a los gestos de él.

—Sí, lo cierto es que tenía que comentarle algo al respecto de su representante antes de que se me olvide. De hecho, ya me había pasado y de no ser por ti… Está bien, tienes razón. Si me disculpáis…

—Ya nos veremos, Caitlyn. Me gustaría quedar alguno de los días que estoy aquí.

Ella hizo un gesto de no tenerlo claro. Frunció los labios y entrecerró los ojos.

—No sé, estoy muy liada con el trabajo del club, y tampoco sé si es buena idea, Ewan.

—En cualquier caso, te puedo llamar y ya vemos…

—Tengo que irme. Hasta mañana —dijo girándose hacia el camino que llevaba a la salida, esperando que Sergio y Marian todavía estuviesen cerca.

Salió a la calle con el corazón palpitando en el interior del pecho. No pretendía mostrarse ansiosa por ir con él, pero algo dentro de ella la empujaba. Caminó con paso enérgico hacia ellos, y algo hizo que los dos se girasen hacia ella. Tal vez, el sonido de sus tacones la había delatado.

—¿Vienes con nosotros? —le preguntó Sergio con un tono esperanzador.

—Sí, he dejado a mi hermano con Ewan. —Hizo un gesto con la mano en dirección a estos.

—En ese caso, vamos.

Marian no dijo nada, sino que se limitó a observar el comportamiento de los dos; algo remiso, como si les diera cierto corte quedarse a solas. Le entró la sensación de que estaba sujetando la vela porque se notaba a la legua que ellos dos necesitaban y querían estar solos, pero la mirada de Sergio en ese momento le indicó todo lo contrario.

—Íbamos a tomarnos algo, si te apuntas… —le comentó Marian dejándole claro a su amigo y mentor que no lo dejaría a solas con ella.

—Me parece bien.

Se dirigieron a un *pub* cerca del pabellón, donde había un ambiente animado. Era sábado, última hora de la tarde y la gente comenzaba a quedar para tomar una pinta.

—Iré a pedir mientras vosotras cogéis una mesa —comentó Sergio señalando una—. ¿Cerveza, vino, agua…? —Paseó la mirada por los rostros de las dos mujeres.

—Vino —respondió Caitlyn.

—Lo mismo que ella. ¿Estás algo más relajada? Reconozco que el partido ha sido de alta tensión y que los minutos finales creía que me daría algo.

—Pues si tú lo has pasado mal…, que se supone que estás acostumbrada a vivir esos partidos con estos finales, imagina yo —le dijo fijando su mirada en Sergio que llegaba con las bebidas. Caitlyn extendió el brazo para coger su copa y sintió la tibia caricia de los dedos de él al dársela. Ella sonrió tímida y decidió tomar un sorbito con el fin de que la tranquilizase.

—Me estaba comentando Caitlyn que le hemos hecho pasar una tarde tensa, en especial los últimos minutos del encuentro.

Sergio no respondió porque se había llevado su vaso de cerveza a los labios para beber. Pero mantenía la mirada puesta en el rostro de

Caitlyn y elevaba las cejas sorprendido por ese comentario.

—Pues espera que lleguemos a los partidos fuertes, aquellos en los que nos estemos jugando la primera plaza o incluso el pase a la final. Desde ya, te aviso que el próximo fin de semana en Edimburgo nos espera un partido duro, por si te animas a viajar. —Apretó los labios y entornó su mirada hacia ella haciéndola partícipe de la situación y queriendo saber si ella los acompañaría como en Londres. Tendría que estudiar y preparar su defensa por lo que pudiese suceder entre ellos. No quería verse sorprendido como en Londres cuando ella se había acercado y lo había besado.

—Me gustaría porque sin duda será otro partido emocionante, y porque hace tiempo que no paseo por la Royal Mile ni por los jardines de Princes Street. Podría ser una magnífica oportunidad para hacerlo.

—Pero te avisamos —Sergio miró a Marian— que no seremos responsables de tu estado de nervios ni de si lo pasas mal durante el encuentro. Quedas advertida.

—Tomo nota. Pero, si al final logramos estar en lo más alto de la clasificación, no me importará la tensión de esta tarde. —Rio mirando a Sergio mientras cogía la copa para beber. Le gustaba. Le había llamado la atención desde el primer día que lo conoció. Y a pesar de que se había dicho que no buscaba nada con él, se habían besado en Londres. Eso le daba qué pensar con respecto al próximo viaje a Edimburgo. Claro que en ese caso no se alojarían en un hotel, ya que apenas había una hora de trayecto entre ambas ciudades, por lo que regresarían a dormir a sus casas evitando toda tentación.

—Estoy de acuerdo en que, si al final logramos el título, todo sufrimiento habrá merecido la pena —aseguró Sergio levantando su vaso para brindar con ellas sin perderle la mirada a Caitlyn, quien

sentía como enrojecía sus mejillas por la manera de mirarla de él.

—Podrías haberle dicho a Fergus que nos acompañase.

—Ah… No, no. Mejor que no —dijo ella de mala gana porque entonces tendría que haber hecho lo mismo con Ewan, y no era lo que deseaba hacer.

Sergio y Marian se miraron entre ellos al ver la expresión de Caitlyn. Ninguno iba a preguntarle por el motivo porque era adentrarse en un terreno personal, y después de todo, ambos eran sus empleados. Que estuviesen tomando algo en ese momento no significaba que tuvieran una confianza íntima para hacerlo.

Caitlyn apuró la copa y sonrió. No quería darles descuentos acerca de Ewan y de lo mal que lo había pasado cuando él decidió marcharse de Stirling sin importarle su relación. Y menos cuando, después de casi un año o más, reaparecía como por arte de magia y le pedía que se viesen. ¿No se le ocurriría querer retomarlo?

Estuvieron charlando durante un rato, el tiempo que tardaron en terminar sus bebidas, hasta que fue la propia Caitlyn la primera en querer marcharse.

—Creo que es mejor que me retire —dijo después de echar un vistazo al reloj.

—Sí, creo que yo también lo haré —apuntó Marian—. Necesito una ducha y relajarme un poco. A mí también me afectan estos partidos con estos finales, no creas.

—En ese caso, como no pretendo quedarme solo, yo también me marcharé.

—Seguro que a preparar el próximo partido —sugirió Marian dándole un codazo con toda intención—. A veces me pregunto por qué estás solo, y al momento me doy cuenta de la respuesta: el trabajo.

Sergio sonrió, arqueó las cejas y se encogió de hombros mirando

a Caitlyn, quien por su parte lo observaba con detenimiento. ¿Era ese el verdadero motivo por el que estaba solo? ¿O tal vez no había conocido a una mujer que lo atrajese de verdad?

—No puedo hablar porque no te conozco mucho, pero sí puedo asegurar que cada vez que te veo estás inclinado sobre la pizarra, o con algún bloc tomando notas, repasando estadísticas de los partidos, del rival… He logrado comprender por qué has llegado tan alto en el baloncesto.

—Dos contra uno. No está bien, chicas. Si llego a saber que os habéis confabulado contra mí, no os habría invitado —les dijo señalándolas con el dedo.

Ambas mujeres se miraron entre ellas y asintieron convencidas de que era verdad que el trabajo le absorbía casi la totalidad de las horas que tenía el día. Caitlyn comprendió que a ella le sucedía poco menos lo mismo que a él. Se volcó en la dirección del club junto a su hermano desde que Ewan se había marchado. No había vuelto a tener una vida social activa, quedando con sus amistades, ni mucho menos se había planteado buscarse una pareja. No. Pero entonces, había besado a Sergio y todo pareció descomponerse en su mundo. Y lo que más temía era que él siguiera haciéndolo, porque ella era consciente de que al final se acabaría marchando de Stirling por una oferta astronómica de un club grande del continente y ella volvería a quedarse sola y jodida. Y con pasar por ello una vez, era suficiente.

Capítulo dieciséis

El final no fue el esperado en esa ocasión y el triunfo cayó del lado de Caledonian. Sergio felicitó a su entrenador por el planteamiento del encuentro. Pero, cuando volvió hacia el banquillo que habían ocupado, miró a Marian con cara de pocos amigos.

—Nos han estudiado bien. Estoy seguro de que han visionado el partido de la semana pasada contra Londres, e incluso puede que alguien del *staff* haya estado en la grada viéndonos. En fin, es algo con lo tenemos que contar. No vamos a ganar siempre, ¿no? —le comentaba a Marian sentados ambos en el autocar de regreso a Stirling.

—Bueno, la verdad es que, si logramos asentarnos en la segunda posición y terminar la fase regular en esta posición…, no habremos hecho poco.

—Sí, sí… No podemos olvidar que somos un equipo recién ascendido a la categoría.

—¿Has llamado a Caitlyn para decírselo? Se quedó con ganas de venir…

Sergio negó con la cabeza.

—No, no la he llamado. Lo haré cuando llegue a casa. Imagino

que a estas horas ya conocerá el resultado por internet. Me alegra que no haya podido venir al final, viendo el partido que hemos hecho. Ellos han hecho un buen *scouting*, pero a nosotros nos ha faltado chispa en el juego, precisión en los pases, creérnoslo. ¡Joder!

—Ya, tal vez estar en las alturas les dé vértigo a las jugadoras. Algunas no están acostumbradas a jugar con tanta presión. Siendo líderes. Con todos esperando que sigas ahí arriba y llegues a la fase final como líder indiscutible.

—En fin…, restan pocos partidos para terminar la fase regular. Estamos cerca del primer objetivo: meternos entre los ocho equipos que disputan la fase final. Hay que asegurar la plaza. Después nos centraremos en ser segundos y, por último, aunque más complicado, intentar volver a asaltar el liderato.

Llegaron al pabellón donde toda la plantilla y el cuerpo técnico se bajó del autocar. Sergio se fue despidiendo de cada una de las jugadoras, pidiéndoles que descansaran y quedando en verse el lunes próximo para los entrenamientos. Luego, se volvió hacia Marian, pero el móvil le sonó.

—Es un wasap de Caitlyn —dijo mirando la pantalla de su teléfono —. Quiere que me pase por su casa para que le dé un informe completo de lo que ha sucedido. Sabe que el equipo ha perdido. Y si ha conseguido ver el encuentro por Internet, debe estar algo decepcionada.

Marian lo observó asentir en repetidas ocasiones sin levantar su mirada hacia ella misma.

—Será mejor que te vayas y le des un informe completo de lo sucedido. No creo que le vaya a gustar después de la trabajada y excelente victoria ante Londres el fin de semana pasado.

—Ya… —No estaba seguro de si era una buena idea pasarse por la casa de ella pese a todo.

—Quiero llegar y darme una ducha para después tirarme en el sofá y no hacer nada.

—Te entiendo. Está bien, iré a darle un informe detallado del partido a Caitlyn y cuáles son nuestras verdaderas posibilidades.

—Sé bueno. —Le guiñó un ojo con toda intención y observó a Sergio apretar los labios y asentir, pero no hacer ningún comentario al respecto.

—Hablamos. —Levantó la mano a modo de despedida y emprendió el camino hacia la dirección que Caitlyn le había enviado. Tecleó en la aplicación y dejó que esta le indicase el camino correcto. Puso su mente en blanco sin querer darle vueltas a que quisiese verlo un sábado por la tarde. ¿No podría esperar al día siguiente o incluso pasarse el lunes por el entrenamiento? ¿Tan cabreada estaba con el resultado? Claro que, si había visto lo mismo que él, la entendía. Aunque tampoco le producía una alegría hacerlo. Llegó delante de una casa de tres plantas de estilo georgiano, como algunos de los hoteles que había visto en la ciudad. Tocó el timbre para que le abriera y esperó.

***

Caitlyn permanecía sentada en el sofá leyendo. Se encontraba relajada después de un día agotador en el club. No había podio desplazarse hasta Edimburgo con el equipo para asistir al encuentro contra Caledonian, y en cierto modo la había fastidiado. Pero después de verlo por internet a través de la web de la federación británica de baloncesto, casi había sido mejor no asistir. Se sobresaltó con el sonido del timbre y sintió como su pulso se le aceleraba. «¿Sergio?», pensó recordando que hacía un rato le había enviado un wasap para que se pasase a verla y le contara qué había

sucedido para sufrir aquella derrota. Caminó hacia el interfono y, tras preguntar quién era, a pesar de que podía verlo por la pantalla, abrió. Cogió aire y cerró los ojos dándose cuenta de lo que significaba que él estuviese en su apartamento. Se había dejado llevar por la necesidad de recibir las explicaciones sobre lo sucedido en el partido, y ahora que lo pensaba… El timbre de la puerta sonó y ella asintió con decisión.

Sergio paseaba su mirada por el descansillo esperando que la puerta se abriese. Y cuando ella lo hizo, se quedó paralizado contemplándola en el umbral mientras ella le devolvía la mirada. Llevaba puesta una camiseta oscura con el cuello algo deslucido, y una chaqueta de lana fina cuyos laterales le caían hasta medio muslo. Las piernas largas y bien torneadas aparecían enfundadas en unas mallas de color negro y calcetines de colores en los pies, que llamaron su atención. No pudo evitar sonreír mientras volvía a recorrer su cuerpo de manera inversa hasta detenerse en su rostro. Se había recogido el pelo con una pinza, dejando algunos mechones aquí y allá que le otorgaban una imagen divertida, alegre…, sensual. Se reafirmó en su idea de que había sido un tremendo error ir a verla.

—Pasa, no te quedes ahí. —Se apartó para dejarlo entrar tratando de no rozarse con él—. Recto y a la derecha, está el salón.

Sergio siguió las indicaciones y se encontró en una estancia amplia. Decorada con muebles modernos, de estilo Ikea. Una lámpara de pie permanecía encendida dotando de una luz tenue y cálida al ambiente. El sofá de tres piezas en color beige sobre el que vio un libro, una manta de tartán y unas gafas de pasta de color rojo.

—Dame la chaqueta.

—Estabas leyendo.

—Sí, necesitaba relajarme después del día que he tenido. ¿Quieres tomar algo? ¿Café? ¿Té? ¿Una copa de vino? Yo voy a ponerme una. —Se giró de manera grácil con la chaqueta de piel de él en sus manos y la dejó sobre un moderno perchero de pared.

—De acuerdo. Tomaré una por acompañarte y no dejarte beber sola. —Se fijó en su sonrisa ante ese comentario. Desapareció de su campo de visión, lo que él aprovechó para recorrer el salón con la mirada esperando a que regresase. Tenía un par de cuadros y un vinilo en las paredes. Una decoración minimalista para alguien que vivía solo.

—Ten. Ven, sentémonos.

—¿Y bien? ¿Qué quieres que te cuente? —Bebió un poco de vino para calmar los nervios, sin dejar de observar como la ropa le delineaba la forma de su cuerpo. Lo cierto era que su visión le ayudaba a mitigar en cierto modo el cabreo que se traía de la capital.

—He visto el partido por la web de la federación… y no me ha quedado una buena sensación…

—Te entiendo. A mí tampoco. Estoy decepcionado con la manera en la que hemos jugado esta tarde. Si te soy sincero, no me lo esperaba después de ganar a Londres aquí el fin de semana pasado. —Prefería dejar su mirada en el vacío antes que seguir contemplándola.

—¿A qué crees que se ha debido? Tú eres el entrenador. Eres quien las conoce mejor.

La observó entrecerrar los ojos y sacudir la cabeza antes de llevarse la copa a los labios y mojarlos. Aquel gesto hizo que él se removiera en el sofá.

—No lo sé. Hemos entrado mal al partido, y eso nos ha condicionado todo. Hemos estado siempre por detrás en el

marcador, tratando de reducir la ventaja.

—Pero ellas han tenido también muy buenos aciertos.

Apoyó su codo contra la parte superior del sofá y el mentón sobre la palma de su mano para seguir contemplándolo mientras se explicaba. Tenía una pierna flexionada contra el pecho, dejando su pie apoyado sobre este. Una postura desenfada, de alguien que está en casa disfrutando de la tarde.

Sergio se humedeció los labios y los frunció.

—Sin duda que ha sido su día. Unos porcentajes de tiro bastante elevados. Creo que se ha juntado su buen acierto con nuestro mal día.

—Se dice que siempre hay un partido tonto. —Arqueó las cejas, abrió los ojos al máximo y apretó sus labios.

—Pues confío en que haya sido este y no haya más de aquí al final de la temporada regular.

—¿Cómo has visto a la plantilla después de la derrota? —Le hizo la pregunta con la mirada entornada y un tono de voz algo bajo, como una ligera melodía que se acercaba al susurro.

—Jodidas. No esperaban perder hoy. Cabizbajas y decepcionadas con ellas mismas. Por otro lado, nos viene bien para que no nos creamos que, por haber ganado al actual campeón la pasada jornada, todo está hecho. Ni de coña —dijo para a continuación llevarse la copa a los labios para beber y no dejar de mirarla—. Por suerte, nuestros dos próximos encuentros serán aquí, en casa, ante rivales de la zona baja de la clasificación.

—Lo que representa un alivio porque podremos sumar dos victorias.

—Si no sucede nada anormal.

—No sucederá, ya lo verás. —Ella extendió el brazo hasta darle una palmada en el hombro, acompañada de una sonrisa—. Oye, ¿te

quedas a cenar? Es tarde y ya que te he hecho venir…

Su invitación lo cogió por sorpresa de nuevo. No esperaba que ella se mostrase tan atenta con él. Que lo invitase a tomar una copa de vino mientras hablaban del encuentro le parecía acertado, pero quedarse a cenar…

—No hace falta que te molestes. Yo…

—No es ninguna molestia. —Le posó la mano sobre el brazo y sacudió la cabeza—. Qué más da hacer un poco más. ¿Sí? Te quedas.

Estaba rendido ante ella. No sabía qué diablos hacer o decir para salir de allí. No pretendía ser descortés ni que a ella le pareciese mal su rechazo, pero cuanto más tiempo pasara allí, más le iba costar marcharse, e incluso tal vez resistirse a volver a besarla. Y si ella correspondía de nuevo, no quería pensar en lo que podía suceder si se dejaban llevar. La contempló levantarse y quedarse de pie ante él, mientras sus piernas rozaban las de él y su mirada y su expresión no le daban lugar a rechazarla. Se limitó a encogerse de hombros y sonreírle.

—Si te vas a poner en plan jefa, no te lo discutiré. Soy un empleado más del club —le aseguró levantando las manos y observando como se le ajustaba la tela de los pantalones a las piernas, de una manera sugerente.

—No me gusta que me veas como tal, pero si con ello lo consigo…

«A mí tampoco me gusta considerarte lo que eres para mí, pero es la manera que tengo para contenerme. Recordarme quién eres». No sabía qué pensar de lo que estaba sucediendo, pero ya era demasiado tarde para echarse atrás.

—No, no. Solo era una forma de hablar. Acepto tu invitación.

—De acuerdo, me pongo a ello.

—¿Necesitas que te eche una mano en algo? —Se incorporó del

sofá y quedó a la misma altura que ella. La miró a los ojos porque, si bajaba la mirada hacia los labios, se estaría delatando.

—No te preocupes, está todo controlado. Pero si quieres venir a la cocina, eso sí, no es una orden. —Esgrimió un dedo ante el rostro de él a modo de advertencia.

—Descuida, nada de lo que me digas lo tomaré como tal.

La cena discurrió de manera relajada y distendida. Entre risas y miradas largas, emotivas y, por qué no, cargadas de sensualidad y picardía. Hablaron de sus respectivas vidas, amigos, familia y trabajo. No entraron a tocar el tema de por qué ninguno tenía una pareja estable. Era una especie de tregua entre ambos.

—Me gustaría que te quedases otro año en el equipo —le confesó ella en un momento de la noche en el que ambos estaban de vuelta en el sofá, con sus respectivas copas de vino. No habían recogido los restos de la cena, Caitlyn se lo había prohibido. Ambos se miraban como si se estuviesen preguntando cómo y cuándo se terminaría la velada.

—No he dicho lo contrario.

—Ya, pero, cuando hablamos de la duración del contrato, dejaste claro que solo querías un año, y que en el caso de que algún equipo grande viniese a por ti, aceptarías su oferta.

—No he recibido ninguna hasta ahora. Estoy aquí, ¿no? He llegado de la capital después de disputar el partido contra Caledonian, y ya estoy pensando en el del próximo fin de semana —le confesó mintiéndole porque lo que en realidad pasaba por su cabeza era cómo iba a hacer para marcharse de allí cuando lo que más deseaba era atraerla contra su cuerpo, desnudarla y pasar la noche con ella.

Caitlyn sacudió la cabeza y sonrió.

—¿Cómo puedes estar pensando en el próximo encuentro en este momento?

—Buena pregunta, la verdad.

—No he conocido a otra persona que dedique tanto tiempo al trabajo como tú. Y mira que a mí me encanta lo que hago, pero ahora mismo no se me pasa por la cabeza nada que tenga que ver con el club.

—Acabas de contarme que no quieres que me marche al final de la temporada… Eso es trabajo. —Sergio comprendió que se refería a él, lo que sin duda complicaba las cosas. Y más cuando se fijó en la manera en la que ella lo miraba. Tenía que salir de allí lo antes posible. Si lo pensaba de manera fría, no le convenía tener una aventura con ella. Era su jefa, aunque a ella no le gustase que se refiriese así—. Creo que debería irme y dejarte descansar. Se está haciendo tarde. Si me quedo más tiempo, me dará más pereza después. Pero, antes, te echaré una mano a recoger…

Se incorporaron del sofá y quedaron de pie el uno frente al otro contemplándose en silencio, esperando los siguientes movimientos. Caitlyn lo sujetó del brazo para impedirle que se acercara a la mesa a retirar los restos de la cena. Él se volvió hacia ella para pedirle que lo dejase hacer, y fue cuando se dio cuenta de que la estaba rodeando por la cintura con su brazo, atrayéndola hacia él mientras las miradas de ambos parecían estarse retando.

Ella entreabrió los labios con un ligero jadeo, sintiendo el cuerpo de él apretado contra el suyo propio.

—Creo que tienes algo que hacer más importante en este momento que recoger la mesa…

El aliento de ella y el susurro de sus palabras lo encendieron todavía más.

—No voy a discutirlo, jef… —Sonrió pensando en que la última

letra quedó ahogada en el fragor del beso que ella comenzó a darle, antes de que él pudiese objetar nada. Los labios de Caitlyn se movieron de manera posesiva, sensual y urgente sobre lo de Sergio.

Comenzaron a escucharse gemidos, jadeos y respiraciones agitadas a medida que las prendas comenzaban a revelar la piel de cada uno. Los dedos de Sergio reptaron por la espalda de ella desabrochando el cierre del sujetador. Caitlyn comenzó a pelearse con la hebilla del cinturón que sujetaba los vaqueros de él. Sin duda que los nervios, las prisas y la excitación ralentizaban sus movimientos, pero al final logró su objetivo. Sergio le recorrió el cuello, aspirando los restos de perfume que permanecían impregnados en su piel y siguió en dirección a la clavícula antes de descender a sus pechos.

Ninguno de los dos pensaba en lo que estaban haciendo. Se limitaban a dejarse llevar por lo que sentían en ese instante. El deseo de buscar la satisfacción propia y la del otro. No quisieron perder tiempo en llegar al dormitorio, por ese motivo Caitlyn lo llevó hasta el sofá. Siguieron acariciándose y besándose hasta que ella buscó un preservativo. Fueron unos segundos de espera hasta que se sentó sobre él sin dejar de mirarlo. Se sujetó al cabecero del sofá y comenzó a moverse de manera lenta en un principio, hasta que las manos de él se posaron en su trasero para controlar su ritmo.

Sergio la atrajo hacia él para besarla de nuevo, para recorrer con sus labios aquel exquisito cuerpo de piel blanca y suave. El torbellino de emociones lo llevó en un viaje de placer que llegó a su destino cuando ambos lograron alcanzar el orgasmo, y se abrazaron sintiendo sus respectivos latidos como un solo. Durante unos segundos, los dos permanecieron mirándose a los ojos sin ser capaces de decir una sola palabra. Caitlyn resopló cuando Sergio le pasó las manos por el rostro para retirarle el pelo y poder

contemplarla mejor. Sus pulgares trazaron el contorno de sus mejillas de una manera lenta, sin perderse ningún detalle de la expresión de su rostro. En un acto imprevisible, ella le besó la palma de la mano. Luego, se inclinó sobre él y repitió el beso, pero esta vez en los labios de él, cerrando los ojos. Se apartó de su abrazo y se incorporó para quedarse de pie ante él.

—Supongo que no querrás dormir ahí —le comentó señalando el sofá—. Creo que en la cama estarás más cómodo.

Él se detuvo a pensar si le convenía quedarse. Lo que sí le había quedado claro era que ella pretendía que él pasase la noche allí, con ella. Algo que no entraba en sus planes, pero a lo que no supo decir que no. De manera que la siguió sin pensárselo dos veces y sin preocuparse de que su ropa quedara tirada por el salón y el propio sofá. La contempló vestirse con un pantalón y una camiseta de tirantes antes de meterse en la cama y quedárselo mirándolo a la espera de que la siguiese.

No estaba seguro de si aquello era lo que le convenía: pasar la noche con Caitlyn. Pero lo que sí era cierto era que necesitaba descansar después del día que llevaba. Le sorprendió que ella se acercase a él cuando entró en la cama y que le pasara un brazo por el pecho apoyando la cabeza en su hombro.

—Si te molesta, puedes decírmelo y me aparto. —Levantó la mirada hacia el rostro de él para ver su expresión.

Sergio sonrió.

—No, tranquila.

—Bien… —Caitlyn cerró los ojos y respiró sintiendo cómo su cuerpo se iba relajando.

Sergio la contempló sin decirle nada, no quería perturbar su descanso. De manera que permaneció con la vista fija en el techo de la habitación, pensando en lo sucedido entre ellos. «¿Es que no lo vi

venir?», se preguntó.

«Debería haberme largado antes de la cena siquiera. Joder, sé lo que ella representa: toda una tentación a la que no he podido resistirme, o no he querido más bien. Y eso que me dije que esta vez no sucedería nada».

Resopló antes de volver la mirada hacia ella una vez más y contemplarla dormir de manera plácida, gemir y apretarse un poco más contra él. Algo que no estaba seguro de si le convenía. Sonrió y cerró los ojos para relajarse y, poco a poco, el sueño se apoderó de él.

Despertó de repente y algo sobresaltado. Parpadeó en repetidas ocasiones para habituarse a la claridad que entraba por la ventana. Echó un vistazo a su reloj y volvió a cerrar los ojos. Giró la cabeza para fijarse que Caitlyn estaba dándole la espalda. Se incorporó de manera leve para comprobar si dormía. Su respiración era relajada y hacía temblar sus pestañas. Su pecho subía y bajaba de manera rítmica mientras él se fijaba en este. Se giró hacia su propio lado de la cama y la abandonó con todo cuidado. No quería que se despertase porque estaba seguro de que le preguntaría por qué se marchaba. Recogió su ropa y se visitó deprisa antes de abandonar la habitación, dejándola dormida en la cama. Tenía que irse lo antes posible. No era conveniente despertar a su lado y comenzar a hacerse preguntas acerca de lo sucedido la pasada noche, y él no estaba preparado para responder nada.

Una vez que abandonó la casa, Sergio se sintió algo más relajado, como si se hubiese liberado de un gran peso. Las calles estaban vacías a esas horas. El frío de la madrugada se dejaba sentir y él se vio obligado a abrigarse con la chaqueta, abrochándola hasta el último botón. Metió las manos en los bolsillos y empezó a caminar en dirección a su casa. No quería pensar en lo que estaba haciendo

porque se suponía que no debería haberlo hecho. Era lo mismo que en otras ocasiones y ciudades. Se había prometido que esta vez no se enredaría con ninguna mujer cercana al club porque al final de la temporada se acabaría marchando. Pero no había podido resistirse, y a partir de ese momento debería lidiar con las consecuencias. Imaginaba que Caitlyn podía pedirle una explicación por su comportamiento, y él debería estar preparado para dársela. O tal vez no. Cabría la posibilidad de que ella no quisiera nada serio con él. ¿Quién narices le mandó a él aceptar su invitación? ¿Por qué se había quedado a cenar y tomar algo sabiendo que entre ellos había una chispa, una corriente que quedó patente en Londres cuando se besaron? Apretó el paso para llegar lo antes posible y meterse en la cama, claro que no sabía si eso sería lo más acertado porque aquel paseo en la madrugada de Stirling lo estaba espabilando.

Caitlyn se despertó de manera lenta y perezosa, estirando los brazos fuera de la sábana. Inspiró hondo y se volvió hacia el otro lado de la cama, para ver si él permanecía dormido a su lado. Pero de inmediato supo que no. Que no estaba y que se había marchado antes de que ella despertase. Era consciente de que él lo haría porque lo había intentado la pasada tarde cuando ella lo invitó a quedarse a cenar. Solo que no entendía por qué no se había marchado justo entonces. Creía que ambos eran conscientes de que cuanto más prolongase su estancia allí, más complicado le resultaría irse, como él le había dicho. Ella estaba convencida de que en el fondo él no deseaba marcharse. Conocía los riesgos y no le importó correrlos esa noche, al igual que le había sucedido a ella. Pero también le había quedado claro que no pretendía ningún compromiso con ella, de lo contrario no se habría largado de su casa

en medio de la madrugada. Debería haberlo visto venir en su momento. Ella permaneció sentada en la cama con los brazos alrededor de sus piernas y el mentón sobre las rodillas con expresión pensativa. No estaba dispuesta a ir tras él a la vista de su comportamiento, se dijo elevando las cejas al mismo tiempo que fruncía los labios.

Capítulo diecisiete

Sergio llevaba días bastante centrado en la dinámica de entrenamientos y partidos. Desde que abandonó la casa de Caitlyn hacía algunas noches, no había vuelto a verla. No creía que el hecho de que él se marchase de madrugada le hubiera parecido mal a ella. Entre ellos no existía ningún tipo de relación personal, solo profesional. Que se hubiesen acostado no significaba que tuvieran que formalizar una relación. Él no podía quedarse fijo en una ciudad, dado su historial deportivo. Estaba convencido de que más pronto o más tarde recibiría alguna oferta para regresar al continente, y tal vez no le quedara otra opción que aceptarla. Así era su vida y su trabajo. Por ese motivo, solo había acordado una temporada en Stirling. Y aunque Caitlyn le atraía bastante, no había llegado todavía a ese punto de dejar su progresión en el baloncesto por una mujer.

Marian se acercó a él al notarlo tan callado y solitario.

—Cualquiera que te viese diría que el equipo ha descendido y tú te sientes culpable.

Sergio levantó la mirada de sus notas, a las cuales no hacía ni puñetero caso porque se las sabía de memoria. Sin embargo, le venían bien como excusa para que lo dejasen tranquilo. Entenderían

que estaba preparando el siguiente encuentro.

—¿Por qué lo dices?

—Por tu forma de comportarte esta última semana. Te he notado ausente en algunos instantes, y eso que el equipo no ha descendido.

—Sí, lo sé. Estoy preparando la final a ocho que tenemos en unas semanas.

—¿Estás seguro?

—¿A qué viene tu pregunta y esa mirada tan sugestiva?

—A que no me lo trago, colega. A eso viene —le dijo quedándose delante de él, con los brazos cruzados.

Sergio apretó los labios y asintió.

—Pues, aunque no me creas, es cierto. —Le enseñó su bloc de notas.

—Y yo te digo que no me lo trago porque te he visto ganar finales a cuatro de la Euroliga sin preparar si quiera los partidos. Porque te he visto y oído decirles a las jugadoras, chicas, en una final de Euroliga: salid ahí y divertiros. No necesitas preparar mucho los partidos porque lo vas haciendo durante la temporada. Me refiero a que ya has estudiado a los rivales que van por nuestro lado del cuadro.

Él sonrió lleno de perplejidad por escucharla.

—Me conoces como si yo fuese un libro abierto.

—Es que es así. Tienes una concepción única y privilegiada para los partidos. De manera que no estás preocupado por la fase final, porque tu trabajo era salvar al equipo del descenso al final de la temporada regular. Y no solo lo has conseguido, sino que el equipo ha obtenido la segunda plaza detrás de Londres. ¿Tu estado emocional tiene algo que ver con que llevemos bastante tiempo sin ver a Caitlyn por aquí? —Marian entornó su mirada con toda intención buscando un gesto, una reacción en él que le diesen la

razón de lo que ella se temía.

—Yo creo que no ha venido porque tiene trabajo que hacer… —Sergio se encogió de hombros sin querer darle importancia a ese hecho.

—Podría ser. Por cierto, ¿qué tal te fue el sábado que regresamos de la derrota en Edimburgo? ¿Qué te dijo o que no te dijo sobre el partido? ¿Lo vio por internet? No me constaste nada, por cierto.

—Sí, me dijo que lo había visto a ratos. Y que no entendía por qué el equipo no se parecía al de la jornada anterior, cuando ganamos aquí a Londres. Estaba cabreada y decepcionada. A lo mejor por esos motivos no se ha pasado por los entrenamientos.

—La verdad es que parecíamos dos equipos totalmente opuestos. ¿No se molestó por la derrota?

—Como a nosotros. Le fastidió bastante porque, de haber ganado, habríamos asegurado la primera posición. Pero no pudo ser.

—Entiendo. Bueno, pues te dejo que sigas preparando la fase final. —Marian movió las cejas arriba y abajo con rapidez, dejando clara su posición. No se lo creía, pero no tenía por qué presionarlo, ya que, a fin de cuentas, era su vida privada y personal.

***

Caitlyn estaba alterada. La fase final de la liga sería en dos semanas, y el equipo se había clasificado como segundo en la fase resultar, sería cabeza de serie, y todo gracias al trabajo de Sergio y Marian. Él estaba cumpliendo con lo prometido el día que llegó por primera vez a Stirling. Le sonó arriesgado y poco probable tratándose de un equipo recién ascendido, pero con el paso del tiempo, Sergio había demostrado que tenía razón. Y en ese momento, una vez metidos en la fase final, ¿por qué no soñar con el título de campeón de liga?

Arqueó las cejas haciéndose la pregunta mientras caminaba por el centro de Stirling. Necesitaba relajarse de todo lo que le estaba sucediendo en los últimos días. No había vuelto a pasarse por los entrenamientos para no coincidir con Sergio, pero sabía que era inevitable volverse a ver. En el fondo, estaba molesta porque él no se había despedido la noche que pasó en su casa. Le habría gustado que se hubiese despertado con ella, y que hubiesen desayunado juntos, que hubiesen hablado sobre lo sucedido y si estaba dispuesto a irse conociendo. En cambio, él había desaparecido en mitad de la noche, como si se tratase de un vulgar delincuente. Al menos, si se hubiese dignado en dejarle una nota, con un mensaje que dijese que más tarde la llamaría, o que se verían…, podría justificar su comportamiento. Pero ni eso. Más le valía centrarse en el trabajo y dejar las relaciones porque estaba claro que lo suyo no era encontrar a su media naranja. Decidió dirigirse al centro comercial The Thistle para tomarse un café y relajarse, pero cuando cruzaba la calle para dirigirse a este, Sergio apareció en su campo de visión. En un principio él no se fijó en ella hasta que giró la cabeza para ver si algún coche se acercaba. Pareció dudar un instante y al final decidió no cruzar y esperar a que ella lo hiciese.

«El destino parece estar dispuesto a jugar su propia partida con nosotros dos», se dijo Caitlyn al darse cuenta de que Sergio la estaba esperando en la otra acera. Disimulaba mirando a todos lados de la calle, como si no quisiera quedarse haciéndolo en ella. El hormigueo en su estómago comenzó a ser más persistente a media que ella acortaba la distancia con él.

Sergio no esperaba por nada del mundo encontrarse con Caitlyn. De acuerdo que Stirling era una ciudad pequeña y que cabría esa posibilidad, pero... No esperaba que llegase a suceder. La vio detenerse a su altura y mirarlo con cierto interés, como si deseara

saber qué hacía por allí.

—Admito que Stirling es una ciudad más bien pequeña, pero es la primera ocasión desde que estoy aquí que coincidimos en la calle —le dijo a modo de saludo, con las manos metidas en los bolsillos de su medio abrigo y una sonrisa cínica que a ella le estaba causando estragos.

—Sí, es cierto que no es una ciudad demasiado grande como para no habernos visto en la calle.

—Iba a tomarme un café —mencionó haciendo un gesto hacia el centro comercial—, si tienes tiempo para tomarte uno conmigo.

Ella pareció sopesar su invitación, ya que de no haberlo mencionado él, habría sido ella la que se lo hubiese propuesto.

—Vale, si no te vas a largar de buenas a primeras sin una explicación —frivolizó ella recordando su jugada la noche que se había quedado a dormir con ella. No podía olvidarlo, y si no lo sacaba, la acabaría matando.

A Sergio, su gesto, sus palabras y su aspecto le parecieron de lo más sensual y atractivo que recordaba de ella. Se limitó a asentir con una tímida sonrisa.

—Vale, vale, ya me he dado cuenta de que estás dolida por lo que hice. Podemos hablarlo mientras tomamos un café, ¿sí?

Caitlyn resopló y asintió. Hablaría con él, pero más le valía mantener la guardia alta en todo momento. No se fiaba de lo que le dijera. Bastante había tenido con su comportamiento. «Por suerte, él ha mostrado sus cartas justo a tiempo», se dijo tomando asiento frente a él en una mesa de una de los cafés del centro comercial. Pidieron café y ninguno habló hasta que los tuvieron delante, como si no quisieran que la camarera se enterase.

—¿Puedo saber por qué te marchaste de madrugada de mi casa? —Levantó la taza para beber con el objetivo de que se le asentase

en el estómago y desapareciese el hormigueo.

—¿No le echas azúcar al café?

—No. Me gusta el sabor tal como es.

—Me marché porque tenía cosas que hacer.

Ella abrió los ojos sin poder creer esa excusa y no pudo por menos que reírse.

—Debían de ser muy importantes para largarte de madrugada.

—No podía quedarme.

—Pues la verdad es que desconozco el motivo. Te pasaste por mi casa para comentar el resultado del partido, aceptaste a quedarte a cenar…

—Lo sé, lo sé. No hace falta que sigas, sé lo que vino tras eso. Me quedé porque me apetecía estar contigo.

—Follamos en el sofá y te quedaste a dormir. Bueno, a relajarte más bien —le dijo con ironía y un cabreo de mil demonios porque había creído que él sería distinto a Ewan. Pero se había equivocado.

—Cierto.

—Podrías haber hecho el *pack* completo quedándote a desayunar. —Apretó los labios y arqueó las cejas.

—Lo sé.

—Entonces, si lo sabías…, ¿por qué te marchaste? Me habría gustado despertar juntos, desayunar y charlar sobre lo sucedido entre nosotros. Me habría gustado conocer tu opinión al respecto, qué esperabas que sucediera. Pero tu acción me lo dejó claro.

Sergio la escuchaba sin interrumpirla porque entendía que para ella era importante.

—Lo siento, pero… me acojoné —le confesó sin más, mirándola de frente como hacía con sus jugadoras en los tiempos muertos.

Caitlyn entrecerró los ojos y sacudió la cabeza sin terminar de creerlo. Dejó la taza sobre el plato de manera lenta, como si temiera

que se le fuese a caer.

—¿Te acojonaste? ¿Tú? —le preguntó sin poder creerlo.

—Sí. Yo.

—¿Por qué? No entiendo que pudo salir mal…

—Por eso mismo, Caitlyn, porque nada de lo sucedido salió mal. Todo fue perfecto.

—Vaya… Pues… —Se sentía desconcertada con aquellas palabras. Una inesperada ola de calor la envolvió acentuándose en su rostro.

—Decidí marcharme de tu casa antes de seguir experimentando sensaciones nuevas para mí. Me gustas desde que te conocí, y admito que eres una mujer fantástica en muchos aspectos, pero…

—Pero no lo bastante como para pasar la noche conmigo. ¿Es eso lo que quieres decirme?

—No pretendía dar una imagen falsa de mí y prefería irme. ¿Me entiendes? Puedo marcharme en cualquier momento y no pensar en nada más que en mi próximo destino.

—Me estás diciendo que no tienes una pareja por tu trabajo. Y eso me lleva a pensar que ya has decidido no seguir aquí la próxima temporada. —Permaneció con la boca abierta al terminar de expresar en voz alta sus pensamientos. Sintió un escalofrío en su espalda.

—No lo tengo decidido. Ya te lo dije aquella noche.

—Yo más bien creo que sí. ¿Has recibido alguna oferta de un club más importante que el nuestro? Tu representante no se ha dirigido a nosotros para comunicarlo.

—No, no tengo nada hablado, y menos firmado, con ningún club en el continente.

—Pero lo tendrás. En cuanto sepan que no te quedarás en Stirling, te lloverán las ofertas. En el fondo creo que esa fue tu intención desde el primer momento. Por ese motivo no quisiste firmar un

segundo año. Acabas de decirme que te sentiste atraído por mí cuando nos conocimos… —Caitlyn sonrió irónica, pero dolida también por la conclusión a la que acababa de llegar—. Ya has conseguido lo que querías.

—¿A qué te refieres? Me estás volviendo loco, Caitlyn.

—Oh, sí… Te has metido en mi cama y has mantenido al equipo en la Premier clasificándolo para la fase final. Has conseguido tus dos objetivos iniciales.

—Un momento… ¿Cómo puedes pensar eso de mí? ¿Crees que no quiero renovar porque ya me he acostado contigo? ¿Que nada me importaba más que eso? —Sergio sentía que los nervios le iban pudiendo al darse cuenta de lo que ella pensaba de él—. No tiene nada que ver con…

—Déjalo —lo interrumpió levantándose de la silla para marcharse —. Me duele decir lo que voy a decirte, pero espero que nos eliminen a las primeras de cambio. De ese modo no tendrás que quedarte mucho más tiempo aquí.

—No hablas en serio, Caitlyn. No quieres que nos eliminen.

—No, no lo deseo. Pero, si ello va a significar que tú te marchas de Stirling, entonces bienvenida sea la derrota. Ya sabes… Hay derrotas con sabor a victoria. Tengo cosas que hacer. —Sonrió sarcástica mientras en su interior el dolor se abría camino hacia su pecho.

Sergio sacudió la cabeza sin comprender nada. Ella no había entendido y había sacado sus propias conclusiones precipitadas. ¡Joder, no quería hacerle daño porque la respetaba! Ni si quiera sabía dónde acabaría la temporada próxima, por ese motivo no quería adentrarse demasiado en una relación. Podría acabar enamorándose de ella, o viceversa. Por ese motivo se había marchado de su cama. No quería que ella representase un mero

revolcón, pero tenía que pensar qué iba a suceder con su vida. Quería tenerlo claro antes de decírselo. Y al mismo tiempo no quería que ninguna distracción lo afectara de cara a la fase final del campeonato.

***

—Veo a Caitlyn algo seria, bueno, entiendo que la ocasión lo merece. Que un equipo recién ascendido se plante en la fase final es sin duda algo a tener en cuenta. Y claro, por qué no soñar con el título. ¿No crees? —Marian se quedó mirando a Sergio, quien frunció los labios y encogió los hombros.

—Hoy en día no me sorprende nada en el deporte. El pez chico se come al grande, ya lo has visto unas cuantas veces.

—Luego sigues creyendo en nuestras posibilidades…

—¿Por qué debería dejar de hacerlo? Hemos terminado en segunda posición al final de la fase regular ganando a Londres y Edimburgo en nuestra pista, y salvo el descalabro que sufrimos en la capital escocesa, ningún equipo nos ha pasado por encima. Pero desde ya te digo que, si tenemos una semifinal contra ellas, las venceremos y nos plantaremos en la final. Acuérdate de lo que te estoy diciendo a día de hoy. —La apuntó con un dedo para dejarle claro su postura.

—De ti me espero cualquier cosa. ¿Y el arbitraje?

—Está claro que, si quieren jodernos, lo harán. Y que si no quieren que estemos en la final, o si tenemos opciones de ganarla… —Sergio resopló y puso cara de «ya sabes lo que puede suceder»—. Debemos evitar esas situaciones. Llegar a un final apretado puede perjudicarnos, como sucedió en Londres.

—¿Has hablado con Caitlyn sobre todo esto?

Sergio abrió la boca para responder, pero pareció pensarlo mejor y se limitó a hacer un gesto de indiferencia.

—No, no demasiado…

—¿Por qué presiento que entre vosotros ha pasado algo que os está afectando? Que ella no haya estado en los últimos entrenamientos del equipo es significativo.

—Ya te digo que tiene mucho lío.

—Sí, sí, pero tampoco ha viajado con el equipo, lo cual sí me llama la atención, y mucho.

—Supongo que vendrá con su hermano hoy mismo. No lo sé. Yo solo me preocupo de ganar el primer partido ante Sheffield. Lo que suceda en los despachos no es cosa mía —le dejó claro mirándola con los ojos abiertos como platos.

Marian asintió observándolo alejarse. Apostaba lo que fuese a que había ocurrido algo entre ellos, pero Sergio no soltaba prenda. Esperaba que no hubiese sucedido lo que ella temía. Y que no afectase al equipo en la fase final del campeonato.

***

Fergus y Caitlyn llegaron a la capital escocesa para asistir a la fase final.

—Creía que ibas a viajar con el equipo ayer, como has hecho en otras ocasiones —le comentó él mirándola.

—No, no. He preferido no hacerlo para no arrojar más presión a la plantilla.

—Bueno, creo que, de los ocho equipos de esta fase final, nosotros estamos en el grupo de los menos presionados. Para nosotros ya es todo un éxito habernos clasificado, nada menos que siendo segundos. No debemos olvidar que es nuestra primera

temporada en la Premier.

—Por supuesto que es todo un logro.

—Todo lo que el equipo consiga en estos días será un éxito.

—Sin duda.

—¿Te sucede algo, Caitlyn?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque te noto poco habladora para lo que tú eres. E incluso te noto algo alicaída. ¿Sucede algo con el equipo que desconozca?

—No, que yo sepa todo está bien.

—¿Te ha comentado Sergio o su representante algo sobre si se quedará el año que viene?

Caitlyn se tomó unos segundos para recomponer su gesto. Pensar en Sergio y en lo sucedido entre ellos no le traía buenos recuerdos.

—Pues la verdad es que no me han comentado nada. Ni uno ni otro. Piensa que tendrá ofertas para regresar al continente en cuanto termine la temporada aquí. Y no te digo si le da por hacernos campeones de liga —le aseguró moviendo las cejas. Ella esperaba que se marchase cuanto antes, así se lo había confesado la otra mañana. Solo que no quería que su equipo perdiera el título si tenía opciones. Sería bueno para ella que Sergio recibiese alguna que otra oferta de alguna liga más fuerte que la Premier. Que regresase al continente. De ese modo se olvidaría pronto de él.

—Cruzaré los dedos durante estos días.

—¿Para qué?

—Para que no reciba ninguna oferta y quiera quedarse.

Caitlyn apretó los labios y asintió. Pues ella no lo quería. No si tenía que seguir viéndolo a diario consciente de lo que sentía por él.

***

Sergio estaba nervioso, pero lo disimulaba muy bien. Impaciente por volver a ver a Caitlyn y comprobar qué talante mostraba. Suponía que al tratarse del equipo sería fría y profesional con él. Las jugadoras calentaban en la pista antes de comenzar su partido. Él permanecía con gesto relajado, con los brazos cruzados y paseando la mirada de las jugadoras del Sheffield al suyo. Estudiaba cada pareja de baile que se iba a producir en breve. Conocía a su plantilla y sabía que eran superiores a las inglesas.

—¿Nervios?

Sergio se giró para encontrarse con la expresión sonriente de Fergus y el gesto neutro de Caitlyn.

—Llevo unas cuantas fases finales a mi espalda, pero cada una es muy diferente.

—Ya has hecho un gran trabajo clasificando al equipo para estar aquí hoy jugándose el pase a la semifinal de la liga.

—Son un grupo de colegas ambiciosas que quieren más. —Señaló a las jugadoras con el mentón. Algunas hacían estiramientos, otras corrían por la banda, siempre con buen rollo. Podían ver como algunas reían, otras charlaban entre ellas señalando las zonas de la pista como si estuviesen comentando alguna jugada. Y luego las había que estaban ajenas escuchando música con sus auriculares.

—Me gusta lo que dices de ellas. ¿Cómo ves esta fase final? Y no me mientas.

La mirada de Fergus y el tono de sus palabras transmitieron confianza a Sergio.

—Es difícil, no te lo oculto. —Desvió la mirada hacia Caitlyn y por un segundo creyó percibir cierta afinidad en esta—. Pero también lo era llegar aquí, y lo hemos hecho. Lo que suceda a partir de hoy es cuestión del destino o del azar, llámalo como prefieras.

Ella acusó la mirada de él, así como sus palabras en forma de

cosquilleo en todo el cuerpo. El vacío en el estómago repentino, que ella achacó a que ya comenzaba a necesitar un café, o tal vez a los nervios previos al encuentro.

—Eso mismo dice Caitlyn.

Esta se vio obligada a sonreír.

—Es que lo es. Muy complicado ganar tres partidos seguidos, ¿verdad? —Arqueó las cejas sin dejar de mirarlo y, sin pensarlo, esbozó una tímida sonrisa que reflejaba en verdad lo que sentía por él.

—Pero tú lo has conseguido en dos ocasiones. Has ganado dos finales a cuatro en la Euroliga.

—Pero era distinto. Él entrenaba al mejor equipo de la competición —le indicó Caitlyn extendiendo el brazo hacia Sergio, con un tono algo irascible.

—Ella tiene razón. Vas más seguro cuando diriges a las mejores jugadoras de Europa. Cuando sabes que la directiva del equipo no tiene reparos en soltar el dinero que le pidas para un fichaje. Pero en esta ocasión, el resultado tiene más mérito porque somos un equipo recién ascendido. Y esto no lo consiguen todos. —Extendió el brazo hacia la pista y las gradas—. Hay que disfrutarlo por lo que pueda venir. Si nos permitís, Marian y yo tenemos que darles una breve charla antes de volver al vestuario y salir a disputar el partido.

—Por supuesto —asintió Fergus señalándole el camino.

Caitlyn inspiró y no apartó en ningún momento la mirada de los dos entrenadores mientras se dirigían a las jugadoras. Le habían parecido muy interesantes sus palabras. Sabía que iba a luchar por el título mientras tuviese la más mínima posibilidad. Daba igual lo que ella le hubiese dicho la mañana que tomaron un café. Sergio era un ganador. Estaba acostumbrado a ganar títulos sin importarle la plantilla que tuviese. Tanto si las hacía campeonas como si no,

estaba convencida de que no seguiría al frente del equipo la próxima temporada.

Capítulo dieciocho

Sergio estaba satisfecho con el juego desplegado y el resultado obtenido por el equipo. Una vez clasificadas para la semifinal, podía afirmar que no tenía ningún miedo de que pudiesen ganar. Había estudiado a Sheffield a conciencia sabiendo que no era un rival peligroso, salvo que ellas se relajasen. Y no había sido porque para evitarlo estaba él.

—Reconoce que el partido ha sido cómodo. No hemos visto peligrar el marcador en ningún momento —le recordaba Marian fuera de la zona de prensa.

—No ha sido nada sencillo. Si te lo ha parecido, es por la preparación del encuentro. Nada más. Sabes que en estas competiciones a partido único no hay favoritos.

—Pero hemos podido ganar por mucha más diferencia y has preferido pisar el freno.

—Normal. Cuando lo he visto ganado, he empezado a pensar en mañana y en el choque ante Edimburgo.

Sergio levantó la mirada del suelo para encontrarse con Caitlyn. Le parecía que ella sonreía a medida que ¿se acercaba a ellos?

—Enhorabuena por la victoria, chicos. Ya hemos visto que las

nuestras han sido muy superiores a Sheffield.

—Es la impresión que da desde fuera, como veníamos comentando Marian y yo. No creas que ha sido un paseo. Que no te engañe la diferencia en el marcador. Mañana será otra cosa ante el Caledonian, ya te aviso.

—Lo sabemos, pero por el momento déjanos soñar una noche —le dijo Fergus, que se había incorporado a la conversación.

—Estas competiciones tan cortas son las más complicadas. Si pierdes, te vuelves a casa. No hay otro partido para enmendar los errores cometidos en el primero. Hay que dar el ciento por ciento en cada uno. Y en ocasiones es complicado estarlo en los tres encuentros.

—Confío en que pasado mañana estemos en la final —anunció Fergus—. Y no lo digo solo yo, sino también directivos de otros conjuntos que están aquí. Aseguran que, si jugamos así el siguiente encuentro, no sería descabellado pensar en poder salir campeones este fin de semana.

Sergio sonrió ante la efusividad y el derroche de positivismo de Fergus. Él mismo sabía que se podía lograr si sus jugadoras se mentalizaban de que era posible, pero sin confianzas. Había que estar centradas no solo los cuarenta minutos del encuentro, sino desde el calentamiento.

—De momento disfrutad de esta victoria. Nosotros tenemos que ponernos a preparar el encuentro de mañana. Apenas si tenemos tiempo —dijo mirando a Marian por un breve momento antes de volverse a fijar en Caitlyn. Lo sentía por ella, pero no iba a permitir que lo eliminasen. Su intención era meterse en la final. Y fuese cual fuese su resultado, él ya había tomado una decisión al respecto.

—En ese caso, no os entretenemos más tiempo —dijo Caitlyn con una media sonrisa dirigida a Marian—. Nos vemos mañana.

Se despidieron quedando en verse antes del partido. A Sergio le pareció perfecto.

—¿Por qué les has dicho semejante gilipollez? —le preguntó Marian a Sergio mirándolo atónita mientras abandonaban el recinto y se dirigían al autocar del equipo.

—¿A qué te refieres?

—A que tengamos que ir a preparar el siguiente partido, a eso. Como que no tienes estudiado ya al Caledonian —le recordó con sarcasmo—. Ha sido una pésima excusa para no quedarte con ellos; o tal vez a solas con *ella*.

—Tienes razón. No quería pasar tiempo con Caitlyn y he acudido a la excusa que me funciona siempre para estos casos. Espero que estés satisfecha. —Subió al autocar y ocupó su plaza, ajeno a donde se sentase ella. No quería hablar con Caitlyn más de lo necesario y siempre que tuviese que ver con el equipo.

—Sigo pensando que te ha sucedido algo con ella, que no quieres contarme. Y, por otra parte, presiento que sé lo que es.

—Pues si lo intuyes, no hay más que hablar.

Marian parpadeó y permaneció con la boca abierta sin poder creerlo. Pero, al ver que él no lo desmentía, sacudió la cabeza y murmuró algo que Sergio no entendió o escuchó.

—No puedo creer que hayas vuelto a hacerlo. —Lo miraba decepcionada. Aquel silencio por parte de él dejaba pocas dudas a lo que ella pensaba. Comprendió la tirantez que se había respirado en los últimos días, cada vez que coincidían.

«Ni yo tampoco, pero ella me gusta. Esa es la razón».

Sergio no quiso mirar a su amiga y ayudante, y prefirió centrar su atención en las estadísticas del encuentro. Y aunque ya las había repasado, le servirían para que Marian no se metiese con él. Al menos durante el trayecto hasta el hotel, lo dejaría tranquilo. Quería

centrarse únicamente en el próximo partido, nada más.

***

Caitlyn y su hermano se marharon también hacia el hotel en el que se alojaban los diferentes equipos. Ella permanecía algo callada camino. Se había dado cuenta de que Sergio apenas si se había dirigido a ella cuando hablaron después del encuentro. Le había parecido contento con la victoria del equipo, pero algo comedido con respecto a la semifinal del día siguiente. ¿Pensaría en las palabras que ella le había dicho? Que le gustaría que las eliminaran cuanto antes para que él se marchase de vuelta a España. No lo había dicho en serio, sino más bien llevada por la rabia de darse cuenta de que se había enamorado de él.

—¿Qué opinas de lo que ha dicho Sergio con respecto a mañana? ¿Lo ves animado? ¿Crees que pasaremos a la final, Caitlyn?

Ella permaneció callada porque seguía dándole vueltas en su cabeza a lo que había sucedido entre ellos. No había escuchado a su hermano. Pero este no le dijo nada porque creía que se estaba pensando la respuesta. Al ver que ella no decía nada, Fergus insistió.

—¿Me ha escuchado lo que te he preguntado?

—Eh, no… Disculpa, ¿qué me decías?

Fergus resopló.

—¿Qué opciones tenemos para mañana según tú? ¿Ves a Sergio confiado en lograr el pase a la final?

—Para eso lo fichamos ¿no?

Fergus no dijo nada más. Se limitó a sacudir la cabeza y dejarlo estar. Su hermana no parecía estar presente allí en ese momento. No sabía dónde estaban sus pensamientos.

—Claro. Por esto está aquí. Tienes razón.

Caitlyn se limitó a sonreír tímida. No le apetecía hablar de Sergio. Tan solo quería descansar, despejar su mente de los pensamientos que lo tenían como el centro. Esperaba no coincidir con él en el restaurante del hotel, lo cual complicaría la situación.

***

Sergio había decidido salir a cenar lejos del hotel. De ese modo se despejaría y no pensaría en que Caitlyn se alojaba allí.

—¿Vienes? Voy a buscar un lugar apartado de aquí para cenar —le comentó a Marian por si se apuntaba.

—¿Por qué no te quedas en el restaurante del hotel?

—Naaaah. Prefiero tener cierta independencia.

—Es por ella, ¿verdad?

—Te invito. ¿Qué me dices?

Marian sonrió. Conocía a Sergio desde hacía tiempo y presentía que aquella invitación suya era porque quería desahogarse contándole lo sucedido con Caitlyn. Hizo un gesto con la cabeza hacia la calle, indicándole que iría con él.

***

Caitlyn pensaba que vería a Sergio y a Marian cenando en el hotel, o tomando algo en el bar. Ese pensamiento hizo que elevase la guardia por lo que pudiese suceder. Pero, cuando vio que no había rastro de ellos dos en ningún sitio, pareció relajarse un poco. Estaba nerviosa con respecto a él. No estaba preparada para encontrárselo de frente una vez más. Tal vez debía irse haciendo a la idea de que se marcharía en cuanto la temporada terminase, de ese modo le resultarían más llevaderos sus encuentros. Había sido una ingenua al

dejarse llevar por lo bien que se sentía en su compañía. Lo que había experimentado cuando estuvieron juntos. Tenía que ir borrando todo eso.

***

—Entonces… te has acabado acostando con Caitlyn. —Marian entornó su mirada sin despegarla de Sergio, quien se la devolvía sin pestañear. Tenía los codos sobre la mesa y las manos entrelazadas apoyadas sobre sus labios.

—Sí.

—No pudiste evitarlo, ¿verdad?

—No era nada sencillo.

—¿En serio? —Marian abrió los ojos como platos y arqueó sus cejas con una mezcla de sarcasmo e incredulidad.

—Me invitó a quedarme a cenar en su apartamento. Yo estaba a gusto, lo admito. En parte quería irme porque presentía cómo íbamos a acabar.

—Pues si lo intuías…

—Es fácil para ti porque no estabas en mi situación. Pero ya te diré cuando lo estés. —La señaló con un dedo, como si la acusara de algo—. Cuando la persona con la que estés a solas en la intimidad de su apartamento te guste. No podrás salir corriendo, salvo que seas un témpano de hielo. —Elevó las manos con las palmas hacia ella dejando claro que no sabría cómo actuaría ella llegado el caso.

—De acuerdo. Fue algo inevitable pese a que me prometiste que no sucedería. ¿Es por ese motivo por el que noto cierta tirantez entre los dos?

—Supongo.

—¿Supones? —Marian se echó atrás en la silla, contemplando a su

amigo desde la distancia que esta le permitía.

—Imagino. Me marché de su casa de madrugada.

—¿No te quedaste a desayunar? Entiendo que ella esperaba algo así por tu parte, si te interesa como mujer, claro.

—No estaba seguro. Pensaba que era lo más acertado. Que ninguno queríamos un compromiso, ¿entiendes? Ni si quiera me he planteado seguir aquí la próxima temporada.

—Ella tiene sus dudas por ese motivo. Porque no te has comprometido otro año con el club. Entiende que te acabarás largando al continente sin tenerla en cuenta.

—Lo sé. Sé que tal vez no he medido las consecuencias de mis actos…

—Nunca lo haces cuando se trata de tener relaciones con una mujer. Y me sorprendería, y mucho, que fueses a hacerlo a estas alturas. Claro que después de aceptar su oferta para venirte aquí una temporada a entrenar… —Marian rodó sus ojos y sonrió con cinismo—. Ya me espero cualquier cosa de ti. La verdad.

—Asegura que mi intención era llevármela a la cama y…

—¿Y acaso ha dicho una mentira?

—No, pero…

—Gracias por darme la razón —lo interrumpió satisfecha de comprobar que sus sospechas habían sido acertadas.

—Pero cree que como ya lo he conseguido…, por eso no me quedo.

—¿Y es así?

—Pues claro que no, Marian. Ahora mismo estoy hecho un lío.

—No me extraña. Como en otras tantas ocasiones. Y mira que te lo advertí.

—Ya lo sé, pero esta vez es diferente.

Aquel comentario encendió las alarmas en la cabecita de Marian,

quien detuvo su mano con la copa para beber y la dejó sobre la mesa.

—¿Qué quieres decir?

Sergio cogió aire y luego lo soltó despacio.

—Ella me gusta, Marian. E incluso podría asegurarte que no sé si me estoy enamorando.

—Joder… Pues por la expresión que tienes, hablas en serio.

—Totalmente en serio.

—Y no sabes qué hacer. ¿Lo sabe ella?

Sergio sacudió a cabeza.

—No me ha dejado opción porque piensa… lo que te he contado hace un momento.

—Ya. Pues no sé a qué esperas para hacerlo.

—De momento estoy centrado en esta fase final. Una vez que acabe veré que hago.

—Pero ¿tú te quedarías por ella? En serio.

Sergio sonrió.

—Solo si veo interés por su parte. Pero con la idea que tiene de mí y de mi comportamiento con ella, dudo de que al final lo haga.

—Creo que es mejor que no tomes ninguna decisión hasta ver cómo termina la liga. ¿O ya las has tomado?

—No, no… Eso mismo me he dicho. De momento, quiero centrarme en el partido de mañana. Meternos en la final. Ese es mi principal objetivo ahora —recalcó señalando la mesa con un dedo para dejar constancia de sus palabras.

—Bueno, también te dijiste que no le tocarías un pelo, y mira en qué situación te encuentras.

Sergio no le rebatió el comentario, sino que se limitó a ladear la cabeza y encoger los hombros dándole a entender que no sabía qué narices hacer.

—Tienes razón, pero en ocasiones no podemos ir contra nuestro destino.

—¿No me digas? ¿En el tuyo estaba acostarte con tu actual jefa? —se burló Marian en un intento por quitarle hierro al asunto—. Has subido tu caché en cuanto a las relaciones, ¿eh?

—Ya sé por qué lo dices. En fin, ¿cómo ves el partido de mañana? En serio, dime tu opinión.

Marian frunció los labios y abrió los ojos como platos.

—Es una semifinal. Con esto te lo digo todo. No hay favorito, claro. Caledonian es un muy buen equipo, ya lo sabemos. Además, hemos perdido con ellas hace pocas semanas.

—Sí, la derrota está reciente todavía. Espero que no afecte a las chicas y que nos sobrepongamos a ello. Que el subconsciente no nos traicione. Sería una putada no pasar a la final porque creo que es este año o nunca.

—¿Por qué lo dices?

—Porque este año somos un equipo recién ascendido. Nadie nos conoce. Bueno después de toda una fase regular, ya sí. Pero el año que viene los rivales ya estarán al tanto de nosotros. Será más complicado llegar aquí.

—Hablas del factor sorpresa de este año.

—Exacto.

—Das a entender que piensas seguir en Stirling…

Sergio ahogó la risa y bajó la mirada al ver la expresión de ella.

—No estoy seguro. Pero eso no quiere decir que tú tengas que seguirme. Puedes quedarte si te ofrecen seguir. Ya te he dicho que tu momento ha de llegar y… ¿quién sabe? A lo mejor está más cerca de lo que piensas.

Marian se mordió el labio y asintió.

—Sabes cómo tentarme.

—En serio, piénsalo. Y ahora será mejor que nos volvamos al hotel a dormir. Mañana nos espera un día lleno de emociones. Créeme.

Sergio no estaba seguro de lo que sucedería en la semifinal del día siguiente. Por un lado, quería ganarla. Meter al equipo en la final y pelear por el título, lo que le daría prestigio al club y a él mismo. En cambio, si pensaba en las palabras de Caitlyn aquella mañana tomando café, la otra parte desearía que la temporada terminase al día siguiente y así poder regresar a su casa en Madrid. Tomarse vacaciones antes de decidir qué hacer la próxima temporada, e intentar olvidarse de ella.

Capítulo diecinueve

El ambiente en el pabellón era bastante animado a pocos minutos de que diera comienzo la segunda semifinal. Sergio permanecía sentado en su silla en el banquillo, observando a sus jugadoras hacer la rueda de calentamiento.

—Londres espera en la final. —Marian se ubicó a su lado captando la atención de él.

—Era lógico. Es la mejor plantilla de la competición, el hecho de querer revalidar el título las hace más peligrosas y favoritas.

—Si pasamos…

—Pasaremos. —Volvió el rostro hacia su ayudante, mirándola de manera fija—. No será tan fácil como lo ha hecho London Lions ante Leicester, eso puedo asegurártelo desde ya. Y lo sabes tan bien como yo. Y ahora, al lío. —Se levantó cuando escuchó el pitido de los árbitros para que las jugadoras dejaran de calentar y regresaran a los banquillos a recibir las últimas órdenes—. No voy a añadir nada a lo hablado antes en el vestuario. Sabemos quiénes somos, dónde estamos y lo que nos jugamos. La temporada que hemos hecho está bien, pero se puede mejorar, y lo vamos a hacer. De manera que salid a por ellas. ¡Vamos!

Las jugadoras lanzaron su grito de guerra y saltaron a la pista para comenzar el partido. Sergio dirigió una mirada rápida hacia el palco y vio a Caitlyn al lado de su hermano.

Se sentó para observar con atención los primeros compases del partido. Se notaban los nervios en los dos equipos, pero también el respeto al rival. Las jugadas eran trabadas y costaba anotar las primeras canastas. Él no le dio importancia porque el partido se desarrollaba como había esperado. No había nada por lo que preocuparse.

Caitlyn estaba algo nerviosa por el juego que estaban haciendo. Las jugadoras estaban fallonas en los pases o en el tiro.

—Están algo nerviosas —le comentó su hermano—. No es nada fácil plantarse en la semifinal de la liga siendo un equipo recién ascendido.

—Sí, la presión parece que las puede.

—Tienen que relajarse un poco y las canastas empezarán a caer de nuestro lado sin problemas.

Caitlyn no entendía que era lo que estaba sucediendo. Poco a poco el equipo de la capital escocesa se estaba afianzando en el marcador y comenzaba a abrir una pequeña brecha. Le sorprendía que Sergio no hubiese pedido un tiempo muerto todavía. ¿Se habría tomado en serio lo que le había dicho? ¿No pretendería quedar eliminado y de ese modo marcharse? Aquella cuestión le provocó un escalofrío en la espalda y se sintió mal porque él hubiese seguido su deseo. Solo que no le cuadraba porque él era un ganador. No le gustaba perder por nada del mundo.

Sergio veía el desarrollo del segundo cuarto desde la banda, dando órdenes a sus jugadoras para corregir ciertas posiciones, jugadas en defensa… Estaban cinco puntos abajo. No eran muchos, ni debía preocuparse porque el partido respondía al patrón que

había previsto.

Con cuatro puntos abajo, se llegó al intermedio.

—Te he visto muy tranquilo. Has pedido solo un tiempo muerto —le comentó Marian cuando los dos se dirigían al vestuario.

—No hacía falta ninguno más. Solo lo he pedido para darles un toque. Recordarles el motivo por el que estamos hoy aquí. No estoy preocupado por ahora. Hemos recompuesto nuestro juego y solo estamos cuatro puntos por debajo.

Marian lo contempló algo intrigada por su especie de dejadez ante lo que estaba sucediendo. Cierto que la ventaja de Edimburgo era poca, y que no estaban siendo muy superiores en el juego, pero había creído percibir una falta de determinación en algún que otro momento de la primera parte. No quería preguntarle qué le sucedía, y si lo que le pasaba con Caitlyn tenía algo que ver. Prefería esperar al final del encuentro. Solo había que unir esfuerzos para ganar.

Capítulo veinte

El equipo salió del vestuario con otro talante, y eso lo notó Caitlyn de inmediato. Las jugadoras estaban más atentas a los pases de las rivales, llegando a robarles varios balones que acabaron en puntos para su equipo. ¿Qué les habría dicho Sergio en el descanso? Quedaba claro por la manera de presionar, de correr, lanzar a canasta e ir al rebote que algo había sucedido.

—¿Te has dado cuenta de cómo ha cambiado el equipo? —El tono de entusiasmo de Fergus no la dejó indiferente.

—No me cabe la menor duda de que Sergio les ha dicho algo que ha sido todo un revulsivo para las jugadoras.

—Creo que ahora sí podemos dar la sorpresa y colarnos en la final —le aseguró convencido de que era posible hacerlo.

—Prefiero esperar a que termine el encuentro y ver el marcador. No lances las campanas al vuelo.

Fergus frunció el ceño y sacudió la cabeza sin comprender la falta de entusiasmo en ella. ¿Qué le había sucedido para que se mostrase tan negativa? A él le gustaría saberlo porque no era la misma persona que al comienzo de la temporada. Decidió centrarse en el partido que en ese momento iba empatado.

Sergio permanecía atento a los dos tiros libres de su jugadora Shantal. Significaban ponerse de nuevo por delante en el marcador, a falta de disputar el último cuarto. Asintió satisfecho cuando anotó los dos y se dio por concluido el cuarto.

—Dos puntos arriba, no está mal para lo que nos espera —le aseguró Marian.

Sergio sacudió la cabeza con una expresión de que no le importaba.

—A ver, cambiamos la defensa individual por zona 2-3, pero a ti, Robertson, te quiero defendiendo aquí —le indicó con el rotulador sobre la pizarra—. Muy atenta a los rebotes y a las posibles entradas de sus jugadoras. Estamos por delante en el marcador en el último cuarto. Era lo que queríamos. De manera que no vamos a fallar. En ataque os quiero con tranquilidad, moviendo el balón de lado a lado para abrir su defensa. Dentro, fuera y viceversa hasta tener un tiro cómodo. Si tenemos cabeza, nos llevamos el partido. ¡Venga, al lío, chicas!

Dejó la pizarra en su silla y se quedó de pie. No quería reconocerlo, pero los nervios lo podían. Estaba a diez minutos de poder disputar la final de la Premier con un equipo recién ascendido.

—La jugadora siete de ellas tiene cuatro faltas. Sería conveniente quitárnosla de en medio, ya que nos está haciendo daño desde el exterior —le comentó Marian después de ver las estadísticas de los tres primeros cuartos.

—Bien, qué haría yo sin ti… —le hizo un guiño que provocó la sonrisa en Marian—. Pues vamos a ver si podemos echarla del partido. Maric —le hizo un gesto a la croata mientras el partido estaba detenido por una falta que el árbitro estaba marcando a la mesa—. La siete tiene cuatro faltas, trata de forzarle la quinta.

—Iré a por ella.

Sergio cruzó los brazos y siguió pendiente el partido.

Caitlyn se mordisqueaba la uña del pulgar. El partido podría caer del lado de cualquiera de los equipos. No había esperado estar en esa situación cuando comenzó la temporada, pero una buena dirección de los dos entrenadores y el acierto en los fichajes habían convertido al equipo en un claro aspirante al título. O eso había escuchado decir a algunos periodistas y entendidos del baloncesto. Se fijó de manera detenida en Sergio. De pie en la banda, caminaba por esta con los brazos cruzados y sin perder detalle del partido. Lo percibía sereno, sin hacer gestos ni hablar con los árbitros. Le parecía que lo tenía todo controlado. Algo que a ella no le sucedía. Lo observó girarse hacia Marian con una sonrisa cínica y la señaló con un dedo. Acababan de pitarle la quinta falta a la jugadora número siete. Sin duda que eso allanaría bastante el final del partido. El técnico rival había solicitado un tiempo muerto para recomponer el equipo con aquella eliminación.

—Si logramos llegar a los tres últimos minutos con ventaja, aunque sea poca, el partido es nuestro, chicas —les decía Sergio mirándolas a todas por igual—. Solo nos falta desquiciarlas. Vamos a jugar con cabeza. Ellas van por debajo en el marcador, de manera que tienen que arriesgar en defensa para robar un balón o forzar nuestros errores. Jugamos «pulgar arriba» al sacar de banda. Cuidado con los bloqueos —les dijo a las dos pívots—. Nos pueden pitar una falta en ataque para compensar la quinta falta de su jugadora siete, Charlene. ¡Venga, al lío!

—¿Crees que van a compensar esa quinta falta? —le preguntó Marian con cierto recelo.

—¿Tú no? —Sergio le devolvió la mirada con una sonrisa cínica.

Se llegó a los últimos minutos como Sergio les había dicho que quería: con una ventaja de cuatro puntos tan solo, pero suficiente

para ganar si jugaban bien sus cartas. A falta de un minuto, ganaban de tres puntos y tenían posesión para ampliarla la ventaja todavía más. Y lo harían porque los árbitros les habían pitado falta a favor.

—Dos tiros más para Patricia —le comentó a Marian.

—Si los mete, nos clasificamos.

Caitlyn no podía más con las pulsaciones. Creía que le acabaría por dar un infarto si el partido no terminaba ya. Estaban a un paso de jugar la final de la liga. En un gesto que ni ella logró entender, cerró los ojos como si en verdad no quisiese ver el desenlace, y tan solo cuando escuchó la sirena en el pabellón, que daba por finalizado el partido, los abrió. No le hizo falta fijarse en el marcador porque su hermano la estaba abrazando y dándole besos en la mejilla con efusividad.

—Estamos en la final, Caitlyn. ¡En la final…! ¿Puedes creerlo?

Ella estaba tan atacada por los nervios que no se veía capaz de decirle nada a su hermano. Tras unos segundos, pareció ir volviendo en sí. Se llevó las manos a la boca y ahogó los jadeos que le provocaban las carcajadas de felicidad por lo que el equipo había logrado.

Sobre la pista, las jugadoras se abrazaban formando una piña mientras Sergio recibía las felicitaciones del técnico rival y de sus ayudantes. Sí. Lo había hecho. Había metido a su equipo en la final. Lucharía por otro título en su carrera. Se unió a sus jugadoras, que le indicaban que acudiese allí con ellas.

—Uno más. Solo un más. Un solo partido más y seréis campeonas. De manera que está en vuestras manos. ¡Uno, dos, tres, Maidens!

Aplaudieron a los aficionados que se habían desplazado desde Stirling y luego volvieron a felicitarse entre ellas por el logro obtenido.

—Aunque no lo hubiese visto, me lo creería si me dijeran que has clasificado a un recién ascendido para ser campeón de liga —le aseguró Marian.

—Tienes demasiada confianza en mí.

—Como para no tenerla después de lo que te he visto lograr durante los años que llevo siendo tu ayudante.

—En fin, esto no ha terminado. Hoy es un día feliz, y muy bonito, pero queda lo mejor para mañana. De manera que seamos prudentes.

—Mira quién habló…

Vio a Fergus y a su hermana bajar a la pista para saludarlos. La expresión de satisfacción del primero contrastaba en cierto modo con la de su hermana. Caitlyn le pareció más comedida. No le perdió la mirada para comprobar su reacción y vio que sus labios se curvaban de manera lenta dibujando una sonrisa que a él le resultó más gratificante que la victoria que acababa de lograr.

—Me quitaría el sombrero si llevara uno, la verdad —dijo Fergus a modo de introducción—. Debo admitir que el segundo tiempo ha sido una magistral lección de cómo ir conteniendo al rival con diferencia escasa.

—Las chicas han aprendido a ganar sufriendo —le dijo Sergio.

—¿Y mañana?

—Lo de mañana es otra guerra. O, mejor dicho, la batalla final.

—¿Podremos ganarla? ¿Ves opciones? —Tanto la mirada como el tono que empleó Fergus buscaban una respuesta afirmativa por parte de él, de Sergio.

—No voy a engañaros. Es una final ante el actual campeón. ¿Se puede ganar? Sí. Pero tendremos que hacer las cosas muy bien para tener opciones. Es lo más que puedo deciros.

—Ya es bastante. Te lo agradecemos.

—Vale. Tenemos que marcharnos al hotel pronto, ya que quiero visionar los dos partidos que Londres ha jugado en esta fase final.

—Si ello va a suponer que podamos ganar mañana, no seré yo quien te entretenga —le aseguró Fergus—. Hablamos.

—Claro, cuando quieras.

Miró a Caitlyn una vez más a ver si tenía algo que decirle. La vio acercarse un poco más, llenando su campo de visión por completo. ¡Joder, qué atractiva la encontraba! Con gusto la invitaría a irse con él hasta el hotel, a su habitación, y luego ya vería cómo se desenvolvía con ella allí.

—Admito que ver tus partidos se está convirtiendo en algo estresante. Lograrás que acabe con mis uñas. —Le mostró los diez dedos para que fuese testigo de su afirmación—. Pero, si al final el equipo logra la victoria, tal vez me las deje cortas.

Sergio sonrió divertido por el comentario.

—La verdad es que esto es una fase final. Y todos sabemos que el que pierde hace las maletas y se va de vacaciones hasta la próxima temporada. Por ese motivo los partidos son así. Es como sucedía en la antigua Roma, los combates en el Coliseo. Solo uno ganaba.

—Esperaré a ver qué sucede mañana. Por cierto, he visto a tu amigo.

—Sí, Joaquín ha venido a ver el partido. He quedado con él.

Caitlyn asintió sin decir nada al respecto. Si pensaba aceptar el segundo año, su representante se lo haría saber. Era seguro que estaba allí por ese motivo. Para saber qué iba a hacer, pero ella no se lo diría.

—Mañana nos vemos, y hablamos.

—Por supuesto.

La observó alejándose mientras él permanecía en el sitio sin mover un solo músculo bajo la atenta mirada de Marian,

—¿Qué piensas hacer al respecto? —Le hizo un gesto con el mentón en la dirección en la que ella había desaparecido—. Supongo que Joaquín ha venido para hablar del contrato que tienes con ellos, dado que mañana se acaba aquí la temporada.

Sergio levantó la mirada y resopló. Se pasó una mano por el rostro sin querer pensar en ello en ese momento.

—Vente a cenar con nosotros. También te interesa estar presente. Es tu representante también. Tendrá cosas que contarte, y tú a él.

—Ya sé que suena algo repetitivo, y que parezco una pesada, pero…

—Primero veamos a nuestro amigo a ver qué noticias tiene.

—Ahhhh, tú quieres saber si tienes alguna oferta que supere la de Stirling por un segundo año. ¿Pretendes huir de ella?

Sergio se quedó perplejo al escuchar aquella pregunta.

—¿Huir? Esto no tiene nada que ver con Caitlyn, sino más bien con lo que me apetece hacer la próxima temporada. Ella no influirá en mi decisión final, tenlo presente. Y me sorprende que, después de los años que llevamos entrenando juntos, hayas llegado a esa conclusión. —Sacudió la cabeza y se volvió dándole la espalda, mientras Marian lo observaba alejarse y no terminaba de tragarse la respuesta que acababa de darle.

El restaurante del hotel era bastante moderno, con una decoración minimalista que parecía sacada de Ikea. A Sergio, las lámparas que colgaban del techo le parecían hechas de papel, la verdad, por mucho diseño que fuesen. Los habían sentado en una mesa en el centro y desde donde podían observar a todo el que llegaba o se iba, o el movimiento de los camareros.

—Buenas la habéis liado, chicos —comenzó diciendo Joaquín,

cogiendo su copa de vino para beber—. No es nada sencillo meter a un recién ascendido en toda una final de la liga, aunque sea una competición sin mucho tirón como la Premier. Que sepas que vuestro trabajo no ha pasado desapercibido en el continente.

Sergio miró a Marian y frunció los labios en una especie de «te lo dije».

—Me alegra saberlo. Bueno, imagino que a mi colega también, ¿no?

—Por supuesto que me siento feliz de saber que mi trabajo llama la atención en el continente —asintió Marian.

—No quiero extenderme demasiado, así que seré directo con vosotros, ¿habéis pensado qué vais a hacer con respecto a la próxima temporada? Te recuerdo —señaló a Sergio como advirtiéndole— que estaban dispuestos a pagarte la otra mita de tu ficha si te quedabas otro año. Es decir, tu sueldo completo dividido en dos temporadas.

—Lo sé.

—¿Y? —Joaquín arqueó las cejas con expectación.

—Todavía no he decidido qué voy a hacer. He estado centrado en la competición para llevar al equipo lo más lejos posible.

—Sin duda que lo has logrado metiéndolo en la final. Sabes que hagas lo que hagas mañana, tanto Fergus como Caitlyn, querrán que te quedes.

—Soy consciente de ello.

—Bien, porque quiero saber a qué atenerme cuando me pregunten si has decidido algo.

—Lo sé. Y entiendo que quieran que me quede.

—¿Soy yo o no te veo demasiado convencido para quedarte otro año? —Vio a su amigo sonreír y fruncir lo labios. Luego pasó la mirada a Marian por si tenía algo que decir. Pero esta se limitó a

encogerse de hombros, como si no supiese nada—. Bueno, como te veo indeciso, a ver si lo que voy a contaros te hace tomar una decisión hacia un lado o al otro. Tienes una oferta nada desdeñable de Grecia.

Sergio frunció el ceño.

—¿Grecia?

—Sí, más en concreto, del Olimpiacos.

—Ah, sí. Han disputado la Euroliga este año. Pero no se han clasificado para los *play-off*. —Joaquín sonrió al escucharlo, lo cual llamó la atención de Marian y del propio Sergio—. ¿Por qué te ríes? Es la verdad.

—Porque no te estoy hablando de la sección femenina…

Sergio abrió los ojos al máximo e intentó articular algunas palabras, pero sin duda que la información de Joaquín lo había dejado casi mudo.

—Ehhhh, ¿hablas del Olimpiacos que todos conocemos? Campeón en tres ocasiones de la Euroliga, ¿verdad?

—Ese mismo. Me han preguntado si quedabas libre para la próxima temporada. Les he dicho que te lo consultaría a ver qué te parecía. Ofrecen medio millón por temporada, algo impensable si te quedas aquí. De manera que ya tienes para pensártelo bien. Por cierto, firmarías por dos temporadas con opción a una tercera.

Sergio inspiró hondo porque sin duda que la noticia acababa de dejarlo sin respiración.

—Es un reto importante ir al segundo equipo de Atenas, ya que considero al Panathinaikos como el primero. El actual campeón de Europa.

—Es lo que buscabas, ¿no? Sin duda es más reto que seguir en la Premier. Pero tú decides. Por supuesto, tú irías con él. —Señaló a Marian—. Salvo que prefieras dar el salto de una vez y quedarte

como primera entrenadora… Vosotros mismos, chicos.

Ambos se contemplaron en silencio porque parecía que ninguno sabía qué decir. Sergio sacudió la cabeza sin querer pensar en ello por el momento. Su mente estaba en la final del día siguiente.

—Necesito tiempo para evaluarlo. Primero quiero terminar la temporada aquí y ver qué tal acabamos. Regresaré a Madrid y me tomaré unos días. ¿Cuánto tiempo tengo para dar una respuesta a los griegos?

—Una semana a lo sumo.

—Suficiente para aclararme. No quiero precipitarme a la hora de elegir la oferta que más me conviene.

—Estás en tu derecho. Dejemos que acabe la liga aquí y después volvemos a hablar del tema.

—Sí, cuenta con ello. —Sergio no tenía ni idea de lo que iba a hacer. La oferta de Grecia era muy tentadora y llamativa. De aceptar, su currículo subiría enteros, pero también era consciente de la presión que iba a tener si entrenaba a Olimpiacos. Lo cierto era que tenía poco que pensar si las cosas entre Caitlyn y él mejoraban. No quería salir corriendo a la otra punta del continente y escapar de sus sentimientos hacia ella. Estaba muy equivocada con respecto a lo que pensaba de él. No había aceptado la oferta de entrenar allí porque ella le pareciese atractiva y desease tener una aventura con ella, que pensaba que, una vez que él se había metido en su cama, el baloncesto había pasado a segundo plano. Estaba considerando en serio quedarse allí al frente del equipo una segunda temporada. Pero primero tendría que hablarlo con ella. Aclararle cuáles eran sus intenciones, y de paso, ella también tendría que tenerlo claro. Pero eso sería después de la final del día siguiente.

Capítulo veintiuno

Sergio bajó a desayunar temprano porque apenas si había podido descansar la pasada noche después de la reunión con Joaquín. Este había soltado la bomba dejándolo tocado. Después de despedirse de él, estuvo charlando con Marian para conocer su opinión al respecto. Ella podría quedarse en Stirling como primera entrenadora, dirigiendo al equipo, si así lo deseaba. Tenía capacidades de sobra para hacerlo. No tendría que irse a Atenas con él, si no le atraía la idea; claro que esta era de lo más atractiva. Ella le había preguntado por Caitlyn, si su situación con ella, algo fría y tirante, influiría en su decisión. Y él le había asegurado que lo que decidiese al final sería en función de su situación profesional, y no emocional. Se sentó en una mesa algo apartada, buscando cierta intimidad, pero al levantar la vista de su plato, se dio cuenta de que Caitlyn lo había visto al entrar en el comedor. Se saludaron de manera tímida con un ligero movimiento de sus cabezas. Él no sabía si ella se acercaría a su mesa para desayunar juntos. Le hizo una señal con la mano para que lo acompañase, si quería. Le sabría mal no comentarle nada. Daría la impresión de que no quería ningún trato con ella; y no era así.

Caitlyn no se lo pensó dos veces y aceptó su invitación para desayunar. Aquella situación la estaba consumiendo por dentro. Ya no eran dos críos sin saber qué hacer ante su primer amor, por hacer una comparativa. Tal vez, después de todo, se había equivocado con él al echarle en cara lo que pensaba que había hecho con ella: llevarla a la cama y largarse después. Le sostuvo la mirada mientras se acercaba a la mesa.

—Buenos días —lo saludó dejando su plato de comida sobre la mesa—. Voy por un café.

Sergio asintió sin decir nada. Se quedó observándola colocarse el pelo detrás de la oreja con una expresión algo tímida. Apretaba los labios hasta hacerlos desaparecer. La siguió con la mirada hasta que regresó a la mesa y se sentó.

—Has madrugado. No será porque estés impaciente, ya que tú estás acostumbrado a disputar finales.

—Deja que te confiese, ahora que estamos solos, que hoy todo eso no vale de nada. Puedo haber estado en unas cuántas y haberlas ganado, pero todas son diferentes, especiales y muy duras.

Ella arqueó las cejas y frunció los labios.

—Te entiendo.

—¿Y tú? ¿Nerviosa? ¿Qué tal tu corazón? —le preguntó con una sonrisa mientras lo señalaba.

—Bien, ¿por qué me lo preguntas? —Sintió una ligera subida de temperatura cuando se fijó en su manera de mirarla, de sonreírle e incluso de señalarle el pecho.

—Porque te aviso que será un partido duro y de emociones fuertes. Espero que no te hagamos pasarlo mal. Eso decías ayer después del partido.

Se le hacía complicado tenerla allí sentada a su lado y pensar en la oferta para irse a Atenas. Creía que estaría cometiendo un terrible

error si la aceptaba. La vio relajarse y reírse al recordarle la situación de la pasada tarde. E incluso dejó que su mano se apoyase sobre su antebrazo con total confianza, la que tenían las personas que se atraían de manera mutua. Las que se miraban en silencio sabiendo que no necesitaban las palabras para expresar sus emociones.

Caitlyn siguió sonriendo, consciente de lo bien que le sentaba la compañía de él. Se sintió algo atrevida cuando se acercó a él un poco más, aprovechando que lo tenía sujeto por el antebrazo. Aspiró el olor de café que desprendía, no se había afeitado y su imagen desaliñada le provocaba un cosquilleo en el estómago.

—No me importará lo más mínimo si nos haces campeones —le confesó sosteniéndole la mirada en todo momento, como si pretendiese fundirse en la de él. Parecía estar esperando que él dijese o hiciese algo al respecto.

Sergio bajó la mirada por un instante para poder recomponerse y desechar la idea de apoderarse de sus labios de una manera lenta y saborearlos como si estos se tratasen de un manjar exquisito. La vio humedecérselos con la punta de la lengua, obligándolo a echarse atrás para poner distancia entre la tentación y él.

—Por eso vine a Stirling. Porque representaba todo un reto para mí.

—Pues deja que te diga que estás a punto de lograrlo —le dijo provocándole una sonrisa que le generó un escalofrío.

—Si Londres nos deja. No será nada sencillo, ya lo sabes. —Cogió la taza y se centró en tomarse el café.

—Debo admitir que la temporada está siendo mejor de lo esperado en un principio. No te creíamos cuando aseguraste que podrías meter al equipo entre los ocho mejores de la liga.

—Por eso mismo me gusta demostrarlo con hechos. Como mínimo, el equipo será subcampeón de liga. Pero, llegados a este

punto, queremos más. Las jugadoras saben que esta oportunidad tal vez no vuelva a repetirse el año que viene.

—Bueno, nos gustaría seguir contando con parte de la plantilla que tenemos, es la clave para poder lograr más éxitos. Mantener un bloque sólido con algunos retoques en las posiciones claves, como hicisteis Marian y tú.

—Sí, es la manera de conseguir algún título. Con una base sólida de jugadoras sobre las que construir el proyecto.

—Y también un entrenador —le confesó con la mirada entornada hacia él—. Es esencial disponer del mejor director para dirigir la orquesta. De lo contrario, los instrumentos pueden desafinar.

La entendió perfectamente. Se estaba adentrando en el tema de su renovación. La temporada estaba a tan solo cuarenta minutos de finalizar y él no se había pronunciado sobre su futuro. Era lo que ella quería saber.

—Será mejor centrarse en terminar esta temporada de la mejor manera posible. Ya habrá tiempo para planificar la próxima.

A Caitlyn, aquellas palabras no parecieron tranquilizarla, ya que él no dejaba claro si seguiría la próxima temporada, algo que era importante para el club.

—¿Significa que tú serás el encargado de hacerlo?

La pregunta lo obligó a detener la taza a medio camino de sus labios y desviar la atención para centrarse en la expresión de ella. Sergio percibía cierto anhelo por su parte para que continuase, pero él de momento no quería pronunciarse.

—Antes de tomar una decisión, quiero terminar la temporada en la que estamos, ya te lo he dicho. No soy partidario de mezclar el presente y el futuro. Es lo mejor para todos.

Decidió no contarle nada acerca de la oferta del Olimpiacos para marcharse a Atenas la próxima temporada.

Y ella no dijo más. Apretó los labios y se limitó a asentir. Tal vez se había dejado llevar por sus ganas de que él permaneciese en el club, cuando creyó que seguiría al escucharlo antes.

***

—Sabéis que espero lo mejor de cada una de vosotras —les decía a sus jugadoras mirándolas a la cara para comprobar su grado de concentración—. La presión la tienen ellas que son favoritas y buscan renovar su título de campeón de liga. Son muy buenas, no vamos a negarlo. Pero ha llegado nuestro momento. Nadie daba un duro por nosotras al comienzo de la temporada. Y aquí estamos para ganar el título y alcanzar la gloria. De manera que salid a la pista a por esta, ¿de acuerdo? ¡Pues, venga al lío, chicas!

El grupo juntó sus manos en el centro y dieron sus gritos de guerra antes de afrontar la gran final. Marian observaba a Sergio en todo momento. Tranquilo, frío como un témpano de hielo. No le había contado que había estado hablando con Caitlyn durante el desayuno, ni ella iba a preguntárselo en ese instante en el que la final estaba a punto de comenzar.

Caitlyn y Fergus se habían acomodado en el palco dispuestos a disfrutar del encuentro, pero también a sufrir porque se trataba de la final, y no iba a ser nada sencillo ganarla. Ella no quería pensar en la decisión que Sergio tomaría cuando terminase el partido. Tal vez no tuviese nada decidido, o a lo mejor sí, pero no quería hacerla partícipe. Tal vez para no restarle la emoción a la final o para no inquietarla en un día y un momento como el que iba a vivir. Sacudió la cabeza y se centró en el encuentro.

El partido no comenzó bien para los intereses de Stirling, que en seguida se vio abajo en el marcador. Londres parecía haber salido

dispuesto a resolver la final en el primer cuarto. Era como un boxeador que salta al ring dispuesto a tumbarte en el primer asalto e intentar cerrar el combate. Pero Sergio estaba dispuesto a dar guerra, y todas lo sabían.

—¿No vas a pedir tiempo? —la pregunta de Marian estaba cargada de sorpresa, pero también de urgencia—. Hay que detener la sangría que nos están haciendo.

Pero él pareció no escucharla. Seguía centrado en el juego, con los brazos cruzados y una mirada pensativa. No le gustaba nada lo que estaba viendo, pero quería saber hasta dónde podrían aguantar sus jugadoras sin que él las llamara al orden para retocar algunos detalles. No se estaba cerrando el rebote en defensa, lo que estaba concediendo segundos y hasta terceros tiros a Londres. Aguantaría a terminar el cuarto para tomar decisiones.

Cuando el momento llegó, Sergio levantó la mirada hacia el marcador y asintió regresando al banquillo. Las jugadoras ya estaban sentadas esperándolo. Las caras nada tenían que ver con las que había contemplado al comienzo. «¿Les puede la presión de jugar una final?», se preguntó poniendo una rodilla sobre el parqué y el antebrazo sobre esta.

—Bien. Tenemos el partido donde quería. Y sé que estáis pensando que estoy loco por deciros algo así, pero nada más lejos de la realidad. Estamos diez puntos abajo, pero queda mucho partido. De manera que vamos a empezar a ponernos las pilas. Defensa, cuatro en caja, y Maric, detrás de Samuelson en todo momento. Como si te debiera dinero, cómele la oreja en todo momento. No la dejes respirar. Presionamos su saque de banda o bajo aro. En ataque, sacamos el balón sin botar. Solo pases, como hemos hecho en los entrenamientos. Lena, sales por Patricia. Y tú, Crissie, por Robertson. ¡Venga, al lío! Tenemos diez minutos para

reducir la diferencia al mínimo o incluso empatar —les aseguró levantándose para escuchar a Marian.

—¿No crees que has esperado demasiado para hacer cambios?

—Quería probar dos cosas.

—¿En una final? ¿Y qué conclusiones has sacado? —le preguntó fuera de sí porque no se creía lo que acababa de escuchar.

—Quería saber si estamos dispuestos a sufrir hasta el final. Si somos capaces de sobreponernos sin ningún cambio. Y, por otro lado, pretendía que Londres se confiara un poco —le dijo con un guiño.

—No creo que lo hagan. Son el campeón, cuentan con jugadoras internacionales, con partidos de sobra en sus piernas, Sergio…

—Te sonará prepotente, pero tú y yo ya hemos jugado unas cuántas fínales como esta. Y tenemos un par de títulos de la Euroliga, por no mencionar los demás. Eso te da una idea de lo que estoy haciendo. —Sonrió con autosuficiencia y se centró en el partido—. Confía en mí.

Marian sonrió de igual manera y sacudió la cabeza. Tenía razón, a experiencia y finales pocos le ganaban. Y también a cometer locuras.

Caitlyn no lo veía claro. Parecía que la presión podía a sus jugadoras. Las notaba imprecisas tanto en los pases como en los lanzamientos a canasta. Confiaba en que Sergio le diera la vuelta a la situación, o la final estaría terminada antes del descanso.

—Confiemos en que esto empiece a cambiar —murmuró ajena a que Fergus la escuchaba.

—Sergio ya nos dijo que iba a ser muy difícil levantar el título. Confiemos en su experiencia. Verás como todo empieza a cambiar.

Caitlyn resopló y movió las cejas en un claro gesto de que no estaba muy convencida, pero tendría esperanza de que todo cambiase antes del descanso. Y así sucedió, ya que bastaron tres

minutos para que el partido comenzase a equilibrarse con el cambio de juego de las jugadoras de Stirling. Caitlyn volvía a preguntarse qué diablos les había dicho Sergio para ser testigo de ese cambio en el equipo.

El entrenador permanecía concentrado, de pie en la banda, dando las indicaciones oportunas a las jugadoras. Comenzaba a estar satisfecho porque los cambios introducidos habían dado sus frutos. La diferencia de Londres se había visto reducida a dos puntos a falta de un minuto para el descanso. Estaban a tiempo de irse al vestuario incluso ganando, se dijo.

Marian no sabía qué decir ni que pensar, pero él lo había vuelto a hacer. Su estrategia estaba dando resultado, y el marcador llegaba al descanso en igualdad. Habían recortado la diferencia de Londres hasta empatar a treinta y cinco puntos. Debía quitarse el sombrero una vez más ante él. Lo veía dirigirse al vestuario sin abrir la boca ni mirar a ninguna parte. Concentrado. Serio. Maquinado la manera de ganar la final. ¿Y después? ¿Seguiría en Stirling o se marcharía a Atenas? Porque estaba claro que tendría que decidirlo lo antes posible.

Sergio entró en el vestuario y aguardó a que las jugadoras fueran haciéndolo. Permanecía de pie en el centro controlando a que llegasen todas y tomaran asiento.

—Recuperad el aliento. Os va a hacer falta para la segunda parte. A ver, no hemos hecho nada porque todavía no hemos ganado el partido, de manera que hay que seguir afilando los cuchillos para la batalla que nos aguarda. Las hemos sorprendido en el segundo cuarto. No se lo esperaban y ahora están alerta. Hay que seguir jugando con intensidad, pero también hay que ser inteligentes. He visto a algunas de vosotras reclamando faltas y fueras de banda a los árbitros. Os pido que os olvidéis de ellos. Estos pueden

favorecernos o complicarnos el encuentro. Pero lo que no podemos hacer nunca es perder los nervios e irnos del partido porque no nos guste una decisión suya. Dejádmelos a mí.

—Ya, pero hay momentos en los que defiende fuerte. Al límite de la personal —comentó Robertson.

—Cargan mucho el rebote. Van con fuerza —dijo Maric—. En algún rebote me han sacudido con el codo.

—Por eso quiero que mantengamos las defensas zonales. Vamos a ir intercambiándolas cada poco tiempo para terminar de descentrarlas. Yo os lo iré indicando con números, como hacemos en los entrenamientos. De manera que salid ahí a convertiros en campeonas, venga. —Le hizo un gesto a Marian para que esperase a que se marcharan.

—Podemos ganar el título —le aseguró ella.

—Lo sé. Pero quiero que se lo crean, que pueden ganar la final y levantar el título. Todavía queda batalla. Vamos.

Joaquín merodeaba por el palco y sus aledaños charlando con la gente, hasta que Caitlyn le hizo un gesto captando su atención.

—Vaya final, ¿eh? Espero que estés disfrutando —le dijo él al saludarla.

—Sin duda. Con Sergio, todo es impredecible. Es una especie de montaña rusa, como puedes ver.

—Es lo que tiene ser uno de los mejores entrenadores del continente.

—Por cierto, tenemos que hablar acerca de su renovación. ¿No te ha comentado nada? Es que parece reacio a hablar del tema, y a nosotros nos gustaría tenerlo hecho antes de que se marche de vacaciones a España.

Joaquín frunció los labios y sacudió la cabeza.

—He estado hablando con él en estos días, pero no me ha dicho

nada. Asegura que no tomará ninguna decisión hasta que no termine el campeonato. Pero veo que queréis que siga…

—Sí. Recuerda que le ofrecimos una segunda temporada pagándole la mita de su nómina cada uno de los dos años.

—Exacto. Está algo reacio a hablar de su futuro.

—¿Acaso no quiere quedarse aquí? —Caitlyn entornó la mirada hacia él empleando un tono dubitativo.

Joaquín inspiró hondo y apretó los labios.

—No lo sé. Ya te digo que no me ha comentado nada acerca de seguir aquí. Tal vez se está pensando la oferta del Olimpiacos, que le he hecho llegar en estos días.

Aquella información la dejó helada por un instante. Un sudor frío le recorrió la espalda y tardó unos segundos en recomponerse.

—Vaya… Desconocía que tuviera una oferta para marcharse a Grecia.

—No ha respondido nada al respecto. Si me entero de algo, os lo transmitiré de inmediato para que le busquéis un sustituto, o sustituta. Tal vez Marian pueda quedarse.

Caitlyn apretó los labios y asintió.

—Claro. Sería una buena opción, después de todo. Ya conoce el club, a las jugadoras, la ciudad… No tendría problemas de adaptación.

—Es mejor que nos sentemos. La segunda parte va a comenzar —le indicó Joaquín haciendo un gesto con el mentón hacia la pista donde las jugadoras ya estaban dispuestas para reanudar el encuentro.

Pero Caitlyn parecía haber perdido el interés después de saber que Sergio tenía una oferta de Atenas para irse. Sintió un golpe en el estómago que la hizo sentarse mirando a la pista, pero sin ver nada. Su mirada permanecía perdida, al igual que sus pensamientos, en

torno a Sergio y a la decisión que tomase. ¿Tenía algo que ver lo sucedido entre ellos? ¿Por qué no se lo había comentado a ella o a su hermano, si conocía la oferta desde hacía días? No le comentaría nada a Fergus hasta hablar con Sergio.

El partido había entrenado en la fase en la que los nervios comenzaban a dominar a las propias jugadoras. Los errores en el tiro o en los pases se sucedían y apenas se lograban sumar puntos. Las defensas predominaban sobre los ataques en el comienzo del último cuarto en el que se decidiría el ganador. Los minutos pasaban y no se veía ningún ganador. De ese modo ambos equipos entraban en los últimos cinco minutos con igualdad en el marcador.

Sergio no se había sentado en todo el último cuarto. Permanecía en la banda dando órdenes a sus jugadoras sobre cómo defender y dónde. Llamando la atención con sus brazos en alto y agitando las manos. Veía posible ganar el encuentro y hacerse con el título, pero necesitaba pedir un tiempo para recordárselo a las jugadoras.

Marian lo contempló extrañada por su decisión, pero presentía que se guardaba algo bajo la manga.

—A ver, chicas, os ha llegado el momento después de meses de dura competición. Es todo o nada. La gloria o la decepción. Y yo apuesto todo por lo primero. Está en vuestras manos, y sé que no vais a dejarlo escapar. Solo os pido un poco de calma. El que acierte se lleva el título. Ellas están acojonadas, como decimos en España. Solo hay que ver las caras que tienen. No esperaban este final, de manera que aprovechémoslo. Seguimos en zona moviendo los brazos para entorpecer sus pases, pero no nos arrimamos. Ellas van a buscar el cuerpo a cuerpo para que les piten personal y tener tiros libres. ¿De acuerdo? —preguntó mirando una a una a las caras de las jugadoras, y vio que todas asentían concentradas—. ¡Al lío, venga!

—Solo espero que los árbitros no nos hagan lo de Londres —murmuró Marian acercándose a Sergio, quien la miró con una sonrisa cínica.

—No les daremos opción de que nos la jueguen. ¡Cabeza y movemos los brazos! —les indicó antes de que el balón se pusiese en juego.

Las jugadoras que permanecían en el banquillo no podían aguantarse de los nervios y chillaban, aplaudían y daban saltos animando a sus compañeras porque lo impensable podía ser una realidad.

Caitlyn entrelazaba las manos para no morderse las uñas. Estaban a punto de hacer historia. Se mordió el labio fijando su atención en la pista y dejando todos los demás temas fuera de su cabeza.

El partido se reanudó con posesión para Londres. Tenían que anotar si querían tener todavía opciones de ganar el partido. Estaban cuatro puntos por debajo en el marcador, y no anotar canasta podría significar el final. De manera que habría que defender duro sin cometer faltas, se dijo Caitlyn mordiéndose la uña del pulgar.

Sergio se movía haciendo gestos a las jugadoras mientras las inglesas atacaban la zona haciendo circular el balón por el exterior, buscando un triple que apretase el partido más. La posesión se agotaba y no lo veían claro con la defensa que Sergio había planteado, pero a falta de tres segundos, lograron anotar en un lanzamiento desesperado, que hizo que él cerrase los ojos y maldijera. Sin embargo, no podía despistarse porque todavía ganaban de un punto y tenían la última posesión. Si ellas hacían falta, apenas les quedarían segundos para un ataque. Pidió tiempo para preparar una jugada, y porque ello le permitía sacar de medio campo, alejándose de su propia canasta. No quería arriesgarse a

perder el balón y que Londres anotase cerrando la final.

—Van a hacer falta. De modo que seamos inteligentes. ¿Quién se atreve a lanzar tiros libres en este momento? —preguntó mirando a sus jugadoras buscando una o varias responsables.

—Puedo hacerlo. No tengo presión —aseguró la serbia Maric.

—Yo también me ofrezco a recibir el balón —dijo Patricia.

—Bien, atentas a la jugada. —Sergio comenzó a dibujar con el rotulador y a explicar lo que harían. Aprovechó hasta el momento en el que uno de los árbitros lo tocó en el hombro—. Sí, disculpa. Culpa mía, pero, Richard, entiende que nos jugamos el título —le dijo con una sonrisa y una palmadita en el brazo en plan colegas.

Se dispusieron a ver el final que podía deparar cualquier resultado.

Caitlyn no podía más con la tensión y las pulsaciones. Fergus mantenía el decoro, pero de buena gana estaría de pie, aplaudiendo y saltando para animar a sus jugadoras. Como esperaba, ellas habían hecho personal a Maric, y esta no había perdonado en los tiros libres. Lo que sucedió a continuación fue un cúmulo de errores de las jugadoras inglesas fruto de los nervios. A Caitlyn no le dio tiempo a asimilar las últimas jugadas, pero cuando se dio cuenta, alguien la estaba sujetando de los brazos, zarandeándola, abrazándose a ella y dándole besos en las mejillas. A su lado, Fergus reía, aplaudía y estrechaba manos.

Sergio comenzó por felicitar a Marian.

—Enhorabuena. Ya tienes otro título en tu palmarés.

Ella sonrió de felicidad y lo acompañó a saludar al entrenador inglés.

—Eres un viejo zorro, Sergio. Ahora entiendo por qué tienes tantos títulos. Enhorabuena.

—He tenido que desplegar mi mejor baloncesto en la pizarra. Nos vemos.

Sergio se volvió hacia las jugadoras que acababan de saludar a las rivales y en ese momento se reunían en el centro para saltar, gritar y abrazarse. Se volvieron hacia él y Marian instándolos a unirse a ellas junto a los demás miembros de la plantilla.

—Ya lo tenéis. El título es vuestro. La gloria. Disfrutadla. ¡Al lío, venga!

Se apartó de ellas para dejarles el protagonismo y aplaudió levantando la vista hacia el palco donde Fergus y Caitlyn le devolvían la mirada. Sabía que tenían una conversación pendiente acerca de su futuro, y no solo en el terreno profesional, se dijo sin dejar de mirarla. Sabía que en ese momento estaba feliz porque habían ganado el título de liga. Y tal vez, después de todo, él acabara marchándose, pero con un nuevo título bajo el brazo.

Capítulo veintidós

Las celebraciones se sucedieron. Sergio prefería mantenerse un poco alejado. Las protagonistas eran las jugadoras, y él no quería captar la atención más de lo necesario. Por eso se alejó de todo el jolgorio, aunque no pudo evitar que estas los mojaran junto a Marian al entrar en el vestuario, como era una tradición.

—¿Cuántas veces has pasado por esta tradición? —le preguntaba un periodista mientras lo observaba secarse el rostro y el pelo con una toalla.

—Unas pocas, la verdad.

—¿Pensabas que en tu primer año y con un equipo recién ascendido podríais lograr el título de liga?

Sergio bajó la mirada al suelo y sonrió. No iba a ser prepotente en ese momento, así que decidió cambiar su discurso.

—La verdad es que, cuando me llamaron, se me presentó todo un reto con este equipo. No tenía ni idea de lo que podría suceder. Luego, trabajando a diario a tope para plasmarlo en los partidos, pues fue más sencillo. Comencé a creer en nuestras posibilidades cuando acabamos segundos en la fase regular.

—¿Y ahora? ¿Seguirás en Stirling otra temporada?

—Ahora toca disfrutar del título. Cuando pasen unos días, veremos qué es lo más nos conviene a todos.

—Vale, gracias.

Sergio no quería revelar ningún detalle de lo que estaba sucediendo con su carrera profesional. No iba a mencionar que tenía una oferta para largarse a Grecia, nada menos. A la otra punta del continente.

Vio a Fergus y a Caitlyn mientras atendían a los periodistas, pero esta se apartó un poco para ir tras Sergio.

—¿Podemos hablar?

—Sí, claro.

Vio que se alejaban de la multitud para poder tener cierta intimidad. Ella estaba espectacular. Se la veía feliz por lo logrado, pero no podía dejar de pensar en Grecia y en que en realidad no era lo que él deseaba. No era la decisión más acertada para él. Solo que las cosas entre ellos dos tenían que mejorar.

—Vaya jaleo que hay montado, ¿eh? —comentó él mirando a todas partes antes de quedarse fijo en la mirada de ella—. ¿Qué querías decirme?

Caitlyn no estaba disfrutando del todo con el triunfo porque la sombra de que él se largase no la había abandonado desde que Joaquín le comentó lo de Atenas. Estaba dolida porque él no le hubiese comentado nada al respecto. Pero no era la gestora del club la que se sentía de ese modo, sino la «mujer». Aunque ambas se fusionaban en una sola, y el asunto de la posible marcha de él afectaba a las dos.

—He tenido una conversación muy interesante con Joaquín —le soltó en modo irónico y divertido sin que a Sergio pareciese afectarle lo más mínimo—. ¿Cuándo tenías pensado decirme que te marchabas a Atenas a entrenar a Olimpiacos?

Se quedó impactado por la postura que había adoptado. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y una pierna adelantada en clara señal de cabreo. Él jadeó ahogando las risas y sacudió la cabeza. ¿Cómo cojones se le había ocurrido a su amigo decírselo precisamente ese día? Además, habían quedado en seguir hablado dentro de unos días.

—Ya sabes lo de la oferta. Joaquín es un bocazas. Ya le diré yo…

—Me he enterado en el descanso del partido. ¿No tenías pensado decírmelo?

—No sabía nada. Me he enterado hace poco. Estaba centrado en jugar esta fase e intentar ganarla. Esa era mi mayor preocupación: ganar el título. Aunque tú hayas dicho lo contrario la última vez que nos vimos, te recuerdo. De todas maneras, si es lo que queréis tu hermano y tú, puedo irme.

Ella apretó los labios y frunció el ceño.

—Sabes que no es cierto. Te ofrecimos un segundo año pagándote la otra mitad de tu sueldo. Lo que representaría un gran esfuerzo.

—Pero os ha merecido la pena. Sois campeones de liga y el año que viene jugaréis una competición europea. Si el dinero va a resultaros un problema, aceptaré la propuesta del Olimpiacos.

—Después de todo, deseas largarte. Admítelo. —Se había encarado con él llevada por el genio y la rabia que le había creado.

—No. No es lo quiero. Deja que te diga que tú lo diste por supuesto aquella mañana que tomamos café. De igual modo que has pensado que quiero irme porque ya obtuve lo que buscaba. Pues estabas equivocada y lo sabes. Es hoy cuando he conseguido lo que quería, por lo que viene a Stirling y por lo que acepté vuestra oferta. No hay más. Lo que surgió entre nosotros no estaba planeado, Caitlyn, aunque pienses lo contrario. Tal vez seas tú la que quiere huir, después de todo.

—¡Que yo…!

—Mira, hoy es un día para celebrar. Ya hablaremos de mi contrato en unos días. Disfruta del título, Caitlyn. Si me disculpas, voy a seguir haciéndolo con las jugadoras.

Lo vio alejarse de ella de regreso al vestuario. Sentía una mezcla de emociones que no lograba coordinar. ¿Qué ella huía? ¿De qué? ¿De quién? No sería de él, lo que estaba insinuando… Lo que era verdad era que se había enamorado de él sin pretenderlo, y debía admitir que le jodería y mucho que él se marchase a Atenas. Cerró los ojos y resopló. Pero ¿cómo narices se le había ocurrido ser tan débil con él? ¿Cómo había sido tan tonta después de lo de Ewan? Se rio mientras se mordía el labio y el calor sofocante invadía su cuerpo. Le costaría reconocer que él tenía razón después de todo. Esa tarde era para celebrar el título de liga con los demás integrantes de la plantilla. Se centraría en su relación con él dentro de un par de días.

***

Sergio y Marian habían quedado con Joaquín en un café antes de acudir a la entrevista con Fergus y Caitlyn. Tenían que acordar la renovación de sus contratos. Ambos parecían dispuestos a quedarse al menos otra temporada allí, rechazando ofertas más importantes en cuanto a dinero y prestigio. Quería dejar todo cerrado antes de regresar a España por las vacaciones de verano.

—Te lo preguntaré una última vez —le decía Joaquín a Sergio mirándolo de manera fija—. ¿Estás seguro de que es lo que quieres? Rechazas la oferta del Olimpiacos.

—Eso te dije hace unos días cuando me preguntaste. Continuaré una segunda temporada aquí con Marian —le reiteró señalándola.

Joaquín levantó las manos y apretó los labios.

—A mí lo que me digas. Bien, pues entonces eso está claro. Y supongo que tú, Marian, seguirás a su lado.

—Sí. De momento seguiré aprendiendo del mejor. Ya tendré tiempo de volar yo sola.

—Genial. Pues no se hable más. Renovamos el contrato y nos volvemos a España.

—Por cierto, ¿por qué cojones le soltaste lo de la oferta de Grecia a Caitlyn en el descanso de la final? Me encanta tu indiscreción, colega.

—Porque ella empezó a preguntarme si habías decidido algo. La noté impaciente y nerviosa porque desconocía tus intenciones. Ellos quieren que te quedes una segunda temporada, y más tras el éxito alcanzado. Solo se lo mencioné. Que había llegado esa oferta y que a lo mejor lo estabas pensando. De todas maneras, si no fueras tan soplagaitas con las mujeres, pues no tendrías estos rollos, colega —le resumió dándole una palmadita en el hombro.

—¿Cómo que…?

—Venga… Que desde el primer día le echaste el ojo a la escocesa. Te dije en su día que tú habías aceptado quedarte aquí por ella. Rechazaste una millonaria oferta para renovar con el Fenerbahçe y otra del Praga. Y ahora vuelves a hacerlo con los griegos. Ella te gusta, y tú a ella. Se os nota. Así que cuando la veas luego, te aconsejo que seas más claro y directo como lo eres en la cancha. ¿Tengo razón o no, Marian?

—Yo no lo habría explicado mejor —respondió encogiendo los hombros.

—Pues dicho esto, vamos a cerrar el tema de la próxima temporada.

Sergio no podía decir nada porque lo que su amigo y

representante le había dicho era cierto. Caitlyn y él no habían hablado de su situación personal. Cierto que esos días estaban siendo muy ajetreados en las oficinas del club, y que tanto ella como su hermano Fergus no paraban con las renovaciones de algunas jugadoras y las bajas de otras. Esperaba hacerlo sin falta esa misma tarde cuando cerraran el nuevo acuerdo para la próxima temporada. Si se iba a quedar allí por ella, ella tenía que estar segura de sus sentimientos.

Fergus y Caitlyn los esperaban en las oficinas del club para cerrar la renovación de ambos por una temporada más al frente del equipo.

—Es una suerte que al final se haya decidido por quedarse otra temporada, renunciando a mejores ofertas… —comentó Fergus mirando a su hermana, buscando los contratos para firmarlos.

—Ah… Sí, claro.

—Pero temo que una tercera será algo complicado. Puede que en esta ocasión la oferta de Grecia no le haya llamado la atención lo suficiente. Pero admite que rechazar al Olimpiacos es cerrarse una puerta de las grandes.

—Lo sé, pero si es lo que él quiere…

Fergus permanecía de pie frene a su hermana.

—¿Y tú? ¿Qué es lo que quieres para ti?

Caitlyn levantó la mirada de los papeles para mirar a su hermano. Frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Seguir con la buena marcha del club. Ganar otra liga, que nos clasifiquemos en la ronda previa para jugar la Eurocup…

—Todo eso está muy bien, pero yo me refiero a nivel personal, Cat.

Ella pareció quedarse petrificada al escucharlo.

—No tengo ni idea de a qué te refieres. Pero creo que mi vida personal va ligada a este club.

—¿Qué me dices de Sergio?

La expresión de su hermano mirándola con una ceja elevada con suspicacia la hizo removerse en la silla. Sintió el calor invadir su rostro de repente. ¿A qué venía esa pregunta de su hermano? Contó hasta diez para serenarse antes de decir nada.

—¿Qué le pasa? Que sepamos, va a renovar otra temporada.

Fergus sonrió.

—Me estoy refiriendo a la relación que mantienes con él.

—Pues profesional, como con cualquier otro… Por ejemplo, Marian —le dijo reaccionando deprisa para que no se lo notase el nerviosismo.

—Ya, pero supongo que con ella no te has besado. A no ser que tus gustos sexuales hayan cambiado… —Entornó la mirada hacia ella con suspicacia, evitando sonreír de manera abierta.

¿Cómo sabía su hermano que se habían besado? ¿Quién…? En ese mismo instante no era capaz de recordar la situación más allá del propio beso. Hasta que cayó en la cuenta del médico del club: Stratchan.

—¿Nos vieron?

—No voy a decirte quién me lo comentó. Solo espero que la cosa funcione con Sergio, si tienes interés en él. ¿Tu cabreo o malestar se debía a que no nos había dado una respuesta a la renovación de su contrato? ¿Pensabas que eso significaba que se marcharía?

Caitlyn relajó los hombros y chasqueó la lengua.

—Estaba dolida, vale. No sabía nada de lo que pretendía hacer después de que lo invitase a pasar la noche en mi apartamento. Antes de que alguien te vaya con el cuento de que lo vieron largarse de madrugada —ironizó rodando los ojos—. No tenía ni idea de lo

que pretendía.

—Ya, entiendo que para ti ha sido algo más que un escarceo…

—No lo sé. Pero reconozco que me siento atraída y confundida por él.

—Bien, pues tendrás opciones para averiguarlo durante esta segunda temporada que va a pasar aquí, ¿no crees? Por cierto, aquí están —le informó señalando a los tres.

Caitlyn se colocó el pelo detrás de la oreja y se recompuso después del sofoco que su hermano le había hecho pasar. Dentro de poco todo el mundo en el club sabría que ella se había liado con el entrenador. «¡Genial!», se dijo frunciendo los labios. Mejor dejaría ese asunto para cuando tocase. Lo que importaba en ese momento era la renovación de los dos entrenadores.

Caitlyn y Sergio se quedaron a solas cinco minutos después de haber solucionado todo el tema de las renovaciones. Ella no dejaba de pensar en lo que le había dicho su hermano: «tendrás un segundo año para averiguar si lo que hay entre vosotros puede ser duradero». Allí estaba frente a ella observándola con atención, con curiosidad.

—¿Cuándo te marchas?

—En un par de días.

—Ya te iremos avisando sobre las altas y bajas de la plantilla, aunque ya te aviso que casi todas van a seguir. Parece ser que se han sentido muy a gusto esta temporada. Algunas han querido saber si tú seguirías al frente.

—Supongo que para no quedarse porque no me soportan —ironizó él sonriendo.

—Si así fuese, tendríamos que fichar diez jugadoras nuevas.

—Me siento halagado.

—En serio la plantilla está casi cerrada, de manera que puedes

regresar a Madrid estos meses y…

De repente él acortó la distancia entre ellos de forma directa y sin perderle la mirada. No estaba dispuesto a largarse sin aclarar lo suyo. De ninguna manera.

—Siento haberte llevado la contraria con respecto a lo que dijiste aquel día en el café —comenzó a decirle observando su cambio de expresión.

Ella se humedeció los labios y sacudió la cabeza. Notaba como la cercana presencia de él parecía robarle el aire. Estaban a solas, pero no se fiaba de que alguien más del club pudiese verlos. Claro que llegaría el momento de hacerlo normal, si acababan juntos después de todo.

—¿A qué te refieres?

—A que te habría gustado que nos eliminasen a las primeras de cambio y así perderme de vista.

Ella se sobresaltó. Abrió la boca sorprendida porque no esperaba que él se refiriese a aquella situación, pero por otra parte le vendría bien para aclararla de una vez por todas.

—Estaba dolida. Cabreada.

—¿Y querías pagarlo con el equipo? Vine para ganar el título, y tú querías que me largase en la primera eliminatoria.

—Vale, vale. Ya sé que no suena convincente, pero ¿qué me dices tú de no hablarme de la oferta que tenías del Olimpiacos? He estado dándole vueltas en mi cabeza y llegué a la conclusión de que eras tú el que se quería ir. —Lo golpeó en el pecho con el dedo, pero él ni se inmutó.

—Tenía muy claro que eso era lo que no quería.

—Pues no dabas esa impresión. Si hasta te largaste de mi casa en mitad de la noche —le recordó enfurecida al recordarlo, y más cuando vio cómo se reía él.

—Quería saber qué sentía por ti, Caitlyn. No lo hice porque te considerase un simple revolcón. Todo lo contrario. Me gustas, y he rechazado cualquier oferta por quedarme aquí.

—Porque estás a gusto en el club.

—Cierto. Pero es posible que tenga algo que ver que me haya enamorado de la gerente. ¿Qué te parece? Tenemos una segunda temporada para averiguar si lo nuestro puede funcionar —le confesó situando las dos manos sobre la pared y acercándose más todavía a ella, hasta que sus piernas se rozaron y su aliento se entremezcló con el de ella. Observó que los labios le temblaban y que ella se los humedecía como si se estuviese preparando para que él la besase.

Ella tuvo la impresión de que se iba a escurrir por la pared hasta quedarse sentada sobre el suelo. Pero entonces las manos de él la sujetaron por la cintura para atraerla hacia él.

—Me gustaste desde que te vi, y eso representó un peligro porque te habíamos llamado para ficharte. No podía echarme atrás solo porque me provocaras un hormigueo en el cuerpo, la verdad.

El rio al escucharla.

—¿En serio? Bueno, pues tal vez pueda volver a provocarlo.

—Ya lo estás haciendo.

—¿Quieres que lo detenga?

Ella se mordió el labio y lo rodeó por el cuello para besarlo.

—Ni se te ocurra. —Se apoderó de sus labios con precisión y determinación, escuchándose gemir mientras él la apretaba contra su propio cuerpo y ambos permanecían ajenos a las personas que los miraban en ese instante.

—Creo que él acaba de darme la razón sobre el verdadero motivo por el cual quería fichar por este equipo. Y luego me dirá que son imaginaciones mías, la verdad —comenzó Joaquín contemplando a su amigo besándose con Caitlyn.

—¿Alguna vez lo pusiste en duda? —preguntó Marian que sabía que al final acabaría sucediendo.

—En fin, creo que será mejor dejarlos a solas. Sin duda que Sergio ha sido un fichaje tan acertado como inesperado para mi hermana —asintió Fergus sabiendo que ella se había rendido a los encantos de su entrenador.

Agradecimientos

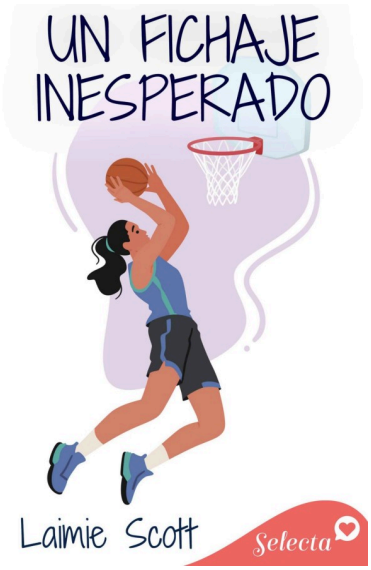
A ti, querido lector, por elegir esta historia para divertirte, pasar un buen o lo que te haya hecho sentir esta historia. Que te anime a buscar y leer alguna de mis otras historias. Aparte de ti, querido lector, tengo que dar las gracias a otras personas que han contribuido a este libro.

A Lola Gude, mi editora, por estar siempre ahí, al pie del cañón.

A la persona que está a mi lado cada día y que me alienta a que siga escribiendo historias de amor buscando un *best seller*. Te quiero, niña.

No puedo dejarme a mis fieles Zeus y Hera, mis gatos, que me acompañan en esta carrera de fondo que es pasarse las horas solo frente al ordenador creando historias.

Sergio quería un reto deportivo, pero no esperaba que Caitlyn se convirtiese en otro.



Sergio es considerado uno de los mejores entrenadores de baloncesto en el continente. Cansado de ganar títulos con equipos top, busca un reto que lo ponga a prueba. Y cuando su amigo y representante, Joaquín, le habla de entrenar a **un equipo escocés recién ascendido a la Premier**, él no se lo piensa, y acepta el reto.

Fraser y Caitlyn son hermanos, y ambos dirigen **el club de baloncesto femenino** de Stirling. Quieren contar con Sergio, uno de los entrenadores más laureados del continente. Lo que **Caitlyn**

no espera es encontrarse con un tipo algo arrogante, con un carácter decidido, cuya mirada la inquieta. Y encima es atractivo.

Entre partidos de liga, entrenamientos y viajes con el equipo Caitlyn irá conociendo mejor a Sergio hasta el punto de acabar sintiendo algo que no se había planteado. **Sergio consciente de la atracción entre ambos, comenzará a pensar si su reto no ha ido demasiado lejos.**

Laimie Scott cursó estudios de Filología Inglesa en la Universidad de Salamanca para posteriormente doctorarse en el campo de la novela histórica y la obra del escritor escocés Sir Walter Scott. Comenzó su carrera literaria publicando diversos relatos en revistas y blogs hasta que se lanzó a escribir novela romántica, género en el que lleva ya unos años publicando. En el campo de la investigación literaria colabora con varias revistas y participa en diversos eventos académicos relacionados con su especialidad.



Edición en formato digital: mayo de 2025

© 2025, Laimie Scott
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: Lemono

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10341-06-7

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Un fichaje inesperado
Prólogo
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Agradecimientos.
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Laimie Scott
Créditos